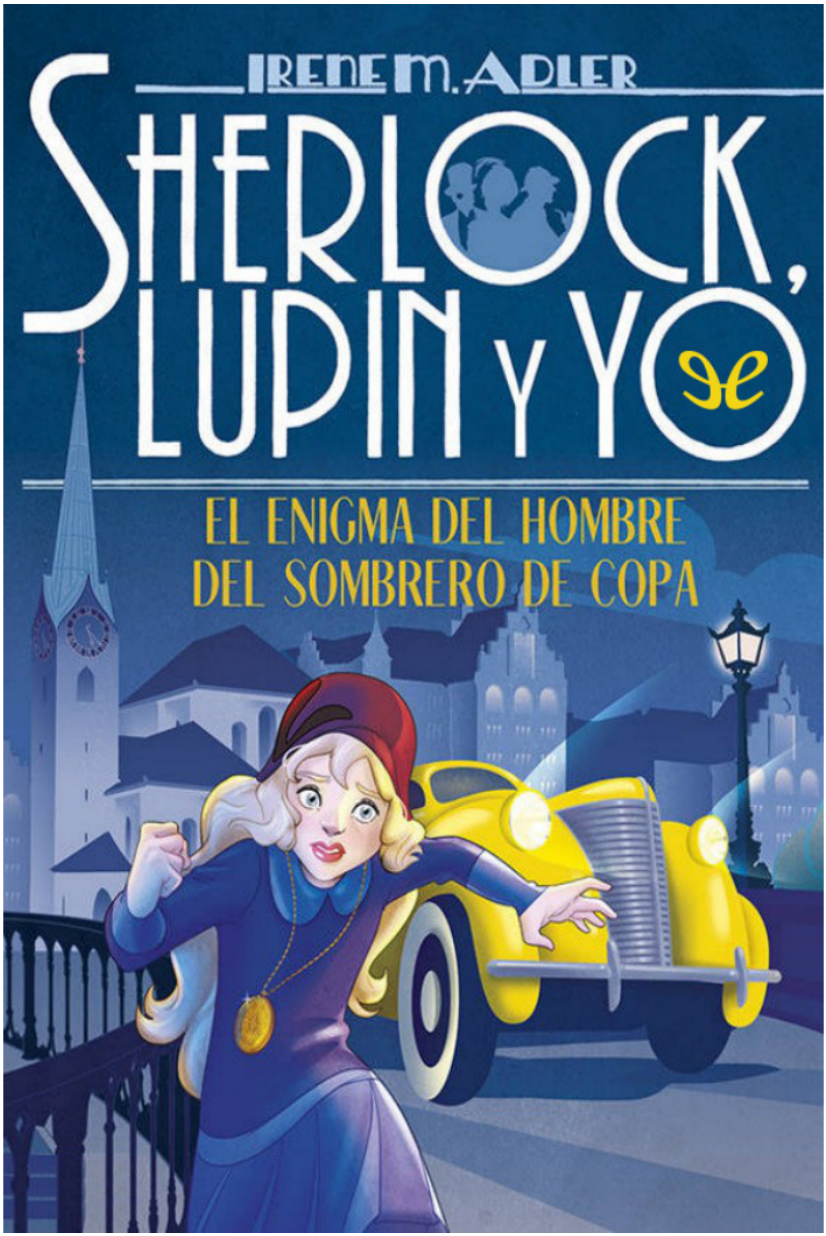
IRENE M. ADLER
SHERLOCK, LUPIN Y YO
EL ENIGMA DEL HOMBRE DEL SOMBRERO DE COPA

Una llave y un código secreto es todo lo que Anastasia Romanov, hija del zar, pudo entregarle a su hermana Mila antes de morir asesinada. Y ahora, Mila no descansará hasta desvelar el misterio escondido en aquel código; un secreto tan oscuro que está escrito en una hoja… ¡completamente en blanco! Solo con ayuda de Irene, Sherlock y Arsène, la intrépida detective podrá arrojar luz sobre el enigma, en una trama con espías, intrigas internacionales y malvados sicarios.

Irene Adler

El enigma del hombre del sombrero de copa

Sherlock, Lupin y yo - 15

ePub r1.0
Titivillus 10.06.2020

Título original: *L'enigma dell'uomo con il cilindro*
Irene Adler, 2019
Traducción: Miguel García
Ilustraciones: Iacopo Bruno

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

IRENE M. ADLER

EL ENIGMA DEL HOMBRE DEL SOMBRERO DE COPA

Índice de contenido

Cubierta

El enigma del hombre del sombrero de copa

1. Días sin luz

2. Los cuentos de monsieur Lupin

3. Un nuevo destino

4. La inesperada importancia de las abejas

5. Papel en blanco

6. El llorado tío Athanasius

7. La fórmula de la locura

8. Una punzada en el corazón

9. La hora de la venganza

10. Una jugada imprevista

11. Un viaje a Darmstadt

12. Un viejo zarista

13. Igual que en otros tiempos

14. En la más profunda oscuridad

15. El hombre del sombrero de copa

16. Cuestiones de corazón, asuntos de familia

17. Un ballet de fantasmas

CAPÍTULO 1

días
sin
luz

Verdaderamente, nuestra memoria funciona de una manera extraña. Hay recuerdos que se hunden en los abismos para siempre y, por mucho que te esfuerces en evocarlos, jamás volverán a la superficie. Y hay otros, en cambio, que son hasta demasiado vívidos y solo esperan un momento de distracción para sorprendernos con la guardia baja y agredirnos con su carga de remordimiento y tristeza.

Sherlock Holmes me dijo una vez que la memoria es un enorme archivo polvoriento, una especie de laberinto formado por estanterías y ficheros, con miles y miles de cajones cerrados. No obstante, según decía, con método y disciplina es posible hallar los cajones que contienen detalles lejanos y datos aparentemente insignificantes.

«Todo es cuestión de control: los recuerdos nos pertenecen y siempre podemos hallarlos cuando lo deseamos», me explicó aquel día.

Siempre he pensado que Sherlock era un genio, pero que en esto no tenía en cuenta un aspecto fundamental. La idea de control es ilusoria. Hay momentos en que el torbellino de los acontecimientos convierte en un caos nuestro ordenado archivo. Y de repente todos los cajones se abren sin nuestro permiso y los recuerdos alzan el vuelo en un tropel de sensaciones, olores, sabores, imágenes, pensamientos, dudas…

En este verano de 1940, mientras me bebo a sorbitos un café endulzado en la bonita terraza de la casa que he alquilado en Capri, los vientos de guerra arrecian y arrollan incluso el archivo de mis recuerdos, sacudiéndolo desde los cimientos. En estos momentos, incluso mi arrendataria deja de lanzarme sus habituales ojeadas recelosas y me trae un pastelito de almendras o una rebanada de

pan con mermelada de limón. Yo le doy las gracias, sabiendo que no entiende ni una palabra de lo que le digo, y ella me responde en su lengua, tan incomprensible para mí como la mía para ella.

Esta clase de sencillos y aromáticos consuelos abre, me guste o no, los cajones que contienen ciertos recuerdos. Y entonces nos vuelvo a ver a todos juntos: conmigo están Sherlock Holmes, Arsène Lupin y, obviamente, Irene, mi madre. Nosotros cuatro en Briony Lodge tomándonos el té que nos ha servido Billy Gutsby, nuestro incomparable mayordomo. Como una estrambótica familia más o menos feliz. Nos veo a nosotros cuatro viajando por el mundo para tratar de resolver un nuevo caso misterioso.

Un día, Lupin me confesó que todo lo que había vivido junto a Sherlock e Irene cuando eran jóvenes había sido, a su juicio, el modo en que el destino quería prepararlos para los desafíos que estarían aguardándolos cincuenta años después. Los desafíos que deberían afrontar conmigo a partir de aquel maldito viaje a Danzig.

Todavía hoy, cuando han pasado tantos años, me sucede que veo el rostro de mi hermana Asia en sus últimos instantes de vida. Veo su cabello, pegado a la frente como tallitos de paja, y sus ojos, en otro tiempo luminosos y fieros, desencajados frente al vacío. Veo la llave y el papelito misterioso que ella había protegido a costa de su propia vida. Y veo su sonrisa, la última que me regaló, porque estaba segura de que yo me encargaría de enmendar las injusticias e impedir nuevas tragedias. Porque pronto ocurriría algo capaz de cambiar para siempre el mundo entero, abriendo la puerta a horrores inimaginables. Habíamos quedado atrapados en la malla de la historia, como me había explicado Arsène aquel lejano día, y los únicos que podían alterar el curso de los acontecimientos éramos precisamente nosotros.

Briony Lodge, la gran casa en Serpentine Avenue a la que nos habíamos trasladado hacía unas semanas, estaba como siempre sumida en el silencio. Había demasiadas cosas no dichas que flotaban sobre nosotros como fantasmas, acolchando el ambiente y haciendo que todos nos moviéramos con sigilo para no arriesgarnos a cruzarnos con los otros y vernos obligados a intercambiar alguna frase de cortesía. Tras un primer momento en el que había intentado dejar todo atrás, haciendo las paces con Irene y convenciendo a Sherlock para que se quedara con nosotros, el peso

de la muerte de Asia había vuelto a atormentarme, envolviéndome como un tétrico manto que me aislaba del resto del mundo.

Con su pérdida, yo había perdido mi pasado. ¿Quién era realmente? ¿Cuál era mi destino? Yo, que no tenía ni trece años y había sido separada para siempre de una familia de la que nunca debería hablar. Yo, que había nacido en Gátchina, en Rusia, hija secreta del zar Nicolás II, el cual me había permitido vivir en su residencia campestre y recibir una buena educación a condición de que nunca apareciera ante él ni ante el resto de la familia real. Yo, que había tenido, aunque por breve tiempo, a una hermana que había descubierto mi existencia y me había querido incondicionalmente: Anastasia Nikolaevna Romanova. Asia, mi *sestra*.

Durante la revolución, la familia real había sido masacrada por los insurgentes. Mi padre y mis hermanastros habían muerto todos. Todos salvo ella. E Irene, que me había adoptado cuando mi padre me había mandado a Estados Unidos ayudado por su fidelísimo amigo el Conde G., había recibido el encargo de salvarla de los enemigos que todavía le daban caza.

Pero no lo había conseguido.

Ni siquiera con la ayuda de Sherlock Holmes y Arsène Lupin.

Nosotros seguíamos con vida, a salvo en Inglaterra, tomando té con pastas, protegidos por los muros de aquella casa londinense y por una red de conocidos que nos habían sacado de apuros en más de una ocasión. Pero Anastasia no existía ya. Para mí, que había crecido con los mitos de la indómita espía Irene Adler, el genial detective Sherlock Holmes y el incapturable caballero ladrón Arsène Lupin, había sido como ver desvanecerse todos mis sueños infantiles. Había creído que eran invencibles, que ninguna proeza era demasiado difícil para ellos, pero estaba equivocada, y aquella simple constatación estaba cavando un profundo agujero en mi alma.

—Señorita Adler, el desayuno está listo y los señores la esperan en el salón —dijo Billy Gutsby apareciendo con una sonrisa deslumbrante en la puerta de la biblioteca, la habitación de la casa en que yo prefería pasar mis días, desde que me levantaba por la mañana hasta tarde por la noche, sumergida en historias que pudieran ayudarme a olvidar al menos durante unas horas lo que

había ocurrido.

—Gracias, Billy, pero preferiría quedarme aquí. ¿Puedes disculparme con mi madre y nuestros huéspedes? —respondí sin levantar los ojos de una desquiciada pero divertida historia de piratas.

Billy carraspeó, evidentemente cohibido. Aquel chico irlandés, pocos años mayor que yo, parecía capaz de afrontar cualquier cosa sin perder su vivaracha irreverencia a excepción de algo: la tristeza. Tal vez fuera tan despreocupado por naturaleza que ni siquiera podía concebirla y la contemplaba como un sentimiento ajeno, que no formaba parte de él. O tal vez aquella misma sonrisa suya fuera un modo de mantenerla a raya y, cuando la reconocía, se veía en dificultades. Billy se pasó una mano torpe por el flequillo ondulado que le enmarcaba la frente y giró sobre sus talones sin añadir palabra. Lo oí alejarse por el pasillo, pero, cuando iba a sumergirme de nuevo en la lectura, en la casa sonó otro repiqueteo de pisadas. Resoplé con un gesto de impaciencia.

—No te pido mucho, Mila, pero al menos podrías unirte a nosotros para el desayuno. No puedes saltarte las comidas, no es saludable —me dijo Irene, que había aparecido a la puerta de la biblioteca meneando su pelo leonado con algunos cabellos blancos, cortado en casquete por debajo de las orejas a la última moda norteamericana.

Alcé hacia ella una mirada distante. Desde el día en que la había abrazado, cuando, tras nuestro regreso de Danzig, le había susurrado «te quiero» y había tenido la esperanza de olvidar la muerte de Anastasia, las cosas se habían vuelto más complicadas entre nosotras. Apenas hablábamos y nos evitábamos adrede por temor a tropezarnos por casualidad y sorprendernos sin preparar para aquella cercanía que hasta hacía poco tiempo había sido el tejido mismo de nuestra existencia. Yo solo tenía siete años cuando había desembarcado en Estados Unidos, en Ellis Island, la isla de los emigrantes, e Irene había ido a recogerme y me había prometido que siempre me tendría con ella. Yo había agarrado la mano que me tendía y la había apretado con confianza. Aquella mujer de ojos verdes y mirada aguda me había conquistado inmediatamente y me había sentido segura con ella. Ahora, sin embargo, era como si aquella sensación se hubiese esfumado. Éramos dos extrañas que no

conseguían reconocerse ni reencontrarse.

Irene me acompañó al comedor, donde nos esperaban Sherlock y Arsène. Holmes parecía estar cada vez más delgado, con el resultado de que su notable estatura parecía acentuada de una manera casi grotesca, y su mirada era la de quien tiene el pensamiento muy lejos. Arsène sonreía, como siempre, y su mata de pelo entrecano estaba iluminada por la luz que entraba por la ventana, que creaba una aureola alrededor de su cabeza. Aquella imagen hizo mella por un momento en mi tristeza y casi me eché a reír irónicamente; el aire angelical de aquel gentilhombre, nada joven, ya escondía al ladrón más grande de todos los tiempos.

—Buenos días, queridas, se me ha ocurrido comprar algo en la pastelería francesa del señor Bernier, el único lugar donde nosotros, los pobres exiliados, podemos consolar nuestros exigentes paladares —dijo Arsène con una sonrisa de canalla, señalando una bandejita de *petits fours* que destacaba invitante al lado del menos atrayente desayuno preparado por nuestra cocinera, Mary Cavanagh. Mary era excepcional en la cocina, pero tenía un talón de Aquiles: los dulces. Sus panecillos parecían de piedra, sus galletas tenían la textura del serrín. Se las arreglaba mucho mejor con los huevos y la panceta, pero yo no tenía el estómago hecho para ciertos desayunos a la inglesa; prefería cruasanes y chocolate caliente.

Por un momento retorné a la infancia y sonreí. Arsène conocía mi pasión por los dulces y aquel pequeño gesto me caldeó el corazón. También en la corte del zar era muy apreciada la repostería francesa, por lo que en Gátchina, en las comidas importantes, los *petits fours* tenían siempre un enorme éxito. Una vez Asia se había colado en la cocina para saborear uno… La sonrisa se apagó en mis labios y, para consolarme, me metí un pastel en la boca. Sabía a limón y almendra, y era realmente exquisito, pero ni todo el azúcar del mundo habría sido bastante para hacerme sentir mejor en aquel momento. Las lágrimas asomaron a mis ojos y me apresuré a beber un sorbo de té para esconderme detrás de la taza. Irene se dio cuenta y me miró preocupada, mientras que Sherlock parecía demasiado absorto en sus pensamientos para percatarse de lo que ocurría a su alrededor. Arsène cargó con todo el peso de la conversión en la mesa y contó anécdotas graciosas y curiosidades de sus recientes exploraciones

londinenses. Llevaba décadas ausente de la ciudad y todo parecía intrigarlo y entusiasmarlo. Yo traté de concentrarme en sus palabras, pero el hecho de estar en el salón no me facilitaba el olvidar los últimos acontecimientos. Precisamente en aquella estancia me había atacado el sicario del mariscal Kinzhal, el hombre que había matado a Asia para robarle la llave y el misterioso papel que mi hermanastra me había entregado, papel que contenía un simple número: 734090. Había conseguido memorizarlo antes de dárselo al sicario y había sustituido la llave por otra, quedándome yo con la buena. Pero el hombre se había dado cuenta más tarde y había venido a reclamarla precisamente allí; solo la intervención de Sherlock me había salvado de acabar mal.

—He sabido que el sicario se niega a hablar —dijo Sherlock de buenas a primeras. Así que quizá no solo me estuviera observando, ¡sino que por mis miradas inquietas había deducido lo que estaba pensando!

—Ya no tenemos que preocuparnos por él —zanjó Irene—. Tu hermano Mycroft nos ha asegurado que nunca saldrá de las cárceles de Su Majestad.

Sherlock resopló.

—Detesto que mi hermano me haga favores, nunca se sabe qué pedirá a cambio.

—Tiempos desesperados requieren medidas desesperadas —susurró Irene, y se levantó de pronto.

También Sherlock se puso en pie, como si no viera la hora de que alguien rompiera filas para poder volver a encerrarse en sus habitaciones. Billy, quizá en una tentativa de hacerme sonreír, me había confiado que Sherlock había puesto completamente patas arriba el ala este de la casa, en la cual se había instalado y a la que había llevado toda una serie de extraños instrumentos. «¡Y juega a los dardos contra la pared!», me había musitado con cara de conspirador.

Fue el propio Billy quien interrumpió el flujo de mis pensamientos en aquel momento al anunciar solemnemente:

—¡Ha llegado una voluminosa entrega para el señor Holmes!

CAPÍTULO 2

los cuentos De *MONSIEUR* LUPIN

Irene miró a Sherlock con recelo.

—¿«Voluminosa entrega»? —le preguntó—. No habrás comprado más microscopios y material químico…

—Oh, no, claro que no —respondió él mientras en su rostro se dibujaba una inesperada sonrisa—. Se trata de algo muy distinto, ¡aunque no pensaba que llegaría tan pronto!

—¿Y es algo de lo que habría sido mejor que yo estuviera informada? —le preguntó Irene alzando una ceja, entre la curiosidad y la preocupación.

—No. Es algo personal —respondió imperturbable Sherlock. Luego se volvió hacia Billy y, apuntándolo con un dedo huesudo, le dijo—: Por razones de seguridad, tal vez sea mejor que el viejo Statham con su carga entre por la verja de atrás.

—¡¿Por razones de seguridad?! —exclamó Irene llevándose las manos a la cabeza.

A Arsène se le escapó una carcajada seca.

—¡Ahora mismo, señor! —exclamó Billy Gutsby, que tenía cara de haber robado quién sabía qué secreto y estar impaciente por que nosotros también lo descubriéramos.

La curiosidad pudo más que el malhumor, así que seguí a Sherlock, Irene y Arsène a la parte trasera de Briony Lodge, donde había un jardín ralo que ciertamente había conocido mejores días y debía de haber sido bastante hermoso. De sus viejos fastos solo quedaban una vieja hortensia descolorida y un rosal con más espinas que flores. En un rincón a la sombra había una mesa de hierro forjado lacado en blanco, con sillas a juego, cuyas patas empezaba a comerse el óxido. Billy, tras correr a dar instrucciones al tipo que esperaba fuera con la misteriosa carga, nos alcanzó en el

jardín con un gran manojo de llaves y abrió la cerradura de la verja.

Holmes cruzó impaciente aquella entrada. Yo me puse de puntillas en una tentativa incierta de atisbar por encima de la alta tapia. Sherlock volvió al cabo de un instante trayendo unos soportes de madera con ayuda de un hombre.

—¿Serías tan amable de explicarnos qué estás tramando, Sherlock? —le preguntó Irene tratando de mantener un tono serio, aunque una sonrisita divertida empezaba a curvarle los labios.

Sherlock no se dignó contestarle, mientras que Arsène, a mi lado, disfrutaba del espectáculo con una luz viva en los ojos.

Sherlock y su misterioso amigo desaparecieron de nuevo al otro lado de la verja y volvieron con lo que me parecieron casas de madera en miniatura.

—¡No me digáis que es lo que estoy pensando! —exclamó Irene.

Arsène asintió:

—Me temo que sí.

Eran colmenas.

—Aquí están sus abejas, señor Holmes —dijo Statham—. Desde luego, moverlas en esta estación siempre es un poco arriesgado, porque todavía hace demasiado calor y las abejas están activas, pero he hecho lo posible para viajar de noche.

Holmes le hizo un gesto rápido con la mano, como diciendo que aquellas consideraciones no eran interesantes, sacó una brújula del bolsillo del pecho y dio vueltas alrededor de las colmenas. Después, chasqueando satisfecho los dedos, orientó las casitas de las abejas con precisión milimétrica.

—Pero ¿no deberías llevar protecciones? —le preguntó Irene.

—Están cerradas —respondió Sherlock con el tono de quien por cortesía se ve obligado a responder una pregunta muy tonta.

Irene levantó los brazos hacia el cielo, luego cruzó una cómica mirada con Arsène y anunció:

—Yo salgo, en caso contrario podría darse el caso de que estrangulara a alguien.

Sherlock se despidió del señor Statham, que se marchó de vuelta a Sussex con su carreta, y desde ese mismo momento para él no existió nada que no fueran sus preciosas abejas. Llevó dentro de casa unas herramientas de extraño aspecto, entre ellas una especie de tonel de madera sobre un trípode, con una manivela arriba.

Me quedé mirándolo largo rato, cautivada por sus movimientos seguros y rápidos. Había perdido la aparente hosquedad de los últimos días y ahora parecía que le hubieran dado cuerda. Sus largas piernas iban y venían entre el jardín y la casa. Pasó por delante de mí muchas veces, como si no me viera en absoluto, y después me preguntó inadvertidamente:

—¿Quieres ver las abejas?

Iba a contestarle que sí, pero luego un sentimiento maligno se abrió camino dentro de mí. Pero ¿cómo? ¿Yo no conseguía hacer otra cosa más que pensar en Asia y en la misteriosa llave con el papel que me había dejado, y él ya había pasado página?

—No, gracias —respondí con sequedad.

—Entiendo. Como quieras —dijo él mientras se ponía un largo delantal y se calaba en la cabeza un sombrero de ala ancha con una redecilla que lo cubría hasta el pecho.

Entré en casa crispada, dejándolo con sus amados insectos. Pero Arsène me estaba observando y decidió intervenir.

—Solo quería hacerte partícipe, y mira que es un gesto inusual en un misántropo como él… —me dijo acompañándome a la biblioteca.

—No me interesan sus abejas.

Arsène se apoyó en la puerta con los brazos cruzados.

—Creo entenderte… Piensas que Holmes ya ha olvidado lo que sucedió en Danzig.

Yo me miré los pies sin saber cómo replicar.

—Te equivocas —siguió diciendo antes de que yo pudiera hablar —. No ha dejado de trabajar en el caso en las últimas semanas.

—¿En el caso?

—El de la llave. Él e Irene han dedicado día y noche a buscar qué finalidad tienen el número escrito en la nota y la llave. — Arsène miró a lo lejos por los ventanales—. Mila, es normal que estés enfadada. Has sufrido una injusticia terrible. El mundo te ha decepcionado, te ha privado de una persona a la que querías con toda tu alma. Sientes horror, y con razón.

Los ojos empezaron a picarme y por segunda vez en el día me sentí a punto de llorar. Me ocurría a menudo en los últimos tiempos.

Arsène habló de nuevo, con la mirada siempre fija en el cielo

gris de Londres.

—Quién sabe… A lo mejor cometimos errores. ¿Asia podría seguir viva? Tal vez sí, si hubiésemos jugado mejor nuestras cartas. O tal vez no, porque teníamos en la mano cartas perdedoras. Tal vez, simplemente, los adversarios eran demasiado fuertes en este caso. La apuesta en juego, demasiado alta. Nos ilusionamos con que todavía podíamos ser los tres jóvenes de otros tiempos, pero aquellos días solo habían sido un gran juego en comparación con esto. La guerra, las revoluciones, todo ha hecho el mundo más despiadado. Son estos tiempos violentos, de represalias, venganzas y traiciones, los que condenaron a Asia.

—No la tengo tomada con vosotros por lo sucedido —murmuré con la cabeza gacha, y me di cuenta de que mentía.

—Te decepcionamos por no ser perfectos e invencibles. Y también nosotros nos percatamos de que no lo éramos, por eso nos cuesta tanto trabajo ponernos de nuevo en movimiento. Irene estaba segura de tener controlada la situación. Sherlock estaba seguro de poder prever cada jugada e ir siempre un paso por delante del adversario. Y yo… yo me embarqué en esa aventura porque pensaba que no tenía nada que perder. Creía que sería divertido y que no tendría grandes consecuencias. Y en cambio… comprendimos que no éramos infalibles. Nadie lo es.

Me quedé callada.

Estaba descolocada, como se suele estar frente a la sinceridad más desarmante.

En mi joven imaginación de entonces, Irene y sus amigos eran unos héroes. Y en ese momento *monsieur* Lupin me hacía comprender que estaba equivocada. La cabeza se me llenó de mil pensamientos, pero, aunque confusamente, me pareció que las francas palabras de Arsène eran una especie de invitación a entrar en un mundo nuevo. El de los adultos.

Lo miré mientras daba media vuelta y se marchaba, pero, tras un instante de vacilación, fui tras él a paso rápido.

—¿Puedo ir contigo? —le pregunté deteniéndolo delante de la puerta de la calle.

Él me miró y me pareció ver una sombra en su rostro. Pero solo fue un segundo. Después la sonrisa volvió a iluminar sus elegantes facciones y me dijo:

—¡Claro que sí! Corre a ponerte el sombrerito o cualquier otra cosa de esas que vosotras, expertas en moda, consideráis indispensables para aparecer en público en estos tiempos.

Le hice una mueca impertinente mientras me persuadía a mí misma de que, en efecto, el sombrerito azul claro que había comprado en las Galerías Lafayette sería perfecto para dar un toque de color a aquel día que había empezado tan mal.

En realidad, no era el día ideal para un paseo. Después de una mañana fresca pero soleada, amenazadores nubarrones empezaron a arremolinarse sobre la ciudad. Agarrada al brazo de Arsène, caminaba en silencio por las calles de Notting Hill. Serpentine Avenue era una zona tranquila y apartada, y tardamos un rato en llegar a un barrio más animado. Me di cuenta de que hacía muchísimo tiempo que no asomaba la nariz fuera de casa.

Me sorprendí experimentando un cierto placer en ver los colores de los escaparates y el trasiego de los transeúntes en las aceras, mientras Lupin retomaba el tema de lo mucho que había cambiado la ciudad desde la última vez que él había estado. Nuestro largo y ocioso paseo nos llevó hasta la zona de Tottenham Court Road, donde un reloj colgado en la esquina de una calle nos informó de que ya era mediodía.

Le habíamos dicho a Sherlock que nos ausentaríamos para la comida y él había contestado con un distraído ademán de la cabeza, pero estábamos seguros de que al menos Billy nos había oído. Sin embargo, no sabíamos cómo se tomaría Irene la noticia a su vuelta. Desde que nos habíamos mudado a Briony Lodge, no me había animado de ninguna manera a salir, probablemente por el temor a que, después de los hechos de Danzig, alguien me estuviera pisando los talones aún. Sentí un escalofrío y apreté más fuerte con mi mano el brazo de Arsène. ¿Y si de verdad había alguien preparado para terminar lo que el sicario de Kinzhal había empezado?

—Tranquila, el hombre que te atacó está en la cárcel —dijo Arsène al ver mi mirada de animalillo—. Además, yo estoy aquí contigo. Aunque Sherlock no me crea, soy un experto en *jiu-jitsu*.

Asentí al tiempo que intentaba relajar los músculos de la espalda, que se me habían contraído por la inquietud, mientras Arsène me señalaba un pequeño restaurante y abría luego la puerta para que yo entrara. Cuando todo acabara, quizá debería recibir yo

también unas clases de *jiu-jitsu*, pensé. Pero no sabía si aceptaban a chicas en los gimnasios de artes marciales. De pronto recordé que Irene me había contado que, muchos años antes, se había travestido de hombre con el único fin de inscribirse en un club de piragüismo, y me dije que, en la peor de las hipótesis, yo podía hacer otro tanto.

—Arsène, ¿me hablas de cuando Irene tenía mi edad? Son historias que siempre he oído de su boca, pero me gustaría que me las contase alguna otra persona que las haya vivido.

Lupin sonrió y contestó:

—Bueno, conociéndola, sin duda te habrá dicho que ella era única, increíble y excepcional… y, en efecto, lo era. Pero para las hazañas de una chica excepcional hace falta un narrador excepcional. ¿Por dónde quieres que empiece? ¿Por nuestro encuentro en Saint-Malo? Ah, imagina la brisa salobre de la costa noroeste de Francia. Cierra los ojos y escucha el océano, el griterío de las gaviotas, las voces de los vendedores de…

—¿*Monsieur* Lupin?

Una voz de fuerte acento francés nos sobresaltó. Abrí los ojos de sopetón tras haber creído por un instante que las dotes de narrador de Arsène eran tan buenas como para transportarme realmente a Saint-Malo. Pero no, todavía estábamos en Londres, y un hombre un poco obeso de pelo engominado estaba plantado muy tieso delante de nosotros.

—¡*Monsieur* Bernier! —exclamó Arsène, que no pudo evitar una pequeña mueca de incomodidad.

—Qué placer verlo aquí —dijo Bernier en tono falsamente cortés.

—También es un placer para mí —replicó Arsène esbozando una sonrisa—. Precisamente esta mañana hemos degustado sus *petits fours* y puedo decir sin temor a exagerar que eran mejores que los de la pastelería Stohrer de París.

—Bien, me complace recibir a cambio al menos una muestra de estima —baló Bernier poniendo énfasis en las palabras «al menos»—. Si además fuese tan amable de pasar cuanto antes para…

—Oh, vamos, *monsieur* Bernier, ¿le parece oportuno aburrir a una gentil señorita con semejantes minucias? —cortó en seco Arsène fulminando al pastelero con la mirada—. Pasaré lo antes posible. Seamos caballeros, ¿no?

—Claro, caballeros, cómo no… —masculló el pastelero con una inclinación poco convencida—. Y ahora, si me disculpan… Hasta la vista, señorita.

—Hasta la vista —dije yo sin lograr disimular un matiz de perplejidad en la voz.

—¡Qué tacaño ese Bernier! —se carcajeó Arsène cuando estuvimos sentados a nuestra mesa—. Da la casualidad de que esta mañana, descuidado de mí, he salido sin la cartera y he tenido que pedir que me anoten los pasteles en mi cuenta.

Asentí, pero había algo que no me cuadraba en su tono ligero. Las propias palabras que había pronunciado, por lo demás, me habían parecido raras. ¿Era posible que el señor Bernier se preocupase por el coste de una bandeja de pasteles? ¿No era probable, en cambio, que la deuda de Arsène fuese bastante más considerable? En cualquier caso, cuando se levantó de la mesa para ir a pagar, me fijé en que el camarero escribía algo en un cuadernito arrugado.

¿Sería posible que Lupin, un hombre por cuyas manos habían pasado riquezas extraordinarias en su larga carrera criminal, estuviese ahora sin blanca?

CAPÍTULO 3

un nuevo destino

Después de aquel paseo, los días siguientes transcurrieron lentos entre las paredes domésticas. Sherlock pasaba el tiempo con sus abejas, mientras que Irene salía a menudo. También Arsène desaparecía de vez en cuando, pero siempre se aseguraba de estar conmigo al menos dos horas al día, mimándome con mis dulces preferidos. Al saborearlos experimentaba a veces una vaga sensación de culpa. ¿Y si de verdad estaba sin blanca y, por comprarlos, se arriesgaba a ser objeto de las iras del pastelero? Pero luego apartaba aquel pensamiento con una sonrisa. Aquel irresponsable de Arsène Lupin no parecía, ciertamente, alguien que temiera al obeso y farfullador *monsieur* Bernier. A lo mejor yo podría pedirle a Irene que saldara con nuestro dinero la eventual deuda, pero en los últimos tiempos mi madre adoptiva y yo no hablábamos demasiado. Ya empezaba a pensar que me marchitaría en aquella casa, acostumbrada como siempre había estado a pasar mucho tiempo al aire libre en los rigurosos inviernos de Gátchina, cuando una mañana, a la hora del desayuno, Billy anunció:

—Hay correo para la señorita Mila.

Observé el sobre con curiosidad: no aparecía la dirección del remitente, tan solo mi nombre.

—¡Oh, pero por favor! —soltó Sherlock mirando el sobre con desdén.

—¿Qué pasa, que no puedo recibir correspondencia? —repliqué picada.

—No es eso, es él el que no puede hacer siempre estas entradas teatrales —exclamó Sherlock.

—¿Él, quién? —pregunté perpleja.

—Papel Smythson azul Nilo con filigrana personal —dijo Sherlock.

Miré mejor el papel y vi a contraluz dos letras entrelazadas, una M y una H.

—Mycroft Holmes —dijo Irene sobresaltada—. ¿Qué quiere tu hermano de Mila?

—No podría decirlo, ya sabes que no estamos demasiado en contacto —contestó Sherlock con rapidez.

—Creía que os llevabais bien —observé asombrada yo—. En sus libros, el doctor Watson escribe que consultabas con él de cuando en cuando, en los casos más complicados.

—Mycroft y yo siempre hemos tenido divergencias. Desde niños. Durante cierto tiempo nos ilusionamos con llevarnos bien, pero luego… —explicó Sherlock, que cerró la frase con un vago ondear de las manos—. Tengo curiosidad, en cambio, por saber qué quiere de ti.

Abrí la carta y desorbité los ojos. Era una invitación para tomar el té de las cinco en el salón del hotel Griffiths.

—Ah, muy divertido —resopló Sherlock.

—¿El qué?

—Está en la esquina de Bohemia Street —dijo él, lanzando una elocuente mirada a Irene.

No comprendí exactamente por qué, pero también Irene pareció molesta. Pensé que tendría que ver con alguna aventura del pasado que me había ocultado.

—Yo te acompaño —declaró ella a continuación.

—Ejem…, bueno…, hay un problema —repuse leyendo la carta con cara de pasmo. Se me pedía expresamente que no me presentara con mi madre.

—¡¿Qué?! —exclamó Irene con estupor.

—Es muy sencillo —intervino Sherlock—. Él sigue siendo asesor de los servicios secretos ingleses. Ese no se jubilará jamás, estirará la pata en ese sillón. Y si alguien os viese juntos, podría pensar que hace turbios intercambios con los servicios secretos norteamericanos.

—De acuerdo. Entonces irás tú —le dijo secamente Irene.

—¿Yo? No puedo, tengo cosas que hacer. Debo ir a buscar un libro muy importante…

—¡No te hagas el tonto, Sherlock! ¡No me digas que aún te inspira tanto respeto tu hermano!

—¡A mí no me inspira ningún respeto ese pomposo y viejo paquidermo de Mycroft!

—Amigos, enterrad el hacha de guerra, ¡iré yo! —intervino Lupin.

—¿Tú? ¿Y crees que Mycroft aceptará tomar el té con un ladrón de fama internacional? —sentenció Sherlock.

—No tomará el té con Arsène Lupin, ¡sino con Gerard Lefevre, preceptor francés de la joven Mila! —respondió él—. Y me reconocerá, por supuesto, pero te garantizo que ningún fisgón podrá saber quién soy y echar a perder la valiosa reputación de tu hermano.

A las cinco de la tarde, Arsène —o quizá debiera decir *monsieur* Lefevre— y yo estábamos sentados en el lujoso salón de té del hotel Griffiths. Yo estaba un poco en ascuas ante la idea de conocer a Mycroft Holmes. ¿Qué podía querer de mí? Así que alargaba el cuello y escrutaba a todo el que entraba por la puerta.

—Lo reconocerás enseguida —dijo Arsène bajo el bigote negro que coronaba dos labios inusitadamente carnosos y dos colmillos igual de notables. Estaba fascinada por su capacidad para cambiar completamente de aspecto. El pelo entrecano había sido sustituido por un hirsuto cabello oscuro y todo en él, desde la postura hasta el acento, era diferente.

—¿Cómo voy a reconocerlo si nunca lo he…? —dije, pero me interrumpí de golpe.

Por la puerta acababa de entrar Sherlock. Solo que más viejo, más calvo e indudablemente más corpulento. Arsène me había explicado que solo los separaban un puñado de años, pero Mycroft parecía un octogenario. Quizá fuera por el hecho de caminar con bastón para aliviar sus rodillas de todo el peso de su cuerpo. Al igual que Sherlock, rozaba el metro noventa, pero no tenía nada de la frenética vivacidad de su hermano. Su mirada era penetrante y su expresión seria parecía esculpida en granito. Era un monte viviente.

—Buenos días, señorita Adler. Es un placer conocerla, por fin —me dijo tendiéndome la mano, y la fuerza de su apretón me estremeció—. Al caballero que la acompaña, en cambio, me parece haberlo visto ya.

—Me temo que no sea así, es mi preceptor *monsieur* Lefevre, que acaba de llegar de París.

Mycroft miró a Lupin a los ojos, le dedicó una imperceptible sonrisa y, en un tono que sugería lo contrario, dijo:

—Discúlpeme, debo de haberlo confundido.

Luego llamó al camarero e hizo que nos trajera el té con una montaña de sándwiches de pepino y una cantidad desproporcionada de pastas. Lo vi devorar él solo al menos media docena de sándwiches antes de reunir valor para preguntarle:

—¿Para qué quería verme, señor Holmes?

—Para comprender cuáles son… las piezas desplegadas en el tablero, querida —respondió él con aquella mirada que parecía capaz de leer mi mente como un libro abierto. Por los libros del doctor Watson, yo sabía que Mycroft era incluso más perspicaz que Sherlock, aunque había elegido un camino completamente distinto.

—¿Y se supone que yo soy una ficha en su tablero? —dije alzando la barbilla.

—Las fichas se usan en las damas, señorita. ¡Un pasatiempo de bobos! Aquí hablamos del juego del ajedrez y, en cuanto a su papel en la partida, quién sabe… Podría ser un peón, o a lo mejor hasta una reina —respondió él antes de darle un mordisco a otro sándwich.

—Tan solo soy Mila Adler —dije yo negando con la cabeza. Estaba bastante irritada por los modales de aquel hombre.

Por toda respuesta Mycroft me miró largamente, luego se limpió los labios con la servilleta.

—Ha sido un placer, señorita Adler —dijo luego a bocajarro.

—¿Esto es todo? —pregunté yo con los ojos abiertos de par en par.

Como confirmación de que nuestra conversación había terminado, Mycroft Holmes se levantó trabajosamente y, apoyándose en el bastón, me dirigió una leve inclinación.

—Sé que sonará un tanto presuntuoso a sus delicados y jóvenes oídos, ¡pero un cuarto de hora de mi tiempo es una enormidad! Les deseo a usted y a su… preceptor un agradabilísimo día —respondió él, antes de darnos la espalda y alejarse hacia la salida.

—¿Qué… qué es lo que acaba de ocurrir? —le pregunté consternada a Arsène cuando Mycroft se hubo marchado.

—¡Creo que Mycroft Holmes acaba de averiguar toda tu historia pasada, tus costumbres y tu carácter de un solo vistazo! —respondió

él medio en serio, medio en broma.

—De acuerdo…, pero ¿para qué?

Arsène me miró un largo instante en silencio, pero luego se encogió de hombros como si no acertara a dar con una respuesta.

—Venga, volvamos a casa —dijo al fin después de comerse una última pasta. Me resultaba misterioso cómo podía masticarla con aquellos gigantescos dientes postizos.

Me precedió hasta la puerta para abrírmela galantemente, pero se dio cuenta de que una servilleta se había caído al suelo.

—¿Es suya, señora? —le preguntó, tendiéndosela, a una mujer toda enjoyada de aire altivo.

—Sí —dijo ella mirando fríamente a aquel hombre de aspecto desmañado e insignificante.

Lupin dejó caer torpemente la servilleta a un palmo de la mano de la antipática gran dama y enseguida se agachó deshaciéndose en excusas.

Tras recogerla de nuevo, la depositó en la mano que la mujer le alargaba y se despidió con una inclinación.

Yo me sobresalté.

Me parecía haber visto un gran anillo de rubíes en el dedo anular de la mujer, pero ahora ya no estaba. Lupin notó mi desconcierto, me dirigió una sonrisa y me condujo fuera junto con todas mis dudas.

Guardé un silencio extremo durante todo el trayecto de vuelta en carruaje, ya fuera por el extrañísimo encuentro con Mycroft o por lo que creía haber visto que sucedía entre Lupin y la señora enjoyada. ¿De verdad le había quitado el anillo o me estaba dejando sugestionar por su fama? A lo mejor era como una urraca ladrona, no podía resistir el impulso de robar algo de vez en cuando. ¿O bien estaba realmente sin blanca y había retomado su actividad de otros tiempos para saldar la deuda con el señor Bernier y con a saber quién más? Entré en casa con esos pensamientos y, mientras Arsène iba a cambiarse, busqué a Irene para hablarle de mi extraña conversación con el hermano mayor de Sherlock. La encontré a la puerta de la cocina hablando gravemente con Billy y la cocinera.

—Dice que le estalla la cabeza, que tiene la frente ardiendo y… que siente ciertos trastornos. Trastornos gástricos, para ser precisos —estaba diciendo Billy cuando me asomé a la cocina.

Nuestra cocinera, Mary Cavanagh, tenía el rostro brillante y sudoroso de alguien aquejado por un fuerte resfriado o algún tipo de intoxicación. Su tremendo acento irlandés, que la hacía casi incomprensible en condiciones normales, resultaba todavía más dificultoso a causa del malestar, parecía que hablara con una pinza de la ropa en la nariz. Así que Billy, también él de origen irlandés pese a su perfecto acento londinense, hacía de traductor.

—Dice que lo lamenta, pero que la operación misma de preparar la cena podría causarle desagradables efectos colaterales, porque no está segura de que su aparato digestivo, estimulado por los olores de la cocina, pueda funcionar de la forma habitual, en sentido descendente.

Se me escapó una risita, porque por las expresiones de Mary, dotada de un carácter mucho más sencillo y directo que Billy, estaba claro que la interpretación del chico había limado algún exceso de colorido.

—Por supuesto, lo entiendo perfectamente —asintió Irene—. Mary, corre ahora mismo a meterte en la cama para descansar. Billy, asegúrate de que la chimenea de su cuarto caliente bien y de que Mary tiene suficientes mantas, una jarra de agua y un cubo o una palangana por si acaso…, bueno, por si acaso su aparato digestivo decidiera invertir el sentido de la marcha —dijo para terminar, lanzando una mirada cómica al joven para todo de Briony Lodge.

La cocinera farfulló algo tapándose la boca con un pañuelo.

—Dice que se lo agradece —tradujo Billy con presteza.

—Ahora se plantea el problema de quién preparará la cena —observó Irene pasándose una mano por la frente. Solo entonces me di cuenta de lo cansada que parecía y de que las últimas preocupaciones le habían dibujado nuevas arrugas en el entrecejo.

—¡No es ningún problema, señora Adler, yo me ocupo! —exclamó Billy con entusiasmo.

—¿Estás seguro? —preguntó Irene dubitativa.

—Cocinaré un plato que forma parte de la tradición de mi familia desde hace generaciones: ¡salchichas a la Gutsby!

—Suenan apetitosas —aprobó Irene—. ¿Y cómo se cocinan esas salchichas?

—Ah, eso no puedo revelarlo, estropearía la sorpresa —contestó

Billy con su habitual sonrisa de oreja a oreja—. Solo le pido permiso para ausentarme una hora con el fin de procurarme todo lo necesario.

—Permiso concedido —dijo Irene—. Pero ahora, por favor, acompaña a Mary a su cuarto antes de que su aparato digestivo elija la vía de la rebelión.

La cocinera, que con solo pensar en salchichas había pasado improvisamente de un rojo encendido al verdoso, se apresuró a irse sostenida por Billy.

—¡Estoy impaciente por probar esas salchichas a la Gutsby! —exclamó Irene, que me dirigió la primera mirada cómplice en muchos días—. ¡Ese chico siempre es una fuente de sorpresas! Pero hablemos de otras personas sorprendentes: ¿cómo te ha ido con Mycroft?

—Solo quería verme. Para conocerme, creo. Para saber si quiero… —aludí yo sin encontrar las palabras.

—Si quieres tratar de reclamar tus derechos por nacimiento —terminó ella la frase por mí—. ¿Y tú qué le has dicho?

—Que yo soy Mila Adler —contesté, y ella me regaló una espléndida sonrisa.

CAPÍTULO 4

la inesperada importancia DE LAS ABEJAS

Aquella noche, Arsène, Irene y yo nos sentamos a la mesa con ansiedad. Ellos dos habían cuchicheado brevemente comentando el encuentro con Mycroft y me enojaba un poco que me excluyeran de la conversación, así que estuve a punto de ponerme de morros. Después, sin embargo, en señal de paz le conté a Lupin lo de las salchichas a la Gutsby, lo que suscitó en su espíritu de *gourmet* francés una mezcla de curiosidad y viva perplejidad.

Billy había puesto la mesa con el cuidado de las grandes ocasiones y, tras pedirnos que ocupáramos nuestros sitios, corrió a la cocina para reaparecer con una enorme fuente tapada con una campana de plata.

—¿Y Sherlock? —pregunté mirando la silla vacía en la mesa.

—Ha dicho que se reunirá con nosotros dentro de unos minutos y que entretanto vayamos empezando —explicó Arsène.

Por un momento sentí de nuevo una pizca de irritación. ¿Es que estaba tan atareado con sus abejas como para no dignarse cenar con nosotros siquiera?

Billy puso la fuente en el centro de la mesa y la destapó con un gesto de prestidigitador.

—Pero si son… —dije yo perpleja.

—¡Salchichas con mostaza! —observó Irene inclinándose sobre la fuente con cara de divertirse.

—Con mucha mucha mostaza —puntualizó Arsène.

Eran los dos únicos ingredientes presentes en el plato, ambos en enorme cantidad. Las salchichas estaban prácticamente ahogadas en la salsa.

—¡Exacto! —exclamó Billy con orgullo—. Salchichas a la Gutsby, según la receta original de Keeran Gutsby, mi tatarabuelo.

Con guarnición de patatas, obviamente —añadió dejando sobre la mesa una ensaladera llena hasta arriba de patatas con mantequilla y sirviéndonos raciones generosas.

Por un momento nos quedamos inmóviles esperando a que se retirase, pero nuestro jovencísimo mayordomo no tenía intención de irse, dispuesto a disfrutar con nuestra reacción al probar aquel plato tan importante para él.

—¿No tendríamos que esperar a Sherlock? —pregunté yo.

—Las salchichas a la Gutsby deben comerse bien calientes si me permiten decirlo —dijo Billy con una inclinación.

Arsène se encogió de hombros y acabó con las vacilaciones probando el primero el contenido de su plato. Sus ojos se iluminaron.

—¡Mmm, son una auténtica delicia! —exclamó estupefacto.

Me apresuré a probarlas a mi vez y me maravillé de la perfección de la receta. La carne tierna y picada en su punto justo, la mostaza no demasiado picante pero sabrosa…

—¿Han visto? ¡Son especiales! —exclamó Billy la mar de contento al observar nuestras expresiones de felicidad mientras devorábamos aquella comida divina—. Se las he comprado a mi tío Nevan, que tiene una pastelería donde las prepara según la receta secreta del viejo Gutsby.

—Si Sherlock no se mueve y viene a la mesa, nos las comeremos todas nosotros —comentó Irene con una sonrisa.

—¡No dejaré que acabéis con estas olorosísimas salchichas! —exclamó Holmes apareciendo en la puerta. Extrañamente, también él parecía de excelente humor.

Cortó por la mitad una de las salchichas, la observó con atención y decretó:

—Un equilibrio perfecto entre grasa y magro, óptima curación, combinación ideal con una mostaza amarilla al vinagre de malta, más delicada que la de semillas enteras disueltas en agua caliente, de sabor naturalmente más áspero y picante.

—Y así fue como el gran investigador nos permitió asistir a uno de los momentos cumbre de su carrera: ¡el método deductivo Holmes aplicado a las salchichas! —bromeó Arsène pasándole las patatas a su amigo, que, en vez de rezongar como era su costumbre, solo le dirigió una sonrisa torcida.

—Tengo un hambre considerable, así que perdóname que no secunde tus tontas provocaciones, pero tengo cosas mejores que hacer —anunció Sherlock llenándose el plato.

Sonrisas y miradas felices alegraron toda la cena. Billy, obtenido el resultado esperado, se escabulló un instante antes de que me viniera la idea de sugerirle a Irene que lo invitara a sentarse a la mesa con nosotros. Yo también comí con gusto por primera vez en muchos días. Arsène animó la cena con disparatadas anécdotas culinarias recogidas en una vida de aventuras, e Irene también contribuyó con interesantes curiosidades sobre usanzas con las que había entrado en contacto en mesas de todo el mundo en sus viajes como espía internacional. Sherlock, en cambio, estaba extrañamente silencioso; no preguntó nada sobre Mycroft y me di cuenta de que nos lanzaba miradas vivaces y de regocijo, como si guardara un secreto del que solo él estaba al tanto. Pero, a pesar de aquella constatación, no pude evitar poner cara de sorpresa cuando, como si se tratase de la cosa más natural del mundo, anunció:

—Señores, la cena ha sido agradablemente sustanciosa, pero ahora sugeriría que nos retiráramos. Tenemos que hacer las maletas y descansar en vista de nuestra marcha inminente.

—¡¿Marcha?! —exclamé yo poniendo voz a la sorpresa de todos.

—¿Qué nos ocultas, viejo amigo? —le preguntó Arsène—. Has estado callado durante toda la cena, con la expresión de un gato que se acabara de comer un canario.

—He pasado días reflexionando sobre la llave y la nota con un número que nos entregó Anastasia —explicó Sherlock—. Mi primera deducción es que ese número es el código de una caja de seguridad.

—Ya lo hablamos —intervino Irene—, pero, si es verdad lo que dices, es prácticamente imposible averiguar en qué banco está esa caja a partir de esas dos únicas pistas.

—Hum… en mi larga carrera creía haber demostrado que no hay misterio para la mente de Sherlock Holmes.

Arsène me guiñó un ojo y susurró:

—¡Cuando empieza a hablar de sí mismo en tercera persona significa que va a llegar la pieza fuerte de la velada!

Sherlock no dio muestras de haberlo oído y, sacando la llave del bolsillo del chaleco, continuó:

—He partido del análisis del metal que la compone. Se trata de un metal patentado con el nombre de Neusilber y comúnmente conocido como alpaca.

—¡Por tanto, el banco se encuentra en Alemania! —exclamé yo.

—No corras, Mila. El método deductivo no equivale a ponerse a adivinar basándose en los primeros datos que te caen en las manos.

Encajé la recriminación sonrojándome y dejé que prosiguiera.

—La alpaca es una aleación de cobre, níquel y zinc, más un pequeño porcentaje de plomo, estaño, manganeso o hierro. En el siglo pasado se usó para la producción industrial de cubiertos, dado que tiene un coste significativamente menor al de la plata. Su resistencia al desgaste la convirtió en una aleación muy apreciada para la fabricación de llaves. Su gran difusión es un elemento que no juega a favor de nuestras pesquisas, pero afortunadamente esta llave tiene algo peculiar.

Observé atentamente el pequeño objeto al que Holmes daba vueltas entre los dedos intentando ver qué lo hacía tan especial.

—¿Veis lo oscura que es? Se debe al plomo, que aquí supera con mucho el seis por ciento habitual en esta aleación. Mandé un telegrama a un profesor de química de Cambridge y he podido saber que, entre las variedades de la alpaca, como el Neusilber o su competidor francés el argentan, una fue patentada por una pequeña empresa de Ginebra llamada Schwab. Por desgracia para el señor Schwab, que estaba tan convencido de la validez de su aleación que incluso le puso su propio nombre, el Schwab no despegó nunca a causa de la competencia de las otras aleaciones. La empresa cerró al cabo de pocos años, tras una limitada difusión restringida al territorio suizo.

«¡Entonces el banco está en Suiza!», me habría gustado exclamar, pero callé por temor a decir otra necedad. Sherlock se volvió hacia mí, me dirigió una sonrisa apenas perceptible y dijo:

—Pensé que sería, pues, un banco suizo. Pero ¿cuál? Estuve días devanándome los sesos, pero no conseguía saber cuál. Hasta que comprendí que la solución estaba precisamente aquí, cerca de mí, y…

Todos estábamos pendientes de sus labios.

—¿Y? —lo apremió Arsène, impaciente.

—Las abejas —contestó Sherlock poniendo los puños sobre la

mesa.

—¡¿Las abejas?! —repitió perpleja Irene.

—Hice traer aquí mis abejas para distraerme, para concentrarme en otros problemas de modo que mi inconsciente pudiera trabajar sin molestias, tal como recomiendan algunas teorías recientes. Ahora bien, puede ser que dichas teorías no sean más que un bonito montón de patrañas y no se haya tratado más que de un gran golpe de suerte. Observad bien la llave.

Yo ya la había observado desde todos los ángulos: era una llave de cabeza hexagonal con un agujerito también hexagonal para engancharla a un llavero.

—¿No os llama la atención nada? —preguntó Sherlock en tono de viejo catedrático.

—Ejem… ¿Que es hexagonal como las celdas de las colmenas de abejas? —aventuré metiendo la cabeza entre los hombros, como preparándome para otro varetazo del profesor Holmes.

—¡Exactamente! —exclamó en cambio Holmes, entusiasmado, dándose un golpe con la mano izquierda en la rodilla—. Aunque es una forma bastante extendida en cabezas de llaves, esta es menos aplastada, más geométricamente perfecta. En suma, esta llave tiene una forma hexagonal muy particular. Debía de ser algún tipo de símbolo. Así que fui a buscar un libro sobre la historia de las entidades financieras suizas y encontré una que tiene por emblema el hexágono: es Orvier-Lachard, un pequeño banco privado de Ginebra.

—Déjame adivinar, ¿por casualidad está cerca de donde se encontraba la empresa Schwab? —lo interrumpió Irene.

—Has acertado. A menos de diez kilómetros de distancia. Lo que hace bastante probable que en el pasado utilizaran la aleación del señor Schwab en las llaves de sus cajas de seguridad.

—¡Vayamos a echar una ojeada! —exclamé yo con entusiasmo y poniéndome en pie.

Los ojos de los tres se clavaron en mí y me ruboricé. Pero la verdad es que yo también empezaba a reconocerme a mí misma solo en aquel momento tras días de oscuridad. No era propio de mí dejarme arrastrar por la desesperación. Tenía que hacerlo por Asia: la única manera de honrarla verdaderamente era hacer todo lo posible por llegar al fondo de aquella historia.

—¡Billy! —llamó Sherlock de improviso, haciéndonos dar un respingo a todos.

—¿Sí, señor Holmes? —respondió el mayordomo apareciendo como un rayo.

—Deberás ocuparte tú de mis abejas.

—De… ¡¿sus abejas?!

—Sí. Es sencillo, te he dejado tres manuales sobre mi escritorio, más algunos esclarecedores artículos que he escrito yo mismo sobre el cuidado de las colmenas en el periodo siguiente a un traslado, espero que los estudies aplicadamente. Si los sigues al pie de la letra, las abejas estarán muy bien, por lo que espero encontrarlas con perfecta salud a mi vuelta. Te pido por favor la máxima atención, el viaje desde Sussex a Londres ya ha sido un acontecimiento bastante traumático para ellas.

—Ejem, ¡desde luego, señor Holmes! —dijo Billy tras un instante de titubeo. Con seguridad no debía de haberse imaginado que sus tareas como mayordomo incluyeran también la apicultura. Pero su optimismo no pareció resentirse por la novedad y la sonrisa volvió enseguida a su rostro.

Confié en que de verdad consiguiera cuidar de aquellos insectos llegados desde Sussex. Después de todo, también era mérito de ellos si por fin teníamos una pista que seguir.

CAPÍTULO 5

PAPEL EN BlANCo

La estación de St. Pancras estaba animada por oleadas de viajeros. Yo sujetaba en una mano la maleta con lo mínimo indispensable para el viaje y en la otra el billete de tren, como si fuese un amuleto mágico. Desde allí iríamos a París, donde haríamos el trasbordo para Ginebra. Nos esperaban muchas horas de viaje y me devoraba el ansia por descubrir cuál era el contenido de aquella misteriosa caja de seguridad. Y había una pregunta que me rondaba por la cabeza desde hacía días.

—¿Qué haremos si el mariscal Kinzhal ha llegado antes que nosotros?

Lupin, que no paraba de echar rápidos vistazos a su espalda desde que habíamos llegado, pareció palidecer al oír aquel nombre y me hizo una señal para hablar en voz más baja.

—¿A qué viene eso? —le reprochó Sherlock—. No es una especie de monstruo de cuento que aparece cuando lo nombran.

—Arsène tiene razón, podría haber oídos en todas partes —intervino Irene mirando alrededor a su vez con cautela—. Pero la pregunta de Mila es pertinente.

—La llave está en nuestras manos gracias a Mila, que reaccionó con prontitud y le entregó la del carillón —dijo Sherlock—. Así que no hay que preocuparse: aunque hubiese utilizado sus dotes de monstruo de cuento para saber a qué cerradura corresponde la verdadera llave, cosa que si me permitís dudo mucho, en ningún caso podría abrirla.

Llegamos a nuestro andén con bastante adelanto y Arsène dejó en el suelo su maleta, decididamente más voluminosa que la mía.

—Tengo que ir un momento al lavabo, ¿seríais tan amables de vigilarla por mí? —dijo con una sonrisa forzada—. En ella llevo todo mi instrumental del oficio…

—¿No puedes esperar a subir al tren? —le preguntó Irene.

—No me siento muy bien. Tal vez no tendría que haberme comido todas esas salchichas a la Gutsby. O tal vez es que he contraído la misma dolencia que nuestra cocinera —explicó Arsène, y noté que tenía la cara realmente pálida.

—Dispones de doce minutos y cuarenta segundos a partir de… ya —le dijo Sherlock consultando su reloj de bolsillo.

Arsène se alejó a buen paso entre la multitud y, aunque me puse de puntillas para seguir el ondear de su pelo entrecano, a los pocos segundos lo perdí de vista.

—Se comporta de una manera rara —le susurró Sherlock a Irene.

La de Arsène no me había parecido más que una excusa para alejarse de nosotros. Pero ¿para hacer qué? A lo mejor necesitaba dinero para el viaje y había pensado en dar otro pequeño golpe como el del salón de té. Me parecía tonto poner en práctica un plan por el estilo con Sherlock cerca. Y, además, ¿cómo reaccionaría Holmes si descubría que su amigo no había abandonado del todo sus «costumbres» del pasado?

—Aquí estoy —dijo Arsène poniéndome una mano en el hombro y sobresaltándome.

Me refugié durante todo el viaje en la trepidante trama de una novela policiaca, pero, cuando nos reunimos todos en el coche restaurante para la cena, no pude evitar lanzarle ojeadas furtivas, y me percaté de que Sherlock hacía lo mismo.

—¿Teníamos que elegir precisamente el hotel más renombrado de la ciudad? —preguntó Sherlock cuando el cochero del carruaje que habíamos tomado en la estación de Ginebra se detuvo delante de la imponente fachada del hotel Beau Rivage.

Lupin se rio.

—Viejo amigo, cuando se viaja es mejor hacerlo con todas las comodidades. ¡Qué espléndido hotel! Eh, ¿no es aquí donde la emperatriz Sissi fue…? —dijo Arsène en tono de broma, pero después puso sus ojos en mí y enmudeció.

—No, no es aquí. Ocurrió en el paseo —dijo sombría Irene señalando el lago de Ginebra, a lo largo de cuya orilla había un bonito y amplio paseo frecuentado por parejitas, ayas con niños, señoras charlando y hombres de porte austero.

—¿Qué ocurrió? —pregunté, aunque ya sabía la respuesta. La emperatriz austriaca había sido asesinada cerca de allí a finales del siglo pasado.

—Algo que no tiene nada que ver con nosotras, puesto que no somos ni princesas ni emperatrices —sentenció Irene apretándome la mano.

Le dirigí una mirada de admiración. Irene se había rebelado contra su propio origen de hija secreta del rey de Bohemia y había hecho fracasar las maquinaciones de quienes querían verla subir al trono, apenas adolescente, en lugar del usurpador que había matado a su padre. Irene, en cambio, había decidido construirse ella misma su futuro. «El destino no existe», me decía siempre. Yo también era hija de un rey. Mejor dicho, de un zar. Pero no quería saber nada de coronas, reinos y nobleza. Lo único que quería era hacerle justicia a Asia y elegir por mi cuenta qué sería de mayor. Tal vez espía, como Irene. O detective, como Sherlock. Ladrona de fama internacional, como Lupin, seguramente no, pero en todo caso era una cuestión de elección personal. Y de libertad. La misma libertad que Asia había sido la primera en enseñarme oponiéndose a las reglas de la corte rusa con fuerza y alegría, mostrándome que la vida era un obsequio que saborear cada día. Antes de que nuestros enemigos le arrebataran su maravillosa dicha por vivir arrancándole su último aliento en el puerto de Danzig, mientras intentábamos ponerla a salvo.

—Estamos a punto de descubrir el porqué de lo que sucedió en Danzig —me dijo Irene acariciándome dulcemente una mejilla. Hasta hacía pocos días, yo me habría retraído, encerrada en mi rabia y mi dolor, pero en cambio acepté con gratitud aquel gesto afectuoso. Pronto comprenderíamos todo y, de un modo o de otro, pasaríamos página.

El Beau Rivage era un hotel suntuoso, por decir poco. Arsène me contó que en él se habían alojado reyes, reinas, emperadores, grandes músicos, maharajás indios… Grandes columnas de mármol rosa se alzaban en el vestíbulo, las paredes estaban decoradas con estucos tan elaborados como encajes y el agua surtía de una fuente frente a la recepción. El restaurante del hotel demostró estar a la altura del lujoso mobiliario y nos concedimos una cena realmente deliciosa. Arsène hizo gala de su conocimiento del gran mundo

contando improbables intrigas amorosas y otros emocionantes sucesos ocurridos en la alta sociedad francesa y europea durante sus rocambolescas aventuras. Yo, sin embargo, seguía mirándolo de reojo, llena aún de dudas por su extraño comportamiento en los últimos tiempos. Solo un espléndido *savarin* de melocotón logró distraerme unos minutos. Luego fue Irene la que volvió a ponerme los pies en la tierra.

—Ahora que hemos recuperado fuerzas, es el momento de poner a punto los próximos pasos de nuestro plan —dijo.

Minutos después nos reunimos todos en el saloncito de la elegantísima *suite* que compartía con ella. Arsène había dejado en el suelo un pequeño baúl de piel y yo sentía curiosidad por conocer su contenido.

—He hecho algunas pesquisas —dijo Sherlock—. El banco Orvier-Lachard, por una suma conveniente, permite tener cajas de seguridad anónimas. Cualquiera que esté en posesión de la llave puede acceder. Nada de documentos ni firmas registradas, basta con pagar. No puedo tener la certeza, naturalmente, pero creo, dadas las circunstancias, que esa fue la solución elegida por quien le entregó la llave a Anastasia.

—¡Vayamos a abrirla entonces! —dije yo, que estaba deseando descubrir cuanto antes el contenido de la caja.

—Espera. Esas cajas se utilizan a menudo para operaciones turbias y nuestra llegada podría llamar una atención no buscada —intervino Arsène.

—¿Temes que alguien esté vigilando el banco? —le preguntó Irene.

—La llave es la pista crucial para llegar al banco Orvier-Lachard y solo nosotros la tenemos —confirmó Sherlock—. Por otro lado, sin embargo, este es un asunto lleno de lados oscuros y no podemos excluir que alguien haya obtenido la misma información a través de otros canales, por lo que ciertamente nos vendría bien un poco de prudencia. Y a esto hay que añadir que el banco podría negarnos el acceso a la caja de seguridad si no ofrecemos una explicación válida.

—Necesitamos una tapadera —dijo decidida Irene.

—¡Es fácil! —exclamó Sherlock—. ¡Una familia! Tenemos que retirar el legado de un pariente difunto.

Una sonrisita se dibujó en los labios de Arsène, que miró primero a su amigo y luego a Irene antes de decir:

—Perfecto, yo seré el abogado de la familia, y eso os obliga a vosotros a interpretar a…

Sherlock fingió indiferencia, pero su nariz se puso repentinamente colorada.

—A dos hermanos —zanjó Irene para no dar satisfacción a Arsène.

—Es plausible —comentó Arsène imitando a su amigo—. Sherlock tiene toda la pinta del viejo solterón misántropo que vive con su hermana menor y su sobrinita.

—«Viejo», dijo el único del grupo con la cabeza casi totalmente gris —bromeó Sherlock, que había recobrado su color normal.

—Ja, ja —se rio Arsène—, habló el jovencito. ¿Quién me dice que no empleas tus conocimientos de química para crear un tinte de pelo? A tu edad, ese color tuyo es un tanto antinatural…

—Nada de eso. Además, has visto recientemente a Mycroft, también él tiene el cabello mínimamente cano en el umbral de los setenta años.

—Es difícil decirlo con los cuatro pelos que le quedan…

Sherlock asintió con una risa sarcástica.

—Tienes razón. Yo envejezco mucho mejor.

—¡Hombres! —exclamó Irene—. Y luego somos nosotras las vanidosas…

—Basta de cháchara —le dijo Sherlock a Arsène—. Cojamos el instrumental de tu oficio y pongámonos manos a la obra.

Arsène abrió el pequeño baúl y sacó pasaportes en blanco, botecitos de tinta y plumillas. Sherlock se quitó la chaqueta, sujetó las mangas de la camisa con dos gomas más arriba de los codos y se puso a trabajar con la velocidad de un falsificador consumado.

—Por suerte soy yo el que ha hecho carrera como delincuente —bromeó Arsène, cogiendo otro pasaporte y disponiéndose a crear una nueva identidad ficticia para uno de ellos bajo mi mirada incrédula y fascinada.

—Querida Mila, ¿te apetecería ser Samantha Mulligan, sobrinita americana de… —Arsène echó un vistazo al trabajo de Sherlock— Augustus Cavendish?

Aquella noche me costó conciliar el sueño. Pensaba y volvía a

pensar en el plan que Sherlock, Arsène e Irene habían ideado hasta el menor detalle y que habíamos ensayado hasta la extenuación, asumiendo el papel de los personajes que debíamos interpretar.

Había sido increíble verlos cambiar de comportamiento y de acento para convertirse en otras personas. Había una sintonía entre ellos que me había provocado una punzada de envidia. Ni siquiera todos aquellos años de alejamiento habían podido romper un vínculo que corría como la electricidad, invisible pero potentísimo. Sin embargo, aun reconociendo su excepcional talento y su capacidad para colaborar y obtener resultados inimaginables, seguía temiendo que aquella misión fuera demasiado grande, demasiado difícil y destinada a un final catastrófico.

—¿No puedes dormir? —me preguntó Irene desde la cama junto a la mía.

—No.

—Es normal estar nerviosa antes de una misión —intentó tranquilizarme.

Crucé las manos sobre el corazón por encima de las mantas, ciñéndolas más al torso, y miré el techo.

—¿Y si…? —empecé a decir, pero me bloqueé a mitad de la frase, incapaz de expresar el pensamiento que me atormentaba.

—¿Y si en la caja de seguridad no hubiese nada importante? Eso es lo que te preocupa, ¿verdad? Que todo lo que hemos hecho, y lo que no conseguimos impedir, haya ocurrido para nada.

Volví la cabeza hacia ella, aunque en la oscuridad solo distinguía su contorno. Irene siempre conseguía asombrarme, a veces comprendiendo mis pensamientos y mis miedos más que yo misma. No tuve necesidad de responder, porque ella continuó:

—Lo siento, y nunca lograré expresarte cuánto, nunca será suficiente. No dejo de pensar en qué habría podido hacer para evitarlo.

—No es culpa tuya —dije, y sentí que se me quitaba un gran peso del corazón—. Asia ya no está y cada día deseo que no fuese así, pero sé que no es culpa tuya.

Tendí una mano hacia ella e Irene la encontró en la oscuridad y la apretó en el espacio entre las dos camas. Me dormí así, aferrada a aquel calor. Estaba lista para afrontar lo que ocurriera; cualquiera que fuera el resultado de aquella investigación, en cualquier jugada

que debiera hacer en aquel gigantesco y peligroso tablero no estaría sola.

CAPÍTULO 6

el llorado
tíO
ATHANASIUS

Al día siguiente, cuando vi mi reflejo en el gran ventanal del banco Orvier-Lachard, me sobresalté. Irene había peinado mi rebelde cabello en grandes tirabuzones que me hacían parecer una muñeca de porcelana desmesurada. Y Arsène había transformado sabiamente mi rostro aplicando unos postizos para proporcionarme una nariz aguileña, pómulos más pronunciados y una generosa rociada de pecas. Los postizos picaban y tiraban, y tenía que recurrir a todo el autocontrol posible para no rascarme. Mi nuevo perfil me daba un gran parecido con Sherlock, o quizá debería decir «tío Augustus», que por su parte lucía una inédita barba y una barriga prominente. Sherlock era mucho mejor que yo para meterse en su papel y había adoptado una postura corva y un tanto ladeada. También Irene había sido transformada por las hábiles manos de Arsène y su cara se había endurecido y afilado para conferirle los mismos rasgos «familiares» míos y de Sherlock. Arsène, que había optado por una prodigiosa calvicie, un físico decididamente gordo y un par de gafitas de montura dorada, nos hizo un gesto de ánimo y abrió con arrogancia la puerta del banco.

—Quisiéramos hablar con el director —dijo sin ningún preámbulo a uno de los empleados—. Tenemos que acceder a una caja de seguridad.

El empleado asintió y, tras hacer una rígida inclinación, se alejó hacia una puerta de madera maciza.

El banco era pequeño pero pretencioso, de las baldosas de mármol del suelo a las voluminosas columnas historiadas.

—¡No te rasques! —me susurró Irene, y me di cuenta con sobresalto de que me había llevado una mano a la nariz. Los postizos se estaban volviendo insoportables, no comprendía cómo

los demás podían parecer tan a gusto.

El director vino hasta nosotros y nos miró de arriba abajo.

—Soy Joseph Mayer, ¿en qué puedo servirles?

—Soy el abogado Prentiss, del despacho Prentiss & Pearson —le informó Arsène—, y ellos son mis representados, el señor Augustus Cavendish, su hermana Martha Cavendish, viuda de Mulligan, y la hija de esta última, Samantha Mulligan.

El director nos estrechó la mano uno por uno. Tenía un apretón blando y untuoso que acrecentó mi sensación de desagrado.

—Estamos aquí para acceder a una caja de seguridad conforme al legado testamentario de su anterior poseedor, Athanasius Cavendish.

Lupin le enseñó el testamento, que había redactado la noche anterior, y el señor Mayer lo leyó durante un larguísimo rato.

—La caja de seguridad número 734090 —constató al fin—. Dejen que consulte el registro.

Lo seguimos a su despacho de sólidos muebles oscuros, donde abrió un archivador y sacó una carpeta.

—No está el nombre del titular —dijo el señor Mayer, tras dejar que nos atormentáramos en otra larguísima espera.

—No me interprete mal —dijo Sherlock en un tono monocorde y nasal—. El tío Athanasius era un hombre muy querido, bastante acaudalado, pero tenía, ¿cómo decirlo?, muchas preocupaciones. No todas fundadas. Estaba seguro de que una parte de la familia, en la persona de un primo lejano con pocos recursos y muchas ambiciones, pudiera intentar echar mano a sus bienes. Así que le pidió a un viejo amigo con conocidos de cierto nivel que le consiguiera una caja de seguridad anónima y secreta aquí, en su entidad.

—Pobre tío Athanasius —suspiró Irene enjugándose discretamente una lágrima con la punta de un pañuelito inmaculado —. Había oído decir que el suyo era un banco de una discreción y una seriedad irreprochables, y él siempre quería lo mejor.

—El Orvier-Lachard es el mejor, mi cortés señora —se empavonó Mayer, alzándose sobre la punta de los pies y apoyándose de nuevo en los tacones un instante después, como un muñeco con muelle.

Yo le sonreí encantadoramente, retorciéndome las manos para

evitar rascarme y con la esperanza de acelerar un poco aquel agotador trámite.

—No harán falta más que unas pequeñas formalidades… —siguió diciendo Mayer con su sonrisa aduladora—. ¿Los señores serían tan amables de facilitarme sus documentos personales?

Irene recogió nuestros pasaportes y se los entregó, devolviéndole la sonrisa. El director examinó los documentos y nuestras caras, luego otra vez los documentos y de nuevo nuestras caras. Al fin dijo:

—Síganme.

Yo me esperaba una enorme cámara acorazada y, en cambio, nos encontramos en una habitacioncita protegida por una gruesa puerta blindada de cerradura con combinación y en cuyas paredes se sucedían muchas taquillas grises de aspecto anónimo.

—734090 —dijo Mayer—. Los señores estarán en posesión de la llave, presumo.

Arsène se la entregó con una pequeña inclinación y el director abrió la puertecita correspondiente. El picor, que para entonces se había extendido a toda mi cara, se agudizó por el hecho de tener todos los sentidos alerta, listos para descubrir el gran misterio que se ocultaba detrás de aquel número.

El director, dándonos la espalda, extrajo algo de la caja.

—Aquí está —dijo tendiéndole un sobre blanco a Arsène, que se había acercado para comprobar—. Este es el contenido de la caja número 734090.

Irene me miró con ojos atónitos. La observé perpleja y ella me hizo un gesto con la mano, señalándose discretamente la cara. ¿Qué tenía su cara que iba mal? Me parecía perfecta, con los rasgos postizos perfectamente injertados en su delicada fisionomía… ¡Pero no era su cara, sino la mía, la que tenía algún problema! Mientras el director manipulaba con la llave, yo, con la respiración cortada por la espera, me había rascado una mejilla sin querer. Algo blando me tocó el labio. ¡Mi nariz postiza se había desprendido! Mientras el director se volvía hacia nosotros para enseñarnos la caja vacía, me llevé ambas manos a la cara para tapar aquel desastre.

—¿La señorita no se encuentra bien? —preguntó el director dirigiéndome una mirada interrogativa.

—¡Epistaxis! —se apresuró a exclamar Sherlock, que sacó del

bolsillo un gran pañuelo de cuadros y me lo apretó sobre la cara.

—Le sucede a menudo, pobrecita, mi hija está sometida a estas hemorragias nasales, sobre todo cuando está un poco consternada —añadió Irene de un tirón—. ¡Igual que el tío Athanasius! Es un defecto de familia, señor Mayer…

—Ten levantada la cabeza como una buena chica —aconsejó Sherlock, haciendo como si me ayudara e interponiéndose entre el señor Mayer y yo.

—Necesito un poco de aire… Siento que me ahogo —gimoteé señalando la puerta.

—Cierto, conviene sacarla fuera enseguida o podría gotear por todas partes y ensuciar este bonito suelo de mármol —exclamó Arsène, que se metió el sobre en el bolsillo interior de la chaqueta y le pasó también su pañuelo a Sherlock para que no se viera que no había ni rastro de sangre.

Mayer se apresuró a indicarnos la salida y Sherlock me acompañó fuera mientras Irene y Arsène se quedaban para cumplir con las últimas formalidades. Pasados unos interminables minutos se reunieron con nosotros y subimos rápidamente a un taxi.

—¡Perdonadme! —exclamé librándome de la nariz postiza y los pañuelos.

Sherlock no dijo nada, pero me lanzó una mirada severa.

Arsène, en cambio, estalló en carcajadas.

—¡Yo también perdí la nariz una vez! Estaba en una recepción en la embajada francesa en Roma, pero había una primera bailarina de ballet que sentía debilidad por un servidor, así que me distraje y…, bueno, fue embarazoso…

—Puedo imaginarlo, pero no tenemos tiempo para tus escabrosas rememoraciones de tiempos pasados —cortó en seco Sherlock con una cómica mueca. Y, cogiendo el sobre con sus dedos huesudos, lo aireó delante de nuestras narices.

El gran misterio que había arrojado una sombra sobre mi vida iba a resolverse. Bastaba solamente con abrir aquel sobre.

—Aquí no —dijo brusca Irene, quitándoselo de las manos.

Sherlock la miró airado, pero no replicó. El corazón me dio un vuelco. Me habría gustado gritarle al chófer que fuera más deprisa, a los peatones que se apartaran con más rapidez. No podía esperar mucho, tenía la sensación de que el ansia por conocer la verdad me

haría explotar como una bomba.
El saloncito de la habitación que compartía con Irene nos acogió con su tranquila elegancia.

—Aquí deberíamos estar a resguardo de miradas indiscretas —dijo Irene apoyándose con la espalda en la puerta mientras Sherlock inspeccionaba rápidamente armarios y ventanas para mayor seguridad.

Yo miré a Irene con los ojos llenos de expectación y me estremecí cuando ella me dio el sobre.

—Ábrelo tú —me dijo simplemente.

Mis dedos tocaron apenas el papel, preocupada por que un contacto demasiado fuerte pudiera borrar los secretos que guardaba.

—Ten —me dijo Sherlock, que me ofreció una navajita.

Delicadamente, metí la punta bajo la solapa de cierre del sobre y la despegué. Dentro había cinco hojas dobladas en tres partes. Las primeras hojas estaban repletas de números y palabras sobre una pomposa filigrana con el símbolo de un banco inglés.

—¿Documentación bancaria? —preguntó Irene.

Las manos me temblaban.

—¿Dinero? ¿Todo ha sido un asunto de dinero? —balbucí. No podía ser… Asia no podía haber muerto por algo tan mezquino. Irene me había dicho que estaba segura de que…

—El Conde G. insistió en el hecho de que había en juego grandes potencias y grandes peligros —dijo Irene—. ¿Qué hay en las otras dos hojas?

Las desdoblé y dejé caer al suelo los documentos bancarios.

Se me hizo un nudo en la garganta.

Estaban completamente en blanco. Vacías.

Sentí que las lágrimas presionaban en mis párpados. No era posible.

—¡Bah! Nadie se tomaría tantas molestias para esconder hojas en blanco —resopló Sherlock, que recogió las hojas de la alfombra. Las observó luego a contraluz y se las pegó a la cara para olerlas, pero resopló otra vez.

—¿Ves algo? —le preguntó Arsène.

—¡Criptografía, seguro! —respondió Sherlock con un gruñido. Luego, sin añadir más, salió precipitadamente de la habitación

dando un portazo.

—¿Qué quiere decir criptografía? —pregunté con el corazón en un puño.

—En griego significa «escritura oculta» —me explicó Irene—. Sherlock quería decir que hay un mensaje escondido en esas hojas, y yo también lo creo.

—Conociéndolo, habrá ido a procurarse algún compuesto químico para hacer visible el texto oculto —comentó Arsène liberando su cabeza del postizo que lo hacía calvo y pasándose una mano por el pelo—. Y, conociéndolo, ¡no tardará en encontrarlo!

CAPÍTULO 7

LA fórmula DE LA locura

—¿Y bien? ¿Qué has descubierto? —le preguntó Arsène, caminando a grandes pasos por la habitación que compartía con Sherlock, mientras Irene y yo los observábamos sentadas en dos sillones rígidos. El saloncito, muy semejante al nuestro, había sido puesto patas arriba por Sherlock, que había colocado la mesita bajo la ventana para trabajar con más luz. Lo que no sabíamos era en qué consistía tal trabajo, dado que, tras reaparecer ya con su propio aspecto tras quién sabía qué peregrinación, estaba escrutando atentamente las dos hojas sin responder a ninguna de nuestras preguntas. Era como si ni siquiera existiésemos y nuestra voz no fuera capaz de alcanzar las vertiginosas alturas en que se movían sus pensamientos.

—Bueno, con seguridad está siguiendo una pista como un sabueso —observó Arsène.

—No te preocupes, siempre hace eso —susurró Irene, guiñándome un ojo—. Es una buena señal.

—Pero me gustaría saber qué… —aventuré yo, pero no pude terminar la frase.

—¡¿Dónde está la lejía que había pedido?! —soltó Sherlock de repente mirando a la puerta y haciéndome dar un respingo.

—¿Te parece el momento de hacer limpieza? Para eso están los empleados, después de todo estamos en un hotel de lujo… —dijo Arsène con una sonrisa impasible.

Sherlock cogió aire para contestarle, pero alguien llamó a la puerta.

—¡Por fin! —comentó Sherlock, que intercambió una mirada con su amigo, y corrió a abrir.

—¡Su lejía, señor! —dijo un joven camarero sofocado, mirando a

Sherlock con ojos llenos de terror. Sostenía una bandeja de plata con una botella de cristal de esas que a veces se usan para licores, llena de un líquido transparente.

—Te has retrasado tres minutos —rugió Sherlock al desventurado, consultando su reloj de bolsillo. Después, clavando los ojos en la botella, bufó—: Seguro que los habrás perdido pasando inútilmente el hipoclorito de sodio a esta estúpida botella y trayéndola aquí en equilibrio sobre esa bandeja superflua. Y todo para preservar una tonta impresión de elegancia que va en detrimento de una mucho más apreciable y sobria eficiencia.

—Hipoclo… —balbució perplejo el camarero—. ¡Oh, no, señor! ¡Esto es lejía, como me había pedido, señor!

—Exactamente —dijo Sherlock con expresión intolerante hacia aquella ignorancia del camarero, al cual, tras coger la botella con un movimiento rápido, le cerró la puerta en las narices.

Yo me puse en pie.

—¿La lejía sirve para desvelar la escritura invisible? —le pregunté estrujando la tela de mi falda por la tensión.

Holmes me miró como si no se hubiera percatado de mi presencia hasta ese momento y, mientras volvía a la mesa, dijo:

—Acércate, Mila. Vamos, ¿a qué esperas?

No me lo hice repetir y corrí a atisbar por encima de su hombro. Sherlock, sentado en el suelo con la espalda recta y las piernas cruzadas, señaló las hojas y me explicó:

—Nos encontramos ante una pequeña obra maestra criptográfica: la sustancia usada en estas hojas es inodora, incolora y no revelable por medio de fuentes de calor. Por eso he descartado los métodos más corrientes como el zumo de limón o el jugo de la cebolla, o que facilitan más la lectura como el cloruro de cobalto. Se trata casi seguramente de una tintura a base de yoduro de potasio, dosificada y mezclada a la perfección. Y el modo más rápido de descubrirlo es utilizar el hipoclorito de sodio, vulgarmente conocido como lejía.

Diciendo esto, mojó el pañuelo en la botella y dio delicados toquecitos en una parte pequeñísima de una de las hojas mientras yo contenía la respiración.

—¡Oh! —exclamé sorprendida.

Unas líneas pardas habían aparecido en el papel. Formaban

letras verjuradas en una caligrafía minúscula.

—¡Ah! ¡Esta es la demostración! —declaró satisfecho Sherlock, que procedió a extender lejía sobre ambas hojas ante mi mirada maravillada.

Ahí estaba lo que Asia había considerado más importante que su propia vida, aquello por lo que me había regalado su última sonrisa sabiendo que yo haría de todo por tenerlo en lugar seguro.

—¡Una fórmula química! —dijo Sherlock incorporándose como el rayo, indiferente al crujido que emitieron sus rodillas y enseñándonos las hojas con una sonrisa de triunfo. Contenían innumerables series de letras unidas por guiones y rodeadas por una apretada escritura estrecha y fina.

—¿Una fórmula de qué? —le preguntó Irene, que, en vez de sonreír como todos, se había puesto blanca.

—Aún no lo sé —dijo Sherlock—. Parece bastante compleja.

Arsène observó las hojas y dijo:

—Y los apuntes están escritos en un pésimo francés. Mira los verbos auxiliares *être* y *avoir*. *Est été?* ¡Dios mío! Desde luego, quien ha concebido estas cosas no es ningún imitador de Stendhal.

—Un pésimo francés y unas excelentes nociones de química —masculló pensativo Sherlock—. No tengo los conocimientos necesarios para saber de qué se trata exactamente.

—Debe de haberla escrito un científico de cierto nivel —aventuré yo, y Sherlock asintió.

—Mira, no está completa —observó Arsène señalando la segunda hoja.

—*La derniere partie de la formule est dans les mains de le fou blanc n. 4* —leyó Arsène—. Dejando a un lado los errores gramaticales…

—¿La última parte de la fórmula está en manos del… «loco blanco número cuatro»? —traduje yo.

—Pero ¡¿qué demonios significa?! —soltó Irene.

—¡Somos las personas idóneas para descubrirlo! —exclamé, y Sherlock me dedicó una de sus raras, fugaces sonrisas.

Horas más tarde, el entusiasmo que se había adueñado de mí se estaba transformando rápidamente en impaciencia. Sherlock se había encerrado en su habitación para reflexionar, nos había echado fuera a todos, Arsène incluido, y no había salido ni siquiera

para comer. Irene, Arsène y yo no habíamos tenido más remedio que dejarlo solo y habíamos ido a reponernos en el espléndido comedor del hotel. Yo, sin embargo, apenas había tocado la comida, y la selección de finísimos bombones que nos sirvieron al final del almuerzo también me dejó totalmente indiferente.

—Deberías comer algo, Mila —observó preocupada Irene. Muy rara vez me ocurría que no me tentaran los dulces. Incluso en los momentos más difíciles mi estómago nunca se cerraba tanto como para no dejar hueco a un bombón o un trozo de tarta.

—No tengo hambre, esta espera me está enervando —resoplé arrugando la servilleta.

—Toda investigación comporta momentos como este —me dijo Irene.

—En las novelas policiacas no sucede —objeté yo.

—Normalmente, en los libros solo se cuentan las partes más divertidas y los escritores soslayan elegantemente las esperas, los retrasos y los tiempos muertos.

—Me gustaría poder pasar las páginas también en la vida real y saltarme las partes aburridas… ¿No podemos hablar con el Conde G.? A lo mejor podrías mandarle un telegrama cifrado, Irene.

Mi madre adoptiva me sonrió.

—El Conde G. no parece tener la intención de compartir todo lo que sabe.

—¿Y cómo podemos saber que de verdad está de nuestra parte?

—Gracias a él tú estás conmigo. Y también gracias a él la fórmula está en nuestras manos —respondió Irene encogiéndose de hombros.

—¿Y qué vamos a hacer luego? ¿Le entregaremos la fórmula y dejaremos que él se encargue?

Irene y Arsène cruzaron una mirada seria.

—Antes debemos encontrar la última parte de la fórmula, la que está en manos del fantasmagórico «loco blanco», y comprender de qué se trata —respondió Arsène, e Irene asintió.

Había un viejo dicho que rezaba «no hay honor entre ladrones», y por un momento me asaltó la duda de si podría aplicarse a los espías.

—No te fías del todo del Conde G., ¿verdad? —le pregunté a Irene mirándola a los ojos.

—Todas las personas de las que me fío están aquí conmigo, y eso me basta —respondió ella, devolviéndome la mirada franca.

—¡Como me quede diez minutos más cruzada de brazos me vuelvo loca! —exclamé poniéndome en pie—. Voy a dar un paseo.

—¡¿Un paseo?! —dijo Irene mientras una arruga de preocupación se delineaba encima de sus cejas.

—Sí, por aquí fuera —respondí yo—. Está el lago, el paisaje es agradable y yo necesito aire.

—No sé si es conveniente… —intervino Arsène.

En mi mente se formó la imagen de un asesino escondido detrás de un árbol, listo para aparecer de un salto y atacar a la desafortunada víctima… No. Yo no era una princesa ni una emperatriz. Tenía que dejar de ver el terrible final de Isabel de Austria como un infausto presagio. Yo no era nadie así. También el Conde G., el partidario tan fiel del zar que había hecho posible mi salida de Rusia cuando era niña y que años después había intentado salvar a Asia, había sido muy claro al respecto: ella era la última de los Romanov. Yo, hija ilegítima de Nicolás II, criada en Estados Unidos por una espía, nunca sería reconocida como soberana, ni siquiera por los contrarrevolucionarios rusos más fervientes.

Pero todo eso, increíblemente, tenía que ver con quién era realmente y con la persona en que me convertiría. Porque de otra cosa sí estaba segura: no quería ser una persona cualquiera. Irene siempre decía que el destino no existe, pero lo que muchos llaman destino es, en mi opinión, simplemente un camino que recorremos siguiendo a aquellos que elegimos por modelo. Mi modelo era Irene y, junto con ella, sus extraordinarios amigos. Mi destino, el que había elegido para mí, no era reinar, no era esconderme, era seguir haciéndome preguntas y encontrar respuestas.

—Voy a dar una vuelta —repetí con convicción—. Tengo que aclararme las ideas.

Irene iba a rebatir, pero Arsène le puso delicadamente una mano en el brazo, para que no lo hiciera, y dijo:

—Te acompaño.

Así que dimos el paseo por la orilla del lago. Y no había asesinos preparados para atacarme, solo un magnífico día que compartir con otros distraídos paseantes. Y, sin embargo, sentía encima un velo de inquietud del que no conseguía desembarazarme. Había algo

anormal, algo extraño que no era capaz de identificar.

Y de repente me di cuenta.

Arsène se había girado de nuevo para mirar a su espalda. Desde que habíamos salido lo había hecho al menos cinco veces, pero yo no le había dado demasiada importancia, convencida de que el trágico final de la emperatriz austriaca a pocos pasos del lago lo había sugestionado también a él. Pero tenía otra vez aquel brillo de intranquilidad en los ojos, el mismo que le había visto en la estación.

—¿Regresamos? —me preguntó en tono aparentemente distendido, y yo sentí un escalofrío corriéndome por la espalda. Por un instante la expresión de Arsène había dejado traslucir su verdadero estado de ánimo: lo que vi en sus ojos era algo mucho más intenso que una turbación pasajera.

Miré alrededor, pero solo había dos señoras elegantes, una niñera con un gigantesco cochecito rebosante de encajes y un anciano delgadísimo y encorvado de cordiales ojos azules. Sin embargo, en alguna parte debía ocultarse un grave peligro.

Arsène había visto algo, o a alguien. Y había sentido miedo.

CAPÍTULO 8

UNA punzada en el corazón

Pensar en el extraño comportamiento de Lupin, aquella mirada temerosa que había dejado escapar antes de recobrar su expresión impasible y jocosa me había llenado de inquietud. Habíamos pedido que nos sirvieran la cena en el saloncito de la habitación de Irene y mía para poder hablar de la fórmula sin que nos molestaran, pero no había mucho que decir. Sherlock había rumiado todo el día sin dar con la solución al misterio y en ese momento estaba de pésimo humor.

—Venga, Sherlock, un vaso de vino no te hará ningún daño —dijo Arsène—. ¡Hagamos un brindis!

—¿Y por qué brindamos? —le preguntó perpleja Irene.

—Por nuestro «loco blanco», sea quien sea, y por los misterios que esperan a ser desvelados. Estoy seguro de que los resolveremos —respondió Arsène.

Irene ladeó la cabeza, pensativa, pero luego me miró y sonrió, y acercó su copa. El líquido de color rubí brilló en la copa de cristal.

—Preferiría no empañar mis facultades intelectivas con… —iba a justificarse Sherlock, pero se interrumpió—. ¡Al diablo, sírveme una copa!

Arsène sonrió a su amigo y llenó hasta la mitad su copa.

—¿Y a mí nada? ¿Con qué brindo? —protesté yo, porque no me gustaba ser excluida de las cosas «de mayores».

Irene se apresuró a servirme agua e hicimos tintinear las copas. Tomé aquel brindis como un acicate y, cuando Lupin abrió la caja de bombones que había pedido y me la ofreció, sentí que me volvía el buen humor. Tenía razón Irene, debía comer para tener fuerzas y afrontar aquella nueva y dura aventura.

—Prueba este de mazapán, es exquisito —dijo Arsène señalándome un bombón.

Pero Sherlock, pensativo, lo agarró con sus largos dedos antes de que yo pudiera rozarlo siquiera y se lo metió en la boca impetuosamente.

—¡Eh, Sherlock! —se rio Arsène—. ¡Se lo estaba dando a Mila!

—El chocolate mejora el funcionamiento del cerebro, como sostengo desde hace años. Estos los necesito yo —repuso Sherlock quitándole de las manos la caja y dándome a mí uno de praliné con nueces que paladeé con gusto.

No cabía duda de que Sherlock era un tipo realmente extraño, pensé, y mi impresión estaba acentuada por el hecho de que, a su lado, la planta de la maceta que embellecía el rincón tenía una minúscula gotita rojiza en una hoja. ¿Es que había tirado el vino después del brindis y fingido que se lo había bebido? Pero, de pronto, le habían entrado ganas de comerse todos los bombones a su alcance. Quizá tenía miedo de que el vino ofuscara su increíble intelecto, mientras que el chocolate era para él un estimulante del razonamiento. Mi madre y Arsène cruzaron una mirada perpleja y se rieron del estrambótico comportamiento de su amigo.

—Tengo mucho sueño —dijo Sherlock de repente, tapando un bostezo con su mano huesuda. Luego anunció poniéndose en pie—: Creo que me retiraré a mi habitación.

Se fue sin decir nada más, con la caja de bombones bajo el brazo.

Irene se tocó la frente y cerró los ojos un instante.

—Yo también estoy muy cansada —dijo.

Arsène se despidió y siguió a Sherlock a la habitación que compartían, y yo me quedé con Irene.

—¿Hay algo que no va bien? —le pregunté al notar su mirada un tanto doliente.

—Nada grave, una leve jaqueca —respondió ella. Se disculpó y fue al baño a prepararse para la noche.

Cuando volví con ella después de terminar a mi vez las habituales abluciones de la noche, la encontré ya dormida.

Yo, en cambio, no podía pegar ojo y daba vueltas y más vueltas entre las mantas, que me parecían pesadas y opresivas. A saber quién era el loco blanco y dónde se escondía. A saber qué era aquella fórmula tan importante… Me habría gustado pasar las páginas de mi historia para ir a curiosear el final, y luego…

¡Tump!

Me quedé paralizada en la cama y desencajé los ojos en la oscuridad. Había oído un ruido sospechoso en la habitación contigua, la de Sherlock y Arsène. Agucé el oído, pero no oí nada más.

En otra situación no me habría preocupado, pero en aquel momento mi cerebro agitado por el insomnio empezó a imaginar los escenarios más horribles. ¡Igual el mariscal Kinzhal se había colado en la habitación para robar la valiosa fórmula!

—Irene… —llamé en voz baja.

A mi madre adoptiva, sus años como espía le habían dejado en herencia un sueño ligerísimo, y, sin embargo, no daba señales de haber oído nada.

—¡Irene! —la llamé en voz más alta.

Con el corazón intranquilo me acerqué y volví a respirar solo cuando, tras encender la luz, comprobé que ella también respiraba.

—Irene, he oído un ruido —dije sacudiéndole ligeramente un brazo.

Pero ella se dio la vuelta y siguió durmiendo. Era realmente extraño. ¿Habría tomado algún medicamento para el dolor de cabeza que provocaba somnolencia?

Entretanto, sin embargo, mis pensamientos galopaban por un declive oscuro representándose las peores situaciones posibles. Tenía que ir a ver, con o sin Irene.

Me puse una bata encima del camisón y salí al pasillo con cuidado para que la puerta no chirriara. Alguien se alejaba hacia la escalera. Llevaba sombrero y me daba la espalda. Avancé lentamente y dejé atrás la puerta de Arsène y Sherlock para tratar de ver mejor al desconocido. Este se volvió y estaba a punto de verle la cara cuando sentí que tiraban de mí hacia atrás y una mano me tapó la boca para no dejarme gritar. Mordí instintivamente los dedos que me amordazaban mientras mi agresor me arrastraba a la habitación de Arsène y Sherlock y cerraba la puerta con un pie.

—¡Ah! ¡Solo estaba intentando que no te descubrieran, señorita! —exclamó Sherlock, soltándome y sacudiendo la mano que le había mordido. Estaba completamente vestido, como si se dispusiera a salir.

—¡¿Sherlock?! Pero ¿por qué me has atacado?

—No te he atacado, he intentado impedirte que echaras a perder un seguimiento, pero casi lo consigues de todas formas.

—Pero ¡¿quién era ese?!

—Arsène.

—¿Y por qué ibas a seguirlo?

—Porque nos ha adormecido y ha huido con la fórmula —me explicó Sherlock.

—¡¿Qué?!

—Ahora no hay tiempo para explicaciones, tengo que irme.

—Ni soñarlo, voy contigo.

—¡¿En bata?!

Me miré un instante. Solo llevaba encima la bata y un camisón ligero, pero por suerte me había calzado por si acaso necesitaba correr.

—¡Sí, en bata! —le confirmé decidida.

—Ponte esto —dijo rezongando Sherlock, y me tiró un impermeable.

Me lo puse y seguí a Sherlock por el pasillo. Parecía una niña vagabunda, con el pelo desgreñado y aquel atuendo improvisado, pero era lo último en que pensaba. Arsène nos había traicionado. El pequeño mundo que trabajosamente había reconstruido tras la muerte de Asia se estaba cayendo a pedazos.

—Por allí —dijo Sherlock, y me hizo una seña para que fuera con él.

Yo no veía a nadie delante de nosotros, pero luego, al doblar una esquina, tuve la visión fugaz de la espalda de Arsène.

—¿Qué ha pasado? —le pregunté en voz baja, pero luego recordé la gota de vino en la planta—. ¡Había un somnífero en el vino y tú te diste cuenta! ¡Por eso lo derramaste en la maceta que tenías al lado!

—Magnífica deducción —respondió Sherlock, concentrado en el seguimiento, pero, a la luz de una farola, me pareció verlo sonreír.

—¡Y también había somnífero en los bombones, por eso te los llevaste tú!

—Exacto.

—Pero, perdona, ¿y el praliné con nueces? ¿Cómo sabías que podía comérmelo sin problemas? ¿Y el de mazapán que te comiste tú?

—Los de praliné con nueces son los preferidos de Arsène, estaba bastante seguro de que no les pondría somnífero para poder comérselos sin levantar sospechas. Y el de mazapán lo escondí en la manga y luego lo tiré.

Asentí mientras reflexionaba sobre lo ocurrido.

—Por eso Irene tenía dolor de cabeza y por eso dormía tan profundamente. ¿Crees…? —me asaltó una duda horrible—. ¿Crees que puede ocurrirle algo malo?

Sherlock negó con la cabeza.

—Era un somnífero normal, lo he encontrado en el neceser de Arsène. Por la mañana Irene se despertará un poco atontada, pero después estará bien. No pude impedir que bebiera vino, corría el riesgo de descubrirle a Arsène mis cartas.

Lupin, entretanto, caminaba por delante de nosotros, ignorando aparentemente que lo seguían. Tapaba el ruido de nuestros pasos el fragor del Ródano, el río que atraviesa Ginebra y alimenta las aguas del lago, y que estábamos bordeando en dirección a una zona de fábricas, molinos y almacenes.

—¡Tendría que haberlo comprendido, estaba raro! —dije yo arrebujándome en el impermeable. El frío de la noche agredía mis piernas desnudas y se sumaba a los escalofríos de tensión por aquella situación absurda.

—Raro, ¿en qué sentido? —me preguntó Sherlock.

—Tenía deudas en Londres. Con todo el mundo, incluso en la pastelería francesa. Y lo vi robar un anillo valioso.

—¿Y se supone que ha robado la fórmula para pagarse los *petits fours*? —respondió Sherlock parándose de repente y dirigiéndome una mirada llameante.

—No, no lo creo… —balbucí.

—No puedo creerme que yo no haya notado nada —masculló—. Me he dejado burlar como un policía cualquiera de Scotland Yard que hace sus primeros pinitos. Estoy oxidado, soy…

—Eres su amigo —lo interrumpí.

—Y ahora incluso lo he perdido de vista —bufó él, mirando alrededor.

Lupin acababa de desaparecer en un callejón sin salida.

—Pero qué demon… —dijo Sherlock, pero justo después lo interrumpió un ruido que venía de detrás de nosotros.

—No deberías haberme seguido —dijo la voz de Lupin.

Me volví de sopetón, y otro tanto hizo Sherlock. Solo que en la mano de Sherlock había aparecido una pistola.

—¡Eh! —exclamó Arsène, levantando las manos—. ¿No éramos amigos?

—¡No hay honor entre ladrones! —exclamé yo impetuosamente.

Arsène me miró con admiración y le dijo a Sherlock:

—Si no supiera de qué familia viene la joven Mila, diría que es una pequeña Holmes.

—¡Y tú eres un ladrón! —solté yo.

—Dime algo que no sepa —replicó Arsène riéndose—. Es más, seré yo quien te diga a ti algo que no sabes: os conviene quitaros del medio, porque está llegando alguien muy peligroso. Un mal afamado criminal al que no os gustaría conocer.

—Un compinche tuyo —gruñó Sherlock sin bajar la pistola.

—Un adversario mío —rebatió Arsène—. Pero ahora no hay tiempo para explicaciones. Baja esa pistola y escúchame, Sherlock. Tenéis que esconderos, está a punto de llegar.

—¡No, Sherlock, quiere venderle la fórmula! —exclamé yo.

—Confiad en mí —dijo Arsène.

Él y Holmes se miraron a los ojos en completo silencio, después Sherlock bajó el arma, me cogió del brazo y tiró de mí hasta pegarme al muro del callejón mientras una voz penetrante resonaba en la calle por la que habíamos llegado.

—Arsène Lupin, volvemos a encontrarnos.

Tenía una extraña inflexión cantarina que me pareció del norte de Europa.

—Almgren —dijo secamente Lupin—. Hagámoslo deprisa, ¿tienes el dinero?

—Y tú, ¿tienes el sobre?

—¿Me garantizas que no se les tocará ni un pelo a mis amigos?

El hombre se detuvo bajo una farola. Nos daba la espalda y, desde el lugar en que me encontraba, apenas lo veía, pero lo reconocí cuando volvió la cabeza para mirar alrededor. Era el señor delgadísimo de ojos claros que habíamos visto cuando paseábamos por la orilla del lago. Solo que en ese momento parecía más joven y mucho menos frágil.

Almgren ladeó la cabeza y dijo:

—Soy bueno matando a gente, pero te confieso un secreto: cuando no tengo nada que ganar, renuncio sin que me pese. Así que, si tú respetas tu parte del trato, yo respetaré la mía. Kinzhal me ha pedido que consiga ese sobre, vosotros solo sois mosquitos, pequeñas vidas sin importancia. Siempre que no haya ningún engaño y que este sobre contenga de verdad los documentos que debo entregar al mariscal.

Arsène le alargó el sobre y Almgren echó un vistazo al contenido.

—Una fórmula química, ¿eh? Interesante. Pero no me pagan para hacer demasiadas preguntas —dijo, y le entregó a Arsène un fajo de billetes.

Fue entonces cuando Sherlock saltó desde las sombras y gritó:

—¡Manos arriba!

CAPÍTULO 9

LA HORA DE LA VENGANZA

—Has traído a tu amigo, ya veo. Mal, muy mal —comentó Almgren en tono neutro.

Yo lo miraba desde la esquina del callejón, respirando en silencio y procurando no moverme.

Sherlock se adelantó manteniéndolo a tiro.

—¡El famoso mister Holmes! Pero ¿no te habías retirado? —lo provocó Almgren—. Yo en tu lugar bajaría esa pistola. O no te aseguro que puedas disfrutar más tiempo de tu merecida pensión.

—Dame la fórmula —lo acució Sherlock.

—Ven a cogerla —replicó Almgren con una sonrisa desafiante.

—¡Cuidado, Sherlock! —gritó Arsène.

Un objeto puntiagudo resplandeció en la mano de Almgren bajo la luz de la farola.

—¡Tiene una navaja! —exclamó Arsène mientras Almgren saltaba hacia delante y hería en el brazo a Sherlock, que gritó. El golpe le hizo soltar la pistola, que cayó al empedrado y resbaló hacia mí.

Sherlock retrocedió apretándose el brazo, y vi un reguero de sangre que le bajaba desde un corte en la chaqueta y le manchaba la mano. Almgren me daba la espalda y amenazaba a Sherlock y Arsène con la navaja. Sentí el impulso de pedir ayuda, pero en aquel lugar desolado nadie me habría oído. Luego miré la pistola, caída a pocos pasos de mí. Por un momento volví con la memoria a aquel maldito muelle de Danzig. Entonces no había podido hacer nada para salvar a Asia y ahora… Me lancé hacia Almgren movida por el puro instinto y la desesperación, y recogí el arma del suelo.

—¡Manos arriba! —grité con una voz que casi no reconocí, apuntándole con la pistola entre los omóplatos.

Almgren se puso rígido y Arsène aprovechó aquel instante de distracción para quitarle la navaja. Mis manos, que apretaban la pistola, temblaban, pero traté de permanecer quieta, incluso cuando Almgren prorrumpió en una inesperada carcajada.

—¿De qué te ríes? —le espetó Sherlock.

—¡Burlado por dos viejos y una niña! —contestó Almgren—. Si se supiera por ahí, mi carrera estaría arruinada.

—Siempre que te dejemos ir. No estoy seguro de que después de esta noche puedas ejercer más tu discutible profesión —replicó Sherlock.

Almgren volvió a reírse con una carcajada fría y feroz.

—¡El gran detective Sherlock Holmes! He oído hablar mucho de ti, pero no me habían dicho que fueras tan gracioso.

—¿Para quién trabajas? —le preguntó seco Sherlock.

—¿No es evidente?

—Kinzhal —dijo Arsène.

—¡¿Y tú querías venderle la fórmula a nuestro enemigo?! —le grité luchando conmigo misma para detener el temblor de manos.

—Mila, todo a su debido tiempo —me interrumpió Sherlock en un tono reposado y condescendiente. Era como si supiese algo obvio que a mí se me escapaba. Luego se dirigió de nuevo a Almgren para decirle—: ¿Por qué el mariscal ha contratado a un mercenario como tú?

—Porque hicisteis que arrestaran a su hombre de mayor confianza. Que también era el único, para su desgracia. Y porque en vuestro enfrentamiento en Danzig tampoco salió todo bien para él. Hubo una operación de la policía local que lo dejó… ¿cómo se dice en vuestra lengua? Ah, lisiado.

»De todos modos, si de verdad te interesa tanto ese cosaco cojo y prepotente, se esconde aquí, en Ginebra, en un piso en el número 17 de la rue Saint Alexandre.

Sentí una alegría feroz al saber que mi enemigo, el asesino de Asia, había sido herido aquel día. Pero no era suficiente, debía pagar por lo que me había hecho. Por lo que le había hecho a mi hermana.

Arsène y Sherlock, en cambio, miraron a Almgren dubitativos.

—Si estás mintiendo, no habrá lugar en la Tierra en el que puedas considerarte seguro —lo amenazó Arsène.

Almgren puso cara de hombre de mundo.

—No tengo ningún interés en mentir. Primero, porque me importa un bledo Kinzhal. Segundo, porque sé cuándo persistir y cuándo declararme vencido confiando en recibir el honor de las armas —replicó tendiéndole a Sherlock la fórmula. Holmes se adelantó para cogerla y yo me estremecí al pensar que pudiera mancharla con sus manos ensangrentadas y ocultar así alguna parte valiosa.

—¿Y quién nos dice que no harás triple juego? —le preguntó Sherlock metiéndose precavidamente las hojas en el bolsillo interior de la chaqueta.

Almgren se encogió de hombros.

—Nadie. Pero, como ya os habréis dado cuenta, todo lo que me interesa es… eso —respondió señalando con un ademán de la cabeza el dinero en manos de Arsène—. ¿No creéis que podríamos hacer un buen negocio? —dijo alzando más las manos, como recalcando su rendición.

—¿De qué negocio hablas, Almgren? —soltó Lupin bajando la navaja.

—Pensadlo: ¡vosotros tenéis ahora la fórmula que tanto parece importarle a todo el mundo y el cosaco ha quedado fuera de la partida! Puesto que me habéis burlado, yo ya no voy a ver sus cuartos, pero la suma que ahora tiene Lupin podría convertirse en un buen pago para servidor, ¡para que se olvide de todo y vaya a pasar unas vacaciones en la Costa Azul!

—Pero ¿por quién nos has tomado? —estalló Holmes.

—Ya… ¿Quién nos dice que, si te dejamos ir, no volverás a actuar contra nosotros? —le respaldé yo con ímpetu—. Tú vendrás con nosotros a casa de Kinzhal, y ahora mismo.

La odiosa risa de Almgren resonó en la calle desierta.

—No hay honor entre ladrones, ¿verdad? —dijo Sherlock lanzándome una mirada—. No podemos aceptar tu oferta, lo lamento.

Almgren se encogió de hombros y dijo:

—Ah, pues es una lástima…

Solo entonces quedó clara la verdadera razón de aquella extravagante negociación. Todos habíamos bajado la guardia, y Almgren, en su puesta en escena, había conseguido dar unos pasos.

Los suficientes para tener una vía de escape.

Antes de que pudiésemos hacer nada, salió corriendo y se tiró al Ródano sin la menor vacilación.

Lo vi saltar el parapeto e inmediatamente después oí la zambullida en el agua.

Nosotros también corrimos a la orilla, solo para verlo desaparecer en la franja oscura de la corriente.

—¡Tenía que haberlo detenido! —grité.

—Oh, no, al contrario, porque habrías dado al traste con nuestro simulacro —dijo Sherlock.

—¿Simulacro? —repetí yo con los ojos de par en par.

—Está descargada —respondió Arsène sonriéndole—. Yo sabía que nunca me habrías amenazado de verdad con una pistola.

—A decir verdad…, lo he hecho —dijo Sherlock con un gesto de indiferencia.

Dejé caer al suelo la pistola mientras mi temblor de manos, en vez de aplacarse, aumentaba. En un instante me encontré temblando de pies a cabeza, y Arsène acudió para sostenerme.

—No te acerques —estallé, retrocedí un paso y me derrumbé en la acera. No quería la ayuda de un traidor y no comprendía por qué Sherlock seguía tratándolo como a un amigo.

—Mila, las cosas no han sido como piensas —me dijo Sherlock acuclillándose a mi lado.

—¡Pero qué dices! ¡Ha tratado de envenenarnos y de traicionarnos!

—Aunque solo sea para empezar, era un somnífero, no un veneno —precisó Arsène.

—¡No me interesa! ¡Querías vender la fórmula! —exclamé.

—No, Mila, no es así. Me di cuenta de que Almgren nos seguía de cerca desde nuestra llegada a Ginebra. Me puse en contacto con él y, en el momento adecuado, le hice creer que quería vender la fórmula para atacarlo por sorpresa y hacerle confesar quién lo mandaba, aunque estaba seguro de que se trataba de Kinzhal. Las hojas que le he dado son una falsificación, como sin duda habrá notado Sherlock, en vista de que las ha tocado sin parpadear con los dedos manchados de sangre. Las auténticas están a salvo en el hotel —me explicó Arsène, acuclillándose a su vez junto a mí en la acera y apoyando la espalda contra el parapeto que nos separaba del río.

Nos quedamos callados unos instantes mientras Sherlock se ocupaba de su herida en el brazo, por suerte no profunda, vendándola con un pañuelo.

—¿Por qué no me lo dijiste? —le preguntó Sherlock a Lupin a bocajarro—. ¡Has sido un inconsciente corriendo este riesgo sin mi ayuda!

—Tenía que enfrentarme a él yo solo. Quería… —empezó a explicar Arsène, pero luego se calló.

—Querías deshacerte de Kinzhal de una vez por todas —terminó de decir Sherlock por él—. Y no querías que Irene y yo te detuviéramos y te obligáramos a entregarlo a la policía.

Arsène se encogió de hombros.

—Su esbirro con el antojo en la cara es un pez pequeño y se pudrirá para siempre en las cárceles de Su Majestad, pero los tipos como Kinzhal siempre se libran. No podía arriesgarme a que volviera a la circulación en el futuro, no después de lo sucedido en Danzig.

—Lo has hecho para… protegerme a mí —susurré yo, mientras todos los pensamientos horribles que había tenido sobre él se resquebrajaban.

Holmes cedió a una de sus escasas sonrisas y dijo:

—El ladrón caballero… A esos bobos periodistas no les faltaba del todo razón, por una vez.

—Soy un hombre de mil recursos, qué quieres que te diga —dijo Arsène con una mueca cómica.

—Encima esto… ¿Y estabas seguro de que podrías con alguien como Almgren, uno de los sicarios más despiadados de Europa? —exclamó Sherlock meneando la cabeza.

—Pensaba que se me ocurriría algo en el momento. Siempre me ha funcionado…

—¿Y tienes intención de inventarte algo para Irene también? ¿Tienes idea de lo furiosa que se pondrá cuando se despierte?

—No hagas que lo imagine —contestó Arsène pasándose una mano por la cara—. También lo he hecho por ella. Yo… no consigo dejar de pensar en aquella noche en el muelle, en Danzig. En lo que habría podido hacer y en cambio…

Me puse en pie. De repente había tenido una idea.

—Todos pensamos sin parar en aquella noche, ¡pero no podemos

retroceder en el tiempo! —exclamé apretando los puños—. Aunque podemos hacer algo ahora. ¡Ir a casa de Kinzhal y ponerlo entre la espada y la pared! ¡Que nos diga qué es esa fórmula y por qué la quería a toda costa! Ya lo habéis oído, ¿no? Resultó herido en el enfrentamiento con la policía, no será tan peligroso…

—Volvamos al hotel —propuso Arsène—. Mañana encararé la furia de Irene y luego le explicaremos el plan.

—No —dije yo con los brazos en jarras. Había tomado una decisión.

—¡¿No?! —me preguntaron al unísono Sherlock y Arsène.

—¿Y si Almgren fuese a advertirle? —les pregunté yo.

—No lo hará —contestó Arsène.

—Ese hombre es un monstruo, pero es muy astuto, como has visto —lo respaldó Holmes—. Para él, ahora Kinzhal no es más que un cliente insatisfecho dispuesto a hacérselas pagar. Quien quiera que se lo quite del medio le hará un gran favor.

Me detuve a reflexionar. El razonamiento de Sherlock era, como de costumbre, impecable. Pero me parecía que quedaban muchos interrogantes en aquel asunto.

—¿Y si Kinzhal ha contratado a más espías? ¿Y si, al no ver llegar a Almgren, sospecha? —repliqué. No podíamos arriesgarnos a dejarlo escapar, teníamos que enfrentarnos a él aquella misma noche.

La dirección que nos había dado Almgren resultó ser la de una modesta pensión. En el cartel desconchado se leía el altisonante nombre PUITS À SOUHAITS, «pozo de los deseos», y confié en que se tratase de un buen presagio. Tal vez mi deseo de vengar la muerte de Asia se haría realidad aquella misma noche.

Arsène nos dijo por señas que lo siguiéramos hasta la parte trasera, donde, gracias a sus fiables ganzúas, consiguió abrir la puertecita de servicio en un santiamén.

Subimos la escalera de puntillas. Tras un rápido debate sobre si convenía dejarme fuera, Arsène y Sherlock habían acordado que era menos arriesgado tenerme siempre con ellos. Sherlock decidió que él se vería las caras con Kinzhal, mientras que Arsène se encargaría de protegerme.

Lupin y yo miramos con preocupación su brazo vendado.

—¡Oh, por el amor del cielo! —susurró Holmes por toda

respuesta—. Si solo ha sido un arañazo, y ha dejado de sangrar.

Decidimos creerle y procedimos según su plan.

Después de cada tramo de escalera, Sherlock se movía despacio por el pasillo y escuchaba los ruidos circundantes. En las dos primeras plantas negó con la cabeza y nos indicó que prosiguiéramos, pero en la tercera un ruido atrajo su atención. Nos hizo una señal para escuchar, señalando la habitación del fondo del pasillo y yo también percibí un sonido extraño. Tres golpes y una pausa. Otros tres golpes similares y de nuevo una pausa.

—¡Un hombre que camina con bastón! —murmuré. ¡Debía de ser Kinzhal, y aquel paso trabajoso era fruto de su cojera!

Sherlock nos dijo por señas que permaneciéramos quietos detrás de un viejo armario de madera y prosiguió. Yo no podía ver nada, pero oí abrirse la puerta.

—¿Quién está ahí? —exclamó una voz con fuerte acento ruso, y yo me estremecí como si me hubiesen clavado un puñal. Era él. No podía olvidar aquella voz, era la misma que me torturaba en sueños.

—Eso no tiene importancia —dijo Sherlock irrumpiendo en la habitación.

Instantes después se oyó el ruido frenético de la pelea y un grito. No podía quedarme allí escondida. Quise intervenir, pero Arsène me retuvo con un agarre firme como una tenaza de acero.

—Podéis entrar —nos llamó Sherlock a los pocos segundos y solo entonces me soltó Lupin.

Noté de pasada que a Sherlock le salía sangre de la nariz. El mariscal Kinzhal estaba esposado al radiador. Parecía todavía más diminuto que cuando lo había visto la primera vez y el pelo pajizo le caía revuelto sobre la frente. Alzó los ojos hacia mí y me sonrió dejando ver los colmillos puntiagudos.

—¡La pequeña Romanov ilegítima! ¿Cómo estás, *devushka*? —siseó haciendo que se me helara la sangre en las venas, y en su mejilla apareció el hoyuelo que recordaba. Había una soberbia cruel en su mirada que no se había mitigado ni siquiera con la cojera, ni siquiera por el hecho de que lo hubieran esposado y se encontrara en evidente desventaja.

—¡Tú! —fue todo lo que pude decir, y me mordí los labios.

—Sherlock…, ¿habitualmente vas por ahí con unas esposas en el

bolsillo? —le preguntó perplejo Arsène.

—Eran para ti en caso de que de verdad estuvieses intentando vendernos a Almgren —contestó Sherlock con ruda sinceridad.

—¿Y bien? ¿Es que vas a quedarte ahí mirándome como si fuese un animal de circo? —me preguntó Kinzhal sin hacerles caso a los demás.

—¿Qué es la fórmula que has intentado obtener a toda costa? —pregunté tratando de que no me temblara la voz.

—A costa de la vida de Anastasia, querrás decir —respondió él encogiéndose de hombros y disimulando una punzada de dolor con su sonrisa cruel—. No es una vida muy importante a estas alturas, dadas las novedades en nuestra Gran Madre Rusia, o quizá debiera decir *Rodina-Mat*, la madre patria, como les gusta llamarla ahora a los revolucionarios. Los Romanov han sido borrados del mapa, ya no le importan a nadie. Son solo una mancha en la historia de Rusia.

—¡Para ya! —grité yo con lágrimas en los ojos.

—Tampoco tu vida es muy importante, *devushka*, pero reconozco que eres tenaz.

—Déjalo ya, Kinzhal —lo interrumpió Sherlock—. Dinos mejor para qué sirve esa fórmula.

—¿Y qué me daréis a cambio vosotros? —le preguntó Kinzhal mirándolo de arriba abajo—. Yo sé el qué: nada. Terminaré bajo tierra o, peor aún, en vuestras cárceles inglesas, vigilado por los hombres de ese gordinflón de hermano tuyo, el que maneja los hilos para Su Majestad. Tan solo somos peones en un juego de gigantes y el tablero es el mundo entero.

—La fórmula es algo que da poder… —dije yo, asaltada por una intuición.

Kinzhal se echó a reír; era una risa baja y gutural, casi un gorgoteo. Pero antes de que pudiésemos plantear una pregunta cualquiera para hacerlo hablar, se puso en pie y cayeron al suelo las esposas, de las que se había soltado mientras nos distraía con aquellas palabras provocadoras. Golpeó a Sherlock en la sien con el bastón y empujó con el hombro a Arsène para dejar libre el vano de la puerta y salir corriendo.

—¡Cógelo! ¡No puede ir lejos! —le dijo Sherlock a Arsène apretándose la cabeza con una mano y con las facciones alteradas

por el dolor.

Yo me quedé inmóvil, incapaz de reaccionar de ningún modo. Lo miré salir corriendo con paso torcido y arrítmico, ayudándose con el bastón. Casi había llegado a la escalera. Arsène, mucho más rápido que Kinzhal, fue tras él y solo entonces reuní valor para perseguirlo. Lupin casi lo había alcanzado cuando Kinzhal se volvió en lo alto de la escalera. Arsène alargó la mano para aferrarlo y Kinzhal se apartó instintivamente y se apoyó en el primer escalón con la pierna mala. El tobillo no resistió su peso y se torció de manera antinatural, desequilibrándolo y haciendo que se golpeara contra la barandilla de madera carcomida, que se rompió con un chasquido seco. Kinzhal quedó unos instantes suspendido en el aire y luego se precipitó por el hueco de la escalera.

Nos asomamos desde lo que quedaba de barandilla, en un punto en que no había cedido. Kinzhal, tres pisos más abajo, yacía inmóvil, con la cabeza…

Lupin se apresuró a taparme los ojos con una mano.

No vi mucho, pero sí lo suficiente como para saber que Kinzhal debía de haber abandonado este mundo.

—¡Vámonos! —ordenó Sherlock.

CAPÍTULO 10

una jugada imprevista

Por suerte encontramos un taxi de servicio nocturno que nos condujo de vuelta al Beau Rivage, mientras amanecía y Ginebra se teñía de colores tenues y delicados. Yo, sin embargo, no conseguía percibir su belleza. Dentro de mí se agitaba un maremágnum de emociones. Había obtenido mi venganza. Kinzhal estaba muerto, como le había deseado en los peores momentos tras la pérdida de Asia. Pero no me sentía feliz ni exultante. Solo advertía un frío alivio al pensar que aquel despiadado asesino no nos podría hacer más daño a mí ni a mis amigos. Pero no había obtenido nada con su desaparición. No me sentía ganadora. Nada de todo aquello podría devolverme a Asia.

—La pesadilla ha terminado —me dijo Arsène pasándome un brazo por los hombros.

—Hielo. Necesito hielo —refunfuñó Sherlock apretándose la sien con una mano—. Soy demasiado viejo para estas cosas.

—Has estado magnífico —le dije yo con una débil sonrisa.

—Oh, por supuesto, tan magnífico como para haber coleccionado una herida de arma blanca, un traumatismo en la nariz y una contusión facial. Y ni siquiera he conseguido obtener ninguna información de Kinzhal —gruñó Sherlock visiblemente fastidiado.

—Eso no es nada en comparación con lo que está a punto de ocurrirme a mí —se lamentó en broma Arsène, apoyando la nuca en el reposacabezas del vehículo y cerrando los ojos—. No sé si tendré valor para entrar en el hotel, donde me aguarda la furia de Irene.

Cuando bajamos del taxi delante del Beau Rivage, Lupin dudó un instante, luego me cogió del brazo y subió los escalones.

—Tal vez poniéndote a ti de escudo no me agreda —bromeó mientras entrábamos en el hotel seguidos por un pensativo y

enfurruñado Sherlock.

Irene debía de habernos visto llegar por la ventana de la habitación, pues nos esperaba a la puerta de la habitación de Lupin y Holmes con los brazos en jarras y una mirada que echaba chispas.

—Ahora entráis todos aquí y me explicáis con pelos y señales qué lío habéis montado —nos dijo en un tono que no admitía réplica.

Hundidos en los sofacitos del salón, se lo contamos todo, solapando a menudo nuestras voces, sobre todo por mi culpa, porque no podía dejar de intervenir, añadir detalles, explicar intenciones y diálogos. Sherlock había pedido que un camarero le subiera una bolsa de hielo y en ese momento se la apretaba contra la sien con una mano. Con la otra mostró la copia de la fórmula falsificada por Arsène, y este último sacó el original del escondrijo en que lo había guardado, el doble fondo de la caja para el maquillaje teatral que usaba en sus disfraces. Se disculpó por su temeridad, pero insistió en que había actuado por un sentido de protección hacia nosotras. Yo conté cómo había salido la encerrona a Kinzhal y que el mariscal había ocasionado su propio fin, casi un castigo divino por lo que había hecho y por el dolor que había provocado. Intenté mostrarme exultante, pero las palabras me salieron débiles y poco convencidas. Todavía estaba triste y enfadada, y sabía que no me sentiría mejor hasta que acabara aquella misteriosa investigación. Cuando terminamos de explicarnos, Irene nos miró en silencio largo rato, con los labios apretados en una mueca de disgusto.

—Tú, Arsène, eres un inconsciente —soltó de pronto.

—Mamá, él solo quería que… —intenté interceder yo.

—Mila, no tiene justificación. ¡Me durmió con un somnífero! ¡Y también quería administrártelo a ti! Pero ¡¿en qué clase de desconsiderado, irresponsable y peligroso criminal te has convertido?!

Lupin levantó los brazos y lució su mejor sonrisa para decir:

—¡Lo he hecho por vosotras, quería libraros de Kinzhal de una vez por todas!

—Bueno, entonces acuérdate de no hacer nada por mí si no es con mi explícito consentimiento —lo reprendió Irene, en absoluto impresionada.

Arsène nos miró a nosotros en busca de solidaridad y murmuró:

—¡Dile algo, Sherlock!

—¡Ajedrez! —soltó él poniéndose en pie.

—Habría esperado algo más convincente, amigo mío, pero quizá ese golpe en la cabeza… —ironizó Arsène.

—¡¿Qué?! —exclamó por su parte Irene, desconcertada.

Sherlock agitó los puños en el aire.

—¡Pues claro! ¡Qué estúpido he sido! ¡Ajedrez!

—¿Qué ajedrez? ¿De qué hablas? —le preguntó Arsène con énfasis, un poco por curiosidad y un poco para apartar la atención de Irene de sus propias acciones.

—«Tan solo somos peones en un juego de gigantes y el tablero es el mundo entero» —citó Sherlock, y reconocí inmediatamente las palabras pronunciadas por Kinzhal.

—¿Qué quiere decir? —le pregunté con el corazón en un puño.

Sherlock me miró con los ojos brillándole y contestó:

—Quiere decir que, a su pesar, el mariscal Kinzhal sí que nos ha proporcionado una pieza para la resolución del misterio. ¡El ajedrez! Tendría que haberlo comprendido enseguida, después de todo era tan obvio… ¡Ah, con que solo existieran revistas francesas de ajedrez dignas de una pizca de atención!

—¿Qué os decía? El bastonazo en la cabeza ha sido demasiado fuerte. Ha perdido el juicio —bromeó Arsène.

—*Le fou blanc* —lo hizo callar Sherlock. Luego paseó sobre nosotros una mirada febril y anunció—: En francés se llama así al alfil blanco del ajedrez.

—¿Es el nombre en código de un agente de los servicios secretos de algún estado? —le preguntó Irene meditabunda.

—No —repuso Sherlock—. La respuesta al enigma, me creáis o no, se la debemos también esta vez… ¡a las abejas! Es simple. El verano pasado hice varios experimentos con las colmenas en Sussex. Uno de ellos requería azufre líquido especialmente puro y, tras larga búsqueda, conseguí que me expidiera lo que necesitaba una firma alemana llamada Weisslaufer. Un gran laboratorio químico —concluyó Holmes subrayando particularmente la última palabra.

Irene, Arsène y yo cruzamos una mirada perpleja.

—Da la casualidad de que *weiss Laufer* significa en alemán «alfil blanco» —explicó Sherlock.

—Ah… Por lo tanto, en tu opinión, nuestro enigmático *fou blanc* número cuatro hay que buscarlo en ese laboratorio químico, claro está… —dijo Irene pensando en voz alta—. Y entonces, ¿qué es esa fórmula? ¿Un medicamento?

—Quizá sea algo que podría beneficiar a las personas —comenté yo esperanzada—. ¡Por eso Asia quería salvarla a toda costa de las garras de Kinzhal!

Sherlock negó con la cabeza, sombrío. Su perfil agudo se recortó contra la ventana, por la que entraba la luz de la mañana.

—Precisamente porque había de por medio un hombre como Kinzhal me temo que sea algo que, por el contrario, podría hacer daño. Mucho daño.

—¿Y dónde está ese laboratorio? —preguntó Arsène.

—En Darmstadt, Alemania —respondió Sherlock, demostrando que el paso de los años aún no había mermado su formidable memoria.

—Hagamos las maletas —decidió Irene. Pero, mientras todos nos dábamos prisa en recoger nuestras cosas, apuntó con el dedo a Arsène—. Y tú no creas que nuestra conversación ha terminado aquí.

Corrimos a tomar el primer tren para, con algunos trasbordos, llegar a la estación de Darmstadt. Yo estaba rebosante de entusiasmo y ansiedad, segura de que pronto todos los misterios quedarían aclarados. La fórmula, la verdadera, estaba a buen recaudo en el bolsillo interior de la chaqueta de Sherlock, que había jurado defenderla aun a costa de su vida. Pero yo estaba segura de que no habría necesidad. La desaparición de Kinzhal me había quitado un gran peso del corazón, el monstruo que veía en cada sombra y con el que soñaba todas las noches se había desvanecido, se había eliminado con sus propias manos del tablero mundial con el que deliraba. Eso no me devolvería a Asia, y tampoco me había proporcionado la alegría que tantas veces había imaginado al planear mi venganza, pero me hacía sentir segura.

¡Cómo me equivocaba!

Estaba bajando del taxi delante de la entrada a la estación cuando un proyectil silbó a mi lado. A pocos pasos de distancia, una señora se volvió hacia mí, abrió la boca en un agudo chillido y salió corriendo, perdiendo el sombrero, mientras el hombre que la

acompañaba y que la tenía cogida del brazo trataba de protegerla haciendo de escudo con su cuerpo. Tardamos un instante en comprender lo que sucedía. Sherlock fue más rápido que yo y gritó:

—¡Nos están disparando!

El conductor profirió un alarido de terror y abandonó el vehículo para huir con las manos por encima de la cabeza. Lo vi desaparecer dentro de la estación, alimentando así la desbandada general de la multitud, mientras en la Place Cornavin quedábamos solo nosotros con la espalda pegada al habitáculo negro del vehículo.

—Tenemos que correr adentro —dijo Irene asomándose por un lado del taxi para ver de dónde había venido el disparo, pero otro proyectil silbó junto a nosotros y pasó cerca de su hombro.

—Mantente a cubierto o te darán —le dijo Arsène, tirando de ella hacia sí—. Estamos demasiado lejos, seríamos como dianas del tiro al blanco.

—Pero ¡¿quién es?! —gemí yo mientras mi sensación de seguridad se desmoronaba como un castillo de arena.

—Lo importante ahora no es descubrirlo —me contestó secamente Sherlock—. ¡Ahora tenemos que encontrar la manera de salir enteros de aquí!

—¡Volvamos al coche! —gritó Arsène mirando a su alrededor—. Es un francotirador, debe de estar apostado por aquella parte. Si nos alejamos en dirección opuesta podríamos conseguirlo.

Irene, Arsène y yo subimos al vehículo mientras Sherlock saltaba al asiento del conductor.

—¡Agachaos! —gritó Irene, que me obligó a arrodillarme en el espacio entre los asientos y me abrazó. Noté que también Arsène se apretaba contra nosotras para protegernos a ambas mientras el vehículo, conducido por Sherlock, partía a toda velocidad y los proyectiles penetraban en el techo y en el relleno de los asientos.

Sherlock hizo zumbar el motor y chirriar los neumáticos sobre el adoquinado hasta que estuvimos lejos del lugar de la emboscada.

—Ya puedes quitarte de encima —le dijo Irene a Arsène—. Y no te hagas la ilusión de que así estamos en paz.

—Pero ¡cómo, si estaba dispuesto a recibir un balazo por ti! —replicó Arsène, y vi que ambos sonreían con ojos encendidos por las emociones recién vividas y la conciencia de seguir vivos.

Yo, en cambio, temblaba como una hoja.

—¿Habrá sido Almgren? —le preguntó Holmes a Lupin.

Arsène negó con la cabeza.

—No, no es su estilo. Además, como tú también dijiste, para alguien como él este asunto ya es solo un embrollo que dejar atrás.

Sherlock asintió.

—¿Y si fuese otro hombre de… Kinzhal? —pregunté yo haciendo un esfuerzo para pronunciar aquel nombre que, esperaba, perteneciera ya al pasado.

Sherlock meneó la cabeza.

—Kinzhal era un *ronin*, como dirían en Japón. Un guerrero sin jefe. Un mercenario. Quería apoderarse de la fórmula para vendérsela al mejor postor, estoy seguro. De otro modo no habría estado solo en el encuentro que le ha resultado fatal.

—Entonces es que hay más bandos en juego y no sabemos quiénes son —comentó Irene con gravedad.

—Y ni siquiera podemos ir a coger el tren, nuestros misteriosos enemigos no cejarán tan fácilmente, teniendo en cuenta que han desencadenado un tiroteo en pleno día —dijo Arsène.

Miré alrededor desconsolada, en busca de alguna idea para escapar de Ginebra. Todo lo que vi fue el taxi que habíamos abandonado a toda prisa junto a la acera. Pero fue suficiente.

—¿Es posible ir en coche a Darmstadt? —pregunté.

CAPÍTULO 11

un viaje
A DARMSTADT

Tras tres días de viaje con algunas paradas intermedias en las que Irene envió telegramas cifrados al Conde G. para descubrir algo sobre nuestros nuevos enemigos, llegamos a los campos de las inmediaciones de Darmstadt. Habíamos alquilado un coche y procurado llamar poco la atención en todo el trayecto, alojándonos en pequeños hoteles sin pretensiones fuera de las rutas principales. Yo había pasado las horas mirando en silencio el paisaje, observando la sucesión de tierras cultivadas y prados silvestres, carreteras de pueblo y aldeas inmersas en la atmósfera de cuento de hadas típica de la Europa central. De vez en cuando sucedía que veía a chavales jugando despreocupados y que en algún caso se interrumpían al paso de nuestro automóvil para saludarnos alegremente. En sus ojos notaba cierta envidia hacia mí, que iba sentada en aquel transporte reluciente y portentoso. No imaginaban, desde luego, que habría dado lo que fuera por bajar de un salto y unirme a sus juegos, olvidándome de las desgracias y las intrigas internacionales para vivir como una chica normal por un día. Pero no podía dejar todo a mi espalda. Llegar al fondo de aquel misterio era la única manera de pasar página.

—¿El Conde G. no ha sabido decirte nada concreto? —le pregunté a Irene por enésima vez.

Confiaba en que mi misterioso benefactor, aquel que había intentado salvar a Asia convenciendo a Irene de formar el equipo con el que yo viajaba, pudiese iluminarnos de algún modo.

—Ya te lo he dicho, Mila. El Conde G. me ha contestado que indagará y que nosotros debemos seguir nuestra pista.

La miré desilusionada mientras Arsène, que acababa de hacerle el relevo al volante, conducía entre las suaves colinas más allá de las cuales asomaba la población de Darmstadt. Sherlock iba a su

lado, mientras que Irene y yo ocupábamos los asientos posteriores.

El brusquísimo frenazo de Lupin casi me arrojó fuera del vehículo e interrumpió nuestra conversación.

Se me cortó la respiración temiendo una nueva emboscada.

Pero solo tuve que mirar por el parabrisas para descartar aquella hipótesis alarmante.

Pocos pasos más adelante, en mitad de la carreterita secundaria que recorríamos, dos plácidas vacas nos estaban contemplando. Nuestro bólido de motor había perturbado su tranquilo paseo de un pasto a otro.

¡MUUU!, protestó una de ellas antes de retomar lentamente su camino.

En un instante todos acabamos riéndonos, y saboreé aquel momento de tranquilidad como un elixir precioso y fortalecedor. Habíamos afrontado grandes peligros y ante nosotros se vislumbraban otros tantos, pero en aquel instante, en el vehículo que se sacudía al ritmo bufo del motor, en medio de aquella carreterita perdida entre los pastos de Hessen, me sentí viva y llena de esperanza. Me sentí segura.

Darmstadt resultó ser una pequeña ciudad de calles airosas, recorridas por una red de tranvías. En el centro había una gran plaza, que cruzamos para adentrarnos luego en una serie de vías que nos llevaron al lugar que habíamos elegido como alojamiento.

—Hotel Schöne Aussicht —leí en el cartel del pequeño y discreto hotel de fachada color crema.

—Significa «bella vista» —me explicó Sherlock—. Pero *Aussicht* quiere decir también «previsión», «posibilidad».

—Es un buen augurio —dije sonriéndole.

—No es que yo dé mucho peso a esas tontas casualidades… —repuso él, pero también en sus ojos había una luz jocosa.

—¡Me siento completamente roto! —exclamó Arsène, estirando los brazos por encima de la cabeza y haciendo unas torsiones para recuperarse del largo tiempo pasado al volante.

—Porque eres un anciano, amigo, resígnate —bromeó Sherlock, que se apresuró a coger el equipaje del maletero para demostrar que el viaje no lo había debilitado ni lo más mínimo. Pero sus articulaciones lo traicionaron emitiendo un crujido de leña seca.

A Irene y a mí se nos escapó una risita y Sherlock nos miró mal.

Le enseñamos nuestros documentos falsos al recepcionista, un anciano señor que nos acompañó hasta nuestras habitaciones y cuyas rodillas crujían aun más fuerte que las de Sherlock, lo que a Irene y a mí nos provocó otro ataque de risa torpemente reprimido. El establecimiento era indudablemente más espartano que el Beau Rivage, y las dos habitaciones en que nos alojamos no disponían más que de un par de camas individuales, un armario, un escritorio y el mínimo espacio indispensable para poder moverse. Completaba el alojamiento un minúsculo baño para toda la planta.

—¿Y si necesitamos conversar con tranquilidad? —preguntó Irene.

—Hay un saloncito en el piso de abajo —respondió el anciano conserje—. Y dado que son ustedes los únicos clientes del hotel actualmente, no creo que venga nadie a molestarles. Si lo desean, les preparo un té.

Aceptamos el ofrecimiento y, tras refrescarnos, nos acomodamos en el pequeño salón, donde elegimos un pequeño sofá apartado, y Sherlock, después de que el conserje nos sirviera el té con unas pastas de aspecto rancio, desenrolló un mapa de Darmstadt.

—La empresa Weisslaufer está aquí —dijo señalando una zona fuera de la ciudad.

—¡Vayamos! —exclamé entusiasmada, sosteniendo la taza de té con las dos manos.

Sherlock y Arsène cruzaron una mirada elocuente.

—Lo siento, Mila, pero creo que será mejor que vayamos los dos solos —dijo Arsène.

—Llamaremos menos la atención entre científicos y técnicos.

—Por desgracia, así es. Una mujer y una chiquilla no pasarían inadvertidas en las instalaciones de una industria química —reconoció Irene, pese a que estuviera tan contrariada como yo por verse fuera del plan—. Esto quiere decir que nosotras viviremos unas horas como turistas en esta risueña ciudad.

—Sí, así podréis pasar algo de tiempo entre mujeres y hacer…, no sé, las cosas que os gustan a vosotras —propuso Sherlock con un gesto vago de la mano para referirse al mundo femenino, y Arsène puso ojos de incredulidad y meneó la cabeza.

—¡Pues claro! Somos señoras y hacemos cosas de señoras —dijo Irene unas horas más tarde, sentada a una mesa de uno de los

locales del centro de Darmstadt.

—Lógico —convine yo, colocándome elegantemente la servilleta en el regazo—. Cosas femeninas y delicadas, adecuadas para las tiernas florecillas que somos.

Irene me guiñó un ojo y solo añadió:

—*Bon appétit*.

Ante nosotros había dos gigantescos platos de salchichas de Frankfurt acompañadas de una mostaza picante y densa y de una generosa ración de sabrosísimas coles. Los demás clientes de la cervecería que habíamos elegido para comer nos miraban con una mezcla de perplejidad y admiración.

—¡Excelentes! —exclamé tras un par de bocados—. ¡Sin duda podrían hacerles la competencia a las famosas salchichas a la Gutsby!

—A saber cómo se las estará arreglando el bueno de Billy —suspiró Irene tras una sonora carcajada.

—Me parece un chico despierto —dije yo dándome aires de mujer de mundo, como si estuviese hablando de un pipiolo al que valorar desde la cima de mi experiencia—. Incluso puede que haya conseguido mantener con vida a todas las preciosas abejas de Sherlock —le concedí.

—Yo también lo espero, ¡si no, a nuestro regreso tendrá que esforzarse mucho para mantenerse con vida él mismo! —bromeó Irene.

Disfrutamos de la comida y del ambiente alegre que se había creado en nuestra mesa. La verdad era que en el viaje comíamos lo que podíamos cuando podíamos, parando en pequeños pueblos que a menudo tenían una sola posada y poca variedad de comidas. ¡Tres días de sopas y guisos aguados nos habían dado mucha hambre!

—Irene… —empecé a decir, dejando el tenedor en el borde del plato.

—¿Sí?

—¿Todavía estás enfadada con Arsène?

Irene me miró largamente, luego negó con la cabeza.

—No, no estoy enfadada con él.

—¿De veras?

—Tal vez solo un poco… Detesto que me dejen fuera en decisiones que me conciernen. Pero hay algo más fuerte… Algo que

llevo dentro de mí desde hace muchos años.

—¿De qué hablas?

—Verás, Mila, por mucho que pueda enfadarme con Arsène, o con Sherlock si me da ocasión, la balanza siempre se inclinará de su parte. Porque, cuando hui de Inglaterra sin darles a conocer mi plan, pensaba que tenía todo el derecho del mundo a cambiar de vida, pero no consideré que también estaba cambiando la suya.

—Pero se las han arreglado bien de todos modos —traté de reconfortarla.

—Habrían podido seguir siendo amigos y, en cambio, sus caminos se separaron.

—Habría ocurrido en cualquier caso —observé mientras una pequeña revelación se abría camino en mi mente—. Es el juego de policías y ladrones. De pequeños podemos hacer de ambos, pero de mayores hay que elegir, o policía o ladrón. Y Arsène no habría podido ser policía más de lo que Sherlock se habría adaptado a ser ladrón.

—Ah… ¡qué hija más sabia! —bromeó Irene. Pero por su mirada comprendí que mis palabras la habían impresionado—. En fin, quizá lo que lamento es no haber seguido siendo niña. Haber elegido, y haberlo hecho mal en algunas ocasiones.

—Oh, habría sido terrible que hubieras seguido siendo niña.

—¿Y por qué?

—¡Porque nunca me habrías conocido! —le dije pinchando el último trozo de salchicha.

Tras una larga caminata por las calles de Darmstadt y una pausa para tomar una limonada, volvimos al hotel Schöne Aussicht cogidas del brazo, sin decir nada. No era necesario, toda disensión entre nosotras se había despejado, y se habían resuelto todas las incomprensiones y los problemas.

—Ya estáis aquí. ¿Han sido satisfactorias vuestras distracciones de mujeres? —Arsène nos recibió así en el rellano de nuestras habitaciones.

—No tenemos queja, *monsieur* Lupin —respondió Irene mirándolo de la cabeza a los pies.

Él y Sherlock llevaban dos batas blancas de laboratorio.

—Deduzco que vuestra incursión en Weisslaufer ha salido bien —observó Irene señalando su extravagante atuendo.

Los dos se miraron un instante y respondieron a la vez:

—Más o menos.

Escuché atentamente el relato de su aventura. Habían conseguido colarse en Weisslaufer sustrayendo las batas de dos técnicos de laboratorio. La empresa era tan grande que nadie se había dado cuenta, en vista de la cantidad de gente que trabajaba en las cuatro secciones en que estaba dividida.

—Y puesto que en nuestra hoja se hablaba del *fou blanc* número cuatro…

—Teníamos que encontrar al hombre que escribió la fórmula en un lugar donde hay más de mil personas que se dedican a varios tipos de investigación y desarrollo en el campo de la química, no solo farmacéutica, sino también de materiales innovadores, pinturas, pesticidas y desinfectantes —explicó Sherlock.

—Y lo habéis encontrado, ¿verdad? —pregunté yo.

—Sí —atajó Arsène.

Sherlock le dirigió una mala mirada y prosiguió impertérrito pese a que se le hubieran anticipado:

—Ha sido gracias al examen de la grafía con que está verjurada la fórmula. Gracias a una pequeña maniobra de distracción de Arsène, me he introducido en las oficinas del director de personal y he hojeado en la documentación hasta encontrar la misma grafía en el contrato de un tal Stefan Rehmer, el químico responsable de la división de pesticidas de la empresa.

—Pesticidas… No creo que sea una buena señal —comentó Irene.

—No, no lo es —le confirmó Arsène.

—Así pues, hemos abordado a Stefan Rehmer haciéndole suponer que éramos agentes del Ejército Blanco, los contrarrevolucionarios rusos, y que habíamos recibido la fórmula de la familia Romanov. Le hemos contado que la habíamos guardado en lugar seguro y que nos presentábamos en el laboratorio para obtener la otra mitad.

—¿Y qué ha dicho? —pregunté yo presa de la angustia.

—Nos ha dicho que nos fuéramos o llamaría a la policía —respondió amargamente Arsène, y yo sentí que me hundía en la decepción.

—Pero le hemos dado una dirección donde vernos, a solas esta

noche, en un restaurante de la ciudad —añadió Sherlock un instante después—. Todavía existe la posibilidad de que se presente allí, un poco más dialogante y en territorio neutral. En el fondo, ya solo el hecho de saber que la fórmula está en nuestras manos debe de haber despertado un gran interés por su parte.

CAPÍTULO 12

UN VIEJO ZARISTA

Nos sentamos en el restaurante a las siete en punto, como le habían anunciado a Rehmer. El local tenía un aire respetable y acogedor, sin demasiada ostentación, y la innegable ventaja de tener las mesas bien distanciadas y separadas por paneles de madera y mosaicos de vidrio de estilo modernista. Allí, en aquella atmósfera íntima y recogida, podríamos hablar con el misterioso químico sin temor a ser escuchados por oídos indiscretos. Siempre que Rehmer hubiese decidido presentarse a la cita…

A las ocho menos cuarto, cuando el camarero vino por enésima vez, nos dijimos que lo mejor era pedir ya, sin esperar a nuestro «amigo».

—No vendrá —bufé yo, minutos después, tenedor en mano, jugueteando más que otra cosa con el asado de mi plato, un poco demasiado crudo para mi gusto.

—No hay que darlo por hecho aún —respondió Sherlock con la mirada de sabueso que adoptaba en los momentos de espera.

Y, de hecho, mientras yo me dejaba convencer por Irene para comerme al menos un trozo de *strudel*, pues casi no había tocado la comida, un hombre se acercó a nuestra mesa y preguntó simplemente:

—¿Puedo sentarme?

Esperaba encontrar a un hombrecillo con aspecto de estudioso, o un viejo sabio de cabello blanco y ropa arrugada, pero Stefan Rehmer, en cambio, era un hombre sólido y cuadrado, un poco más bajo que Sherlock y mucho más robusto, de pelo rojizo escaso. El elegante traje con chaleco que vestía parecía demasiado estrecho para él.

—He entrado solo porque he visto a la chica —dijo Rehmer

señalándome.

Me sobresalté.

—¿Qué quiere decir?

—¿Acaso no está claro? —dijo él, mirándome a los ojos.

—Bueno, yo…

Rehmer se sentó a mi lado, casi derrumbándose sobre la silla, y susurró:

—Tranquila, tu secreto está seguro. Eres una Romanov, ¿verdad?

Yo enmudecí.

—Eres igual que Anastasia —continuó él con ojos soñadores, y a mí me dio un vuelco el corazón. ¿Aquel hombre conocía a Asia?—. ¿Puedo preguntarte si estás aquí por propia voluntad o bajo amenaza de estos señores?

—¿Yo, bajo amenaza? —pregunté confundida—. No, no… ¡Ellos me salvaron!

—Entonces me han dicho la verdad, son agentes auténticos del Ejército Blanco.

Sherlock y Arsène asintieron gravemente.

—¿Cómo es que un científico alemán conoce a la familia del zar? —le preguntó Irene con expresión desafiante.

—A causa de la fórmula —respondió él con una mirada pícara, llevándose una mano al corazón—. Sabía lo que estaba a punto de suceder. El nacimiento de aquellos despreciables movimientos antimonárquicos, el caos… El zar de la poderosa Rusia era nuestra única salvación. Si lograba frenar los peligrosos tumultos populares que se estaban preparando en su país, los demás canallas revolucionarios repartidos por Europa se lo pensarían dos veces antes de sublevarse. Le escribí, pero no obtuve respuesta. Entonces fui a Rusia en persona y, gracias a las relaciones entre mi empresa y el gobierno alemán, pude convencer al embajador alemán en Rusia para que me invitaran a una gala de la corte.

—Y le dio la fórmula al zar… Por eso está escrita en francés y no en alemán, el francés era la lengua internacional de la cultura y la diplomacia también en Rusia —dijo Sherlock con un sorprendente acento ruso que me habría engañado incluso a mí.

—Exacto —confirmó Rehmer—. Se la entregué en propia mano al zar Nicolás II para que accediera a escucharme. Todavía recuerdo

su noble rostro, y el de la pequeña Anastasia, que en aquella época tendría como mucho diez años. Le di la fórmula, le pedí que la hiciera estudiar por sus mejores científicos y me escribiera para tener la última parte con el fin de llegar a un acuerdo. ¡No lo hacía por la gloria, sino por el bien de las monarquías! Si solo me hubiese hecho caso… ¡Lo habría ayudado a detener la revolución en Rusia!

Me estremecí. Si el zar…, si mi padre le hubiese hecho caso, Anastasia estaría aún viva. Pero no conseguía tenerle simpatía a aquel hombre corpulento y vigoroso que hablaba de las monarquías con fervor casi religioso.

—¿De qué forma, si puedo preguntarle? —se entrometió Arsène.

Rehmer respondió orgullosamente:

—Mis notas contienen la fórmula y el procedimiento detallado para la producción de un arma química jamás vista. Quien la posea podría decidir la suerte de cualquier guerra.

—¿Y quería usarla para detener la Revolución rusa y salvar a los Romanov? —le pregunté turbada.

—No solo eso —contestó él poniéndose de nuevo la mano sobre el corazón—. Mi arma podría reinstaurar las monarquías en toda Europa. Una sola demostración de su potencia en una pequeña población y su importancia estratégica quedaría clara para todos.

—¿Cuál es su efecto? —le preguntó Sherlock.

—Unos pocos miligramos por metro cúbico de aire provocan la parada inmediata del corazón de cualquiera que la respire. Tengo pruebas científicas irrefutables —dijo Rehmer con orgullo, y yo, estremecida, me llevé instintivamente las manos al pecho—. ¿No quieres hacerte con el trono que te corresponde por derecho? —me preguntó Rehmer, cruzando a su vez las manos sobre el corazón.

Yo habría querido gritarle que no, que no tenía absolutamente ninguna intención, sobre todo no a aquel precio. Pero eso habría hecho que se marchara y habría dado al traste con nuestro plan, así que respiré hondo y contesté:

—Sí, y podré hacerlo si usted me da la parte que nos falta de esta fórmula tan valiosa.

Rehmer me sonrió con una sonrisa jovial y abierta, de chiquillo, que, en su rostro, no obstante, terminó por adquirir algo de siniestro y levemente enloquecido.

—Se ve que por tus venas corre la sangre de una familia de

caudillos, emperadores y dominadores —dijo con orgullo, casi como si fuera mérito suyo.

Yo también le sonreí, esperando que aceptase entregarme el precioso documento.

—Fíjenme una cita con sus superiores —dijo Rehmer.

—Somos nosotros nuestros superiores —replicó secamente Sherlock.

—Pero yo necesito más garantías —insistió el científico—. En realidad, ay, me temo que Rusia esté perdida ya y, para tener en consideración su propuesta, tendría que hablar con los generales del Ejército Blanco al menos. O podrían conducirme ante el gran duque Nicolás, primo del difunto zar, alguien que tenga lazos fuertes con las demás monarquías de Europa… ¡Comprenderán que, ciertamente, no puedo dejar la fórmula en manos de algún liberal-socialista!

—No hay tiempo y no hay ninguna forma —rebatió Arsène—. La situación en Rusia es muy delicada actualmente.

—Pues entonces no puedo darles la otra parte de la fórmula —respondió Rehmer—. Prefiero que no vea jamás la luz antes que arriesgarme a ponerla en manos indebidas.

Irene iba a replicarle, pero Rehmer se levantó y se despidió con un rígido ademán de la cabeza para salir luego del restaurante ante nuestra desconcertada mirada.

—¡Y ese, señoras y señores, es un perfecto chiflado! —comentó Arsène.

—Un chiflado que tiene en sus manos algo tremendamente peligroso —exclamó Sherlock—. ¡Tenemos que apoderarnos de la fórmula antes de que se la regale a cualquier otro loco deseoso de conquistar el mundo!

—Puedo pedirle al Conde G. que interceda por nosotros —propuso Irene.

—No sé si disponemos de bastante tiempo —dijo Sherlock—. No sabemos quiénes son nuestros nuevos enemigos, podrían estar pisándonos los talones en este momento y, si se percatan de que Rehmer tiene parte de la fórmula, quién sabe lo que podría suceder.

—¡Entonces solo podemos hacer una cosa! —exclamé yo—. ¡Robársela!

—¡Así me gusta, idéntica a su tío Arsène! —bromeó Lupin

guiñándome un ojo.

—Tendremos que inventarnos algo para colarnos en su casa, o en su despacho —dijo Irene, práctica.

Sherlock asintió sin parpadear, y entonces comprendí otra cosa. Me equivocaba cuando hablaba de policías y ladrones de aquel modo tan tajante. Había ladrones que sabían batirse por sentido de la justicia y policías que acababan robando para evitar un mal peor. Quizá también en la edad adulta los límites no fueran tan netos si no se perdían de vista los valores y el origen propios. Y los orígenes de Sherlock, Arsène e Irene estaban en el trío nacido cincuenta años antes en Saint-Malo. Yo confiaba en aquel trío y sabía que juntos podríamos conseguirlo. Juntos lograríamos impedir lo que, si las palabras de Rehmer eran ciertas, se anunciaba como una catástrofe de proporciones inimaginables.

Volvimos al hotel prometiéndonos que a la mañana siguiente idearíamos un plan. Pensaba que, con todo lo que me pasaba por la cabeza, no podría conciliar el sueño y, en cambio, ayudada por el cansancio del viaje, me dormí en cuanto mi cabeza tocó la almohada.

Aquella noche, en mi mente se sucedieron sueños extraños, confusos y vívidos al mismo tiempo. Soñé con Asia, pero no como la había visto la última vez, delgada, triste y cansada. Era más joven, indómita y fuerte, como la recordaba, y trataba de convencerme para que trepara a un árbol.

«¡Tengo miedo!», le decía yo.

«Confía en mí, *sestra* —replicaba ella—. Si te lo pido es porque sé que eres capaz de hacerlo».

Después, de repente, veía otra vez al mariscal Kinzhal, pero estaba lejos, en el fondo de un pozo, y me miraba en silencio. Me alejaba de allí, llena de consternación, y buscaba a Asia, a la que no se veía por ningún lado, entraba en un pueblecito que parecía una versión en miniatura de Darmstadt, pero estaba completamente abandonado. Daba vueltas por las calles desiertas y me asaltaba una profunda angustia. Sabía que los habitantes habían sido barridos por algo terrible y los buscaba, pero al mismo tiempo tenía miedo de encontrarlos. Entraba en una casa y allí estaba Rohmer, esperándome.

«¿Te apetece un té?», me preguntaba.

Y acto seguido estaba en el coche con Irene, Arsène y Sherlock.

«¿Adónde vamos?», le preguntaba a Irene.

«A Londres», me respondía.

«¿Y la fórmula?».

Luego alguien se tiraba encima del coche. ¡Era él de nuevo, Stefan Rehmer!

—¡Aaah! —grité abriendo los ojos, y me encontré en brazos de Irene, esa vez en la realidad.

—Tranquila, Mila, solo ha sido una pesadilla —me consoló ella.

—También estaba Asia… —murmuré yo con la voz quebrada por la angustia—. Y trataba de convencerme para que trepara a un árbol… Que estaba segura de que yo sería capaz de hacerlo, decía. Irene…, ¿tú crees que las personas pueden aparecerse en sueños desde el más allá?

Irene, sentada a mi lado en la cama, me miró largamente y luego meneó la cabeza.

—No, Mila, mentiría si te dijera que sí.

Bajé los ojos, decepcionada.

—No digo que sea imposible, solo que yo no creo en ello —continuó en un tono más dulce—. Creo, en cambio, que los sueños son mensajes que vienen de la parte más profunda de nosotros mismos.

—¿Y qué quería decirme la parte más profunda de mí?

—Que puedes conseguirlo —respondió Irene con una sonrisa de aliento—. Anastasia te confió la llave y el papelito con el número, y tú has actuado de modo que su último gesto tuviese un gran significado. Impediste que esos objetos cayesen en malas manos y lo hiciste sola, en un momento de desesperación, demostrando una increíble fuerza de ánimo.

—No lo habría logrado sin vosotros —dije.

Irene se puso en pie y fue a la ventana para descorrer las cortinas y que entrara la luz del día, y allí se quedó un rato con la mirada perdida en el cielo.

—La verdad, Mila, es que nosotros nunca lo habríamos logrado sin ti.

Ladeé la cabeza y me retorcí un mechón de pelo. Lo decía solo para que me sintiera mejor después de aquel sueño.

—Lo digo de verdad —insistió Irene intuyendo mi pensamiento

—. Sherlock, Arsène y yo hemos tenido vidas muy aventureras… ¡Sherlock incluso se ha convertido en un personaje literario gracias a su amigo John Watson! Sin embargo, hemos llegado a esta edad un poco… —Irene se acarició la barbilla mientras buscaba la palabra apropiada. Al fin dijo—: estropeados.

—No digas eso, ¡vosotros tres sois fantásticos!

—Mira a Sherlock, es el hombre más inteligente que conozco, ¡pero menudo desastre con los sentimientos! Y Arsène…, qué temerario es, como si hubiese bajado la guardia contra los riesgos y ya no le importaran nada las consecuencias. Y yo… he tomado decisiones equivocadas, he dejado atrás a muchas personas, personas queridas. No solo a mis dos amigos de juventud.

—¡Pero ahora te has reencontrado con ellos dos al menos! ¡Y me tienes a mí! —exclamé poniéndome en pie de un salto.

Irene me sonrió.

—¿Sabes qué es el *kingsugi*? —me preguntó luego, descolocándome.

—No. Algo japonés, supongo.

Irene asintió y me explicó:

—Significa «reparar con oro» y consiste en el uso de oro líquido para reparar vasijas de cerámica rotas pegando los trozos. Tú, Mila, eres nuestro oro.

Siempre recordaré su imagen a contraluz mientras me decía aquellas palabras, con el cabello circundado por la tonalidad opalescente de la claridad matinal y el camisón hasta los pies que la asemejaba a una diosa griega pintada por un artista del *art nouveau*. Irene, que había pasado toda su vida endureciendo su alma y mostrándose siempre fuerte e invencible, me estaba abriendo su corazón. No acertaba a saber si de verdad yo valía tanto como ella sostenía, pero el solo hecho de que ella estuviera convencida de ello fue un increíble empujón para el orgullo y la confianza en mí misma.

Me habría gustado abrazarla, pero de improviso me sentí torpe, como si cualquier acción o palabra pudiese arruinar la perfección de aquel momento.

Y justo entonces alguien llamó a la puerta.

CAPÍTULO 13

igual que en otros TIEMPOS

—¿Quién es? —preguntó Irene, que se puso la bata y cogió algo de debajo de la almohada.

—Una entrega para la señora Cavendish —anunció una voz de acento alemán.

Irene esperó a que yo también me pusiera la bata y abrió la puerta, mientras con la mano derecha apuntó con una pistola.

Ante ella había un hombre cuyo rostro ocultaba un gigantesco ramo de rosas rojas.

—Eh, me esperaba un recibimiento más caluroso —respondió una voz que ya había oído antes.

Aquella voz, en efecto, pertenecía a un hombre que conocía: de detrás de las rosas apareció la cara redonda de Karl. Era el espía alemán que había desempeñado un papel marginal, pero determinante, en el intento de rescate de Asia.

—¿Estás solo? —le preguntó Irene sin bajar el arma.

—¿Crees que puedo tenderte una trampa? —dijo él ofendido—. Pero, sobre todo, ¿crees que podías transitar por mi país sin que yo tuviera conocimiento?

Durante nuestra investigación en Viena yo había descubierto que entre él e Irene había habido ciertas ternuras en el pasado. Sabía que se habían besado en Rostock hacía muchos años. A lo mejor habían sido novios, aunque ambos fueran espías, cada uno de un país. En mi mente no conseguía conciliar la vida de espía con el romanticismo de una relación sentimental.

—¿Qué quieres, Karl? —le preguntó Irene bajando la pistola.

—Presentarte mis respetos.

—Rosas rojas —bufó Irene.

—Me recuerdan aquella noche en la rosaleda, en Baviera, un

enero de hace muchos años, cuando me dijiste que amabas las rosas no tanto por su belleza como porque son aguerridas y resistentes, tienen espinas y pueden florecer incluso bajo la nieve.

—No estoy segura de recordar aquel día —le dijo cortante Irene.

—Oh, pero yo lo recuerdo bien —replicó él con una sonrisa llena de sobrentendidos.

Sentí una inesperada corriente de simpatía por aquel tipo franco y fornido que me parecía tan alejado de lo que, imaginaba, era el hombre ideal para mi madre adoptiva. Me sorprendí luego pensando, a saber por qué, en Sherlock y Arsène. ¿Cómo se tomarían la noticia de la visita de aquel viejo amor de Irene, con un gigantesco ramo de rosas y todo?

—De verdad, ¿qué quieres, Karl? —dijo Irene con un suspiro y cruzándose de brazos.

—Que me concedas el honor de un paseo.

—No puedo dejar que me vean demasiado por ahí.

—¿Por qué? —le preguntó Karl directamente.

—¿De verdad piensas que te lo diría si hubiese algo aunque solo fuera lejanamente interesante para ti y tus superiores?

Karl meneó la cabeza.

—Pero yo tengo algo que decirte a ti. Concédeme el paseo y hablemos.

—¡Quién iba a decirme a mí que, a mi edad, todavía necesitaría carabina para ir de paseo! —exclamó Karl minutos después al verme bajar la escalera con Irene. El tono era bromista, pero la mirada que me lanzó era más bien de fastidio.

Le correspondí con una expresión altiva, estando muy atenta a no separarme de mi madre adoptiva ni un milímetro. La momentánea simpatía que le había tenido estaba esfumándose frente a su contrariedad por el hecho de tenerme como estorbo.

—Sobre este asunto, entre mi hija y yo no hay secretos —respondió serena Irene, y yo hinché el pecho como un pavo real mientras los seguía al aire libre.

—¿Cómo puedes saber que quiero hablarte precisamente de… ese asunto? —le preguntó Karl precediéndonos por la acera desierta.

Nos encontrábamos en una zona muy tranquila, pero los últimos acontecimientos, con el tiroteo de Ginebra, me habían dejado

dentro una sensación de peligro que no me daba tregua.

—Oh, porque te conozco y sé que no te habrías tomado la molestia de venir por nada menos —replicó Irene.

Karl se detuvo de repente y en su rostro se dibujó una expresión de desilusión.

—¿Tan mal recuerdo guardas de mí, Irene?

Mi madre adoptiva se volvió hacia él y se atusó la melenita de pelo leonado con alguna que otra cana.

—Karl…

—Fuiste tú la que desapareció —declaró él, y yo pensé inmediatamente que era una de las personas queridas que Irene había dejado atrás.

—Éramos espías, llevábamos una vida complicada —respondió ella, encogiéndose de hombros.

—Para mí fuiste especial, ¿sabes?

Irene soltó una risa gutural.

—¡Karl, estamos viejos para estas cosas!

—Tú no pareces haber envejecido ni un día. Mientras que yo, bueno, en fin…, he ganado un poco de peso, pero el corazón sigue siendo el del hombre que conociste en Baviera durante aquella nevada… De todos modos, ¡no estoy aquí para pedirte que te cases conmigo, no temas! —terminó de decir con una sonrisa, comprendiendo que tal vez se había deslizado hacia tonos un poco demasiado melodramáticos.

—Estupendo, amigo mío. Así pues, ahora solo te falta decirme por qué estás aquí —replicó Irene con rapidez.

—De acuerdo, *Miss* Corazón de Piedra Adler —dijo él resoplando y sonriendo al mismo tiempo. Pero en aquel momento su rostro se puso serio—. Estoy aquí para decirte que he oído rumores sobre vosotros.

—¿Qué rumores? —preguntó Irene, de repente alerta.

—Parece que hay un… nuevo jugador en esta partida.

—Por desgracia, ya nos hemos dado cuenta —dijo ella lanzándome una mirada significativa.

—¿Os los habéis encontrado? —exclamó Karl preocupado—. ¡¿Y habéis salido vivos?!

—¿De quiénes se trata? —me entrometí yo—. ¿Qué quieren de nosotros?

Karl me miró largamente con expresión amarga.

—Solo sé que se trata de una organización muy peligrosa, más no puedo deciros.

—Y entonces, ¿para qué has venido? —le preguntó enfadada mi madre.

—Irene, sabes que con esta conversación estoy contraviniendo todas las normas. No puedo decir más o rompería el juramento de secreto que hice a mi patria. Pero quería ponerte en guardia y decirte que, si necesitas ayuda, puedes contar conmigo —dijo él cuando el recorrido que habíamos completado alrededor de la manzana nos había devuelto ya a la entrada del hotel.

Karl nos hizo una elegante reverencia, le dio una nota a Irene y, tras vernos entrar en el hotel, se marchó.

—¿Qué es? —le dije señalando el papelito.

—Un número de teléfono —dijo Irene dándole vueltas en la mano.

—¿Qué quería ese? —preguntó Sherlock bruscamente, mientras aparecía en el vestíbulo con una taza de té en la mano.

—Ponernos en guardia contra nuestro nuevo enemigo, aunque no sabe de quién se trata, y ofrecernos su ayuda —respondió Irene, metiéndose el papel en el bolsillo.

—Si no tiene más información, ese fisgón alemán nos resulta del todo inútil —sentenció Sherlock.

—Te olvidas de que fue un magnífico espía —repuso Irene.

—Dices bien, fue. Imagino que ahora mata el tiempo fumando puros en algún despacho, detrás de un viejo escritorio.

—El tiempo pasa para todos, mi querido Holmes. Pero se puede tener una edad avanzada sin estar hecho por fuerza una ruina, ¿lo digo bien? —replicó Irene vagamente burlona.

—¡Lo dices perfectamente! —aprobó Lupin apareciendo en la escalera—. ¡Y de hecho da la casualidad de que servidor tiene el hambre de un chaval y no rechazaría un buen trozo de *strudel* con una taza de té!

Aquellas palabras me trajeron a la mente una parte del sueño que había tenido la noche anterior, en la que precisamente tomaba el té con Stefan Rehmer. Y me recordaron también que había llegado el momento de entrar en acción e ir a hacernos con la fórmula… directamente en la guarida del lobo.

CAPÍTULO 14

en la más profunda OSCURIDAD

Confesé aquel pensamiento a mis amigos, pero Irene se opuso; temía que alguien resultara herido y se negaba a que yo participara en la misión. Sin embargo, a aquellas alturas estaba claro que debíamos anticiparnos a nuestros nuevos enemigos si su objetivo era apoderarse de la fórmula.

—¡Razonemos! —dijo Sherlock llevándose las manos a las sienes —. ¡¿Dónde puede haber guardado esa maldita fórmula?!

—¿En su casa? —sugirió Arsène.

—¿O en su despacho de los laboratorios Weisslaufer? —aventuré yo.

—Lo dudo —contestó Sherlock—. Es un hombre muy cauto y en esas oficinas hay un continuo ir y venir de gente.

—Así es —confirmó Arsène—. Quizá la tenga en su casa. Tenemos que considerar el hecho de que para Rehmer esas hojas son la cosa más valiosa en términos absolutos.

—No exactamente —comentó Sherlock.

—¡Pero si contienen la mitad de una fórmula que puede trastornar el mundo entero! —objetó Irene.

Holmes esbozó una sonrisa.

—Sí, pero olvidáis que Rehmer siempre tiene consigo una copia de su maldita fórmula, aquí dentro —dijo tocándose con el índice en la frente—. Es para los demás para quienes esas hojas son de vital importancia.

Desencajé los ojos al pensar en las consecuencias de aquel detalle que la agudeza de Sherlock acababa de descubrirnos.

Rehmer podía reproducir la fórmula aunque se la robáramos, mientras que nosotros necesitábamos unas hojas que ahora estaban en su poder para tenerla.

Lupin asintió y se encogió de hombros.

—Bueno, pero para nosotros la pregunta sigue siendo la misma: ¿dónde tendrá Rehmer esas benditas hojas? —dijo.

Nos quedamos todos en silencio, pensando.

Yo estaba tan sumida en mis elucubraciones que, cuando hice caer al suelo el azucarero de plata con un movimiento distraído, el sonido metálico me cogió tan de sorpresa que el corazón me dio un brinco.

Noté que se aceleraba y me retumbaba en el pecho, e hice el gesto natural de ponerme una mano encima.

Aquel simple gesto pareció rasgar un velo en mi mente.

—¡Las manos sobre la fórmula! —exclamé.

—¿Qué? —me preguntaron los otros a coro.

—¡Las manos, las manos de Rehmer! —insistí presa del frenesí de aquella revelación.

—Santo Dios, pues claro…, ¡las manos! —exclamó Sherlock.

—Empezáis a darme miedo vosotros dos —comentó Arsène con expresión perpleja.

—Cada vez que hablaba de la fórmula, Rehmer se llevaba las manos al corazón —respondió Sherlock—. ¡Pero cómo no lo he pensado antes! Creí que era un gesto un tanto melodramático para recalcar su sinceridad y en cambio…

—¡El bolsillo interior de la chaqueta! —exclamé interrumpiéndolo.

Sherlock no se lo tomó a mal, es más, me invitó a continuar con mi argumento.

—¡Rehmer siempre ha tenido encima la fórmula! —dije—. Es su invento más valioso, nunca se separa de ella. La guarda en el bolsillo interior de la chaqueta, a la altura del corazón.

—Un bolsillo secreto que le encargó hacer al sastre, me atrevería a apostar —precisó Holmes.

—Ahora que lo decís, yo también recuerdo esa mano sobre el corazón, de actor de segunda fila… Pero, admitiendo que tengáis razón, ¿cómo hacemos para quitarle la fórmula? —atajó Irene con sentido práctico—. Cuanto más tiempo esté en sus manos, mejor dicho, sobre su corazón, más aumenta el riesgo de que nuestros misteriosos adversarios logren arrebatársela.

—Registraremos su vivienda esta noche —propuso Arsène con

una sonrisa astuta—. También los científicos tienen necesidad de dormir, ¡mientras que es después de medianoche cuando comienza la hora de los ladrones!

La dirección de Rehmer, escrita en su contrato con Weisslaufer, se había quedado grabada en la memoria de Sherlock cuando había encontrado el documento, así que localizamos sin dificultad el barrio en que vivía, una zona residencial no lejos de los laboratorios. A aquella hora de la noche no se oía otro ruido más que el ladrido lejano de un perro.

—¿Y si Rehmer esperara esta visita? ¿Y si se despierta y los descubre? —le pregunté con angustia a Irene mientras esperaba, sentada a su lado en el vehículo alquilado, a que Arsène y Sherlock volvieran de su incursión en casa del científico.

—Esto es un juego de niños para Arsène, no te preocupes —me tranquilizó Irene vigilando la calle silenciosa.

Al principio Lupin había propuesto ocuparse él solo de apoderarse de la otra mitad de la fórmula, pero Irene temía que nuestros misteriosos enemigos pudieran lanzar otro ataque.

Así que Sherlock había establecido los detalles del plan: él y Arsène entrarían en casa de Rehmer para sustraerle las valiosas hojas, mientras Irene haría de vigilante en el coche conmigo, lista para rescatarlos a toda prisa y huir en la noche si algo se torcía. Yo estaba contenta por no tener que esperar en el hotel, pues en tal caso la espera se me habría hecho insoportablemente más larga, pero también allí, a pocos pasos de distancia, en aquel habitáculo a oscuras, me sentía devorar por la ansiedad.

—Cuánto daría por estar con ellos… —susurré.

—¡Solo nos faltaba que te enseñe a robar! —bromeó Irene—. Ya así soy una madre desnaturalizada…

La miré de reojo. Me habría gustado decirle que, por el contrario, era una madre perfecta, que no habría podido tener a nadie mejor, cuando un movimiento al final de la calle atrajo mi atención.

—¡Ya vuelven! —exclamé al reconocer las siluetas de Sherlock y Arsène.

—Hay algo que no marcha —dijo inmediatamente Irene—. Han estado ahí demasiado poco tiempo.

—¡Quizá es que han encontrado ya la fórmula! —supuse yo para

aliviar la tensión, que me provocaba un hormigueo en los dedos. Pero los temores de Irene se confirmaron.

—Hay un problema —dijo Arsène mientras se montaba en el coche.

Sherlock se sentó a su lado y sus palabras me golpearon como una pedrada en plena frente.

—Rehmer ha sido… eliminado.

—¡¿Eliminado?! —exclamé yo, y Sherlock me hizo un gesto para que bajara la voz.

—Cuando lo encuentren, pensarán que ha sufrido un ataque al corazón, pero el vaso de agua vacío de su mesilla olía a almendras amargas.

—¿Ácido prúsico? —le preguntó Irene con ojos de sorpresa.

—Y evidentemente… ¡la fórmula ha desaparecido! —añadió Arsène.

—¡No es posible! —masculló Irene, que despotricó entre dientes.

Pero había ocurrido de verdad. Nuestros misteriosos enemigos habían actuado antes que nosotros. Y en ese momento habíamos perdido la ventaja que les llevábamos. Irene puso en marcha el automóvil y nos alejamos en la oscuridad.

—Tenemos que descubrir quiénes son —dije yo.

—Lo primero que debemos hacer es irnos de aquí —añadió Sherlock—. Podrían estar en las inmediaciones, listos para eliminar a quien tenga conocimiento de la existencia de la fórmula.

—Si Rehmer les ha hablado de nosotros a sus asaltantes, seguro que habrán comprendido quiénes somos —observó Irene visiblemente alterada—. Tenemos que abandonar la ciudad.

—¡No antes de haber obtenido la fórmula! —dije yo.

Irene me miró, apretó el volante con las manos hasta que los nudillos se le pusieron blancos y dijo:

—¡Mila, la situación es demasiado arriesgada, no puedo poner en peligro tu vida! Traerte aquí ha sido un error. Llevarte a Danzig fue un error…

—Me temo que Mila tiene razón —la interrumpió Sherlock, e Irene parpadeó atónita.

—¿Perdona? Creo que no he entendido bien —dijo con expresión batalladora.

—No quiero inmiscuirme en asuntos de familia —respondió él,

tan racional como siempre—, pero esta historia es mucho más grande y polifacética que una simple búsqueda del tesoro. Si no encontramos esa fórmula, nadie estará seguro nunca más, incluida Mila. Y reconocerás que sin ella nunca habríamos llegado a este punto de la investigación.

Incluso con la ansiedad y la conmoción del momento, sentí que me llenaba de orgullo. El celebérrimo Sherlock Holmes acababa de hacerme un cumplido.

—No tenemos que cargar con el peso del mundo sobre nuestros hombros —dijo Irene con un suspiro.

—Puede ser. Pero nadie más está en condiciones de retomar la investigación desde el punto en que la dejaríamos —insistió Sherlock—. No podemos desistir ahora. Hemos encontrado indicios y respuestas que nos han conducido hasta aquí, sabemos qué es lo que hay en juego, simplemente no podemos volver la espalda y marcharnos. El alfil blanco ya no está en el tablero, ¡pero la auténtica partida comienza ahora!

CAPÍTULO 15

el hombre del sombrero de copa

El formidable instinto de Holmes encontró el objetivo preciso y la habilidad de Lupin con las ganzúas nos permitió entrar sin la menor dificultad. Irrumpimos así en el interior de una vieja casa de muros cubiertos de hiedra, que, era evidente, llevaba años deshabitada, impresión que confirmaron las telarañas y las sábanas que cubrían los muebles. Había sido Irene la que había insistido en dejar el hotel aquella misma noche, así que habíamos ido a buscar nuestras cosas antes del alba para escondernos en un lugar más seguro. Durante todo el viaje yo había mirado hacia atrás como si nuestros adversarios pudieran caernos encima de un momento a otro, pero no había ocurrido nada. Ni aquella noche ni en los días siguientes. Instalados en aquella casa ruinosa de oprimentes cortinas, intentábamos dar con una idea que nos sacara de aquel punto muerto. Mejor dicho, Sherlock, Irene y Arsène lo intentaban. Mi madre, desde que habíamos llegado, se quedaba encerrada todo el tiempo en un pequeño estudio contiguo a la habitación que compartía conmigo, hablaba poco y comía aun menos. Empezaba a preocuparme por su salud, pero podía comprender que la reclusión forzada produjera efectos negativos en una mujer tan libre e impetuosa. Yo tampoco conseguía hacer otra cosa que no fuera andar de un lado para otro por aquella prisión de estampados de flores y me sentía como un animal enjaulado.

También el inquebrantable buen humor de Arsène pareció resentirse por la polvorienta penumbra de aquel lugar.

—¡Diría que la dieta a base de pan duro, queso y manzanas tiene que terminar ya! —anunció poniéndose la chaqueta—. Necesitamos algo más sustancioso para levantarnos la moral.

—¿Te parece oportuno salir por una razón tan tonta? —le recriminó Sherlock, que se había hundido en un humor fúnebre.

—Francamente, sí, amigo mío. Y, ya puesto, iré a ver si alguien nos ha buscado en nuestro viejo hotel.

—¿Puedo ir también? —pregunté esperanzada. Pero Arsène me dijo que era demasiado peligroso, y lo mismo hizo Sherlock, que pocos minutos después anunció que él se iba a comprar el periódico.

Los vi salir y luego resoplé mientras me tiraba sobre el rígido sofá de flores que ocupaba el centro del salón. Cerré los ojos, apoyé los pies en el reposabrazos y me crucé de manos. Hasta mí llegaron las pisadas familiares de Irene. Noté que se había vestido de punta en blanco.

—No puedo creérmelo, ¡¿tú también sales?!

—He de hacer algo.

—¡Llévame contigo! —le supliqué.

Irene negó con la cabeza y posó en mí una mirada cansada.

—Es más prudente que tú te quedes aquí en estos momentos —dijo.

Yo estaba realmente abatida. ¿Estarían aquellos tres conjurando a mis espaldas para hacerme morir de aburrimiento, sola, en aquella casucha? Me puse en pie de un salto con la intención de pasar al contraataque.

—¿No quieres decirme al menos adónde vas? —le pregunté.

—Te lo diré a mi vuelta. No tardaré mucho.

—¿No te fías de mí?

—Qué tontería… Por supuesto que me fío de ti, Mila.

Irene miró por la ventana y me pareció demacrada y cansada, ella que siempre parecía una mujer de hierro, tan firme como la estatua de la Libertad.

—Te prometo que serás la primera en saberlo —dijo abriendo la puerta. Y, antes de desaparecer de mi vista, añadió—: Y tú prométeme que te quedarás aquí, a salvo.

Asentí, pero cuando oí sus pasos en la escalera me puse en movimiento.

No podía dejarla ir así, hacía días que se comportaba de una manera extraña y esa salida precipitada había hecho sonar dentro de mí un timbre de alarma. Ya había hecho seguimientos, aunque no sola. Únicamente debía poner en práctica lo que había aprendido.

Irene torció bruscamente por varias esquinas y en un par de ocasiones temí que me hubiese visto. Pero en la calle siguiente todavía estaba allí, delante de mí, ignorando aparentemente mi presencia. Esquina a esquina, desembocamos en una calle llena de tiendas y la vi entrar en un coqueto café. En ese momento, sin embargo, no supe qué hacer. Si entraba también, ¿qué le impediría verme? Me acerqué cautamente a la entrada, pero los cristales gris ahumado de la vitrina bloqueaban mi visión. Alguien abrió la puerta del local de repente, sobresaltándome, pero por suerte solo era un cliente que se iba, y por la puerta abierta pude entrever a Irene. Estaba sentada y hablaba con alguien que, no obstante, yo no veía porque lo ocultaba un alto panel forrado de tela adamascada. Lo único que podía distinguir era su sombrero de copa dejado sobre la mesa.

Tenía que acercarme.

Irene me daba la espalda, así que entré a hurtadillas en el concurrido café y me escondí detrás de un grupo de mujeres que hablaban animadamente. Miré en su dirección para descubrir algo más del aspecto de su misterioso interlocutor, pero el sombrero de copa había desaparecido de improviso. Miré a todas partes frenéticamente tratando de ver al dueño del sombrero antes de que saliera del café. No estaba en la barra ni tampoco cerca de la puerta…

Alguien me tocó en el hombro.

—¡Aaah! —grité, dando un salto y volviéndome de sopetón.

Delante de mí estaba Irene, sonriente.

—¡No está mal, mi joven Mila, pero creo que aún necesitas un par de lecciones de espías! ¿Te apetece beber algo?

Estaba contenta de que Irene no estuviese enfadada conmigo, pero no sabía realmente a qué atenerme.

—Yo… Bueno… ¿Y quién…? —Esta muestra de brillantez fue todo lo que conseguí farfullar.

—Pidamos una limonada, ¿te parece? Y luego prometo que te lo contaré todo.

Dos clientes que hasta aquel momento habían permanecido acodados en la barra se volvieron para mirarnos.

—Mejor cuéntanoslo también a nosotros —dijo Arsène adelantándose malicioso.

—Sí, tengo verdadera curiosidad por saber qué hacía él aquí… —añadió Sherlock con cara sombría.

¿También Holmes, pues, conocía al misterioso hombre del sombrero de copa?

—A grandes males… —dijo Irene con un gesto de indiferencia —. Hay un par de cosas que no os gustarán en este asunto. Os aseguro que tampoco a mí me gustan. Pero estamos a punto de echar mano a la otra mitad de la fórmula.

CAPÍTULO 16

cuestiones de corazón, ASUNTOS DE familia

—Así que has decidido fiarte de mí —dijo Karl con una sonrisa apenas esbozada que le tensaba las mejillas redondas.

—Eres mi única esperanza —le dijo Irene.

Me di cuenta de que estaba conteniendo el aire y respiré profundamente.

—Sin embargo, has venido aquí con tu joven carabina —objetó el exespía alemán.

Estábamos sentados en un banco delante del laguito del jardín botánico, que en realidad a mí me parecía más un pequeño estanque cenagoso. A nuestra espalda, altos pinos se cernían sobre nosotros y proyectaban su sombra como largos dedos amenazadores, y yo me arrebujé en la chaqueta para resguardarme del aire y de la sensación de inquietud que me atenazaba. Esperaba que Irene tuviese razón sobre Karl. Solo así podríamos hacernos con la parte faltante de la letal fórmula de Rehmer.

—Ya te lo he dicho, no tengo secretos con Mila en este asunto y, además, prefiero separarme de ella lo menos posible —le explicó Irene a Karl mientras cruzaba conmigo una imperceptible mirada de entendimiento. Luego añadió—: Y ahora vayamos con la razón de este encuentro: tenemos la primera mitad de la fórmula.

—¿Fórmula? Yo… no sé de qué… —balbució Karl frunciendo el ceño.

—No finjas, sabes muy bien de qué fórmula hablo —replicó Irene—. Y el solo hecho de que yo te esté confesando que tenemos una parte es una gran prueba de estima. Espero que la aprecies.

—Está bien… —capituló al fin Karl, tras un profundo suspiro—. Por lo demás, ya intenté abordar el tema en nuestro último

encuentro. Sé lo de la fórmula, y sé que es eso lo que buscan las personas de que te hablé. Mi intuición me decía que también vosotros estabais sobre la pista.

—Entonces, ¿por qué no enseñaste tus cartas enseguida?

—¿Y tú? ¿Por qué no enseñaste las tuyas?

Irene me señaló con un gesto de la cabeza.

—Debo ser cauta y proteger a Mila.

A Karl se le escapó la risa.

—¿Y la proteges arrastrándola al ojo del huracán?

Yo cerré los puños sobre las rodillas y dije al tiempo que me levantaba:

—Vámonos, mamá. ¿No ves que no quiere ayudarnos?

Karl alzó las manos en señal de rendición.

—Un momento, un momento… He venido aquí a propósito en cuanto he recibido la llamada de Irene. Estoy a vuestra completa disposición, pero tenéis que contármelo todo. Nada de secretos ya.

Irene y yo nos miramos un instante y, tal como habíamos planeado, empezamos a contar todo lo que había sucedido desde nuestra llegada a Ginebra.

—Así que el mariscal Kinzhal ha muerto —comentó Karl—. Le está bien empleado.

—Sí. Pero ahora están esos nuevos enemigos desconocidos —repuso Irene—. Esos contra los que tú mismo nos pusiste en guardia. Los que nos dispararon en Ginebra y han matado al profesor Rehmer.

—Él sí que ha sido una gran pérdida —comentó Karl—. Una mente tan brillante…

—Y ahora nuestros misteriosos rivales tienen la otra mitad de la fórmula… —dije yo con un suspiro.

—… y para conseguirla necesitáis mi ayuda —terminó de decir Karl por mí.

Irene asintió.

—Tú estás en tu ambiente, tienes una red de informadores aquí en Alemania, llevabas razón al decir que en tu país no puedo ocultarte nada. Si hay alguien que puede ayudarme a encontrar a quien ha robado la fórmula y neutralizarlo, bueno, sin duda ese eres tú, querido Karl.

El viejo espía sonrió complacido.

—Esperaba que te dieras cuenta, por eso he venido a buscarte, infringiendo las normas. Además de por volver a verte, que quede claro. Pero ahora dime: ¿está a buen recaudo vuestra mitad de la fórmula?

—Por supuesto. Nos hemos escondido en una pequeña casa deshabitada, en el número dos de Fontanastrasse. La fórmula está guardada allí —le explicó Irene—. ¿Ves? He sido completamente sincera. Ahora lo sabes todo.

Karl sonrió.

—Todo esto es tan bonito, Irene… Pensaba que ya no te fiabas de mí.

—No nos veíamos desde hacía mucho tiempo. Pero ahora sé que solo con tu ayuda podremos poner fin a esta desagradable situación.

Karl miró a Irene a los ojos largamente sin decir nada.

—Sí, te ayudaré, puedes estar segura —dijo luego—. Ahora volved a casa y esperad mis noticias, y en cuanto haya descubierto algo más concreto sobre la otra mitad de la fórmula me pondré en contacto con vosotros.

Karl no nos hizo esperar mucho. Aquella noche estábamos sentados delante de la pequeña chimenea y hacíamos lo que podíamos para pasar el tiempo. Yo había encontrado una horrible novela de amor sobre la mesilla y trataba de seguir la desordenada trama para impedirme seguir rumiando sin parar sobre todo lo ocurrido. Sherlock estaba enfrascado en la lectura del periódico, Irene observaba la chimenea, donde solo quedaba algún rescoldo, y Arsène bosquejaba algo a carboncillo en un bloc de dibujo que había encontrado en el salón.

Eran casi las diez cuando oímos llamar a la puerta. Corrí a abrir con el corazón en un puño.

—Buenas noches a todos —dijo Karl con una sonrisa.

—¿Has descubierto algo? —le preguntó Irene sin rodeos y cerrando la puerta.

—¡Ah, puedes anunciarlo bien alto, Irene! Por fin puedo deciros con certeza quién es vuestro misterioso enemigo —respondió Karl abarcando con una mirada febril toda la estancia—. Veamos… Es un antiguo espía que, cansado de arriesgar el pellejo por naciones a la deriva, se enteró de la existencia de la fórmula y decidió apoderarse de ella para vendérsela al mejor postor. ¿Y sabéis por

qué lo sé?

Sherlock fue el primero en poner cara de asombro, unos segundos antes de que la mano de Karl se moviera repentinamente a un lado y me aferrase por un brazo.

Irene profirió un grito. Karl me apuntaba a la sien con una pistola.

—¡Porque da la casualidad de que ese antiguo espía soy yo! Y ahora, deprisa…, dadme la primera parte de la fórmula y no le haré ningún daño —rugió Karl.

—Yo en tu lugar no lo haría —dijo una voz profunda a su espalda.

Karl se quedó paralizado y, sin dejar de sujetarme, se volvió, con el resultado de que tuve que hacer su mismo movimiento y también me encontré cara a cara con Mycroft Holmes, cómodamente sentado en una silla con reposabrazos. También él empuñaba una pistola, y me sorprendió la firmeza de su mano y la calma de sus ojos.

—Tira esa pistola, Karl —le dijo Irene, y oí el clic del arma que también ella sostenía ahora en su mano.

—¿Cómo… cómo pudiste saberlo? —murmuró Karl con sus grandes ojos claros de par en par.

—El ácido prúsico siempre ha sido uno de tus métodos preferidos —dijo Irene sombríamente—. Enseguida pensé en ti y busqué que me lo confirmara cierto… —señaló con la cabeza a Mycroft entonces—… «conocido» de los servicios secretos ingleses que desde hacía tiempo tenía sospechas sobre ti. Por eso pensamos tenderte una trampa.

Por unos instantes Karl permaneció con los ojos desencajados y boqueando, como si de repente se hubiera quedado sin palabras.

—¡Irene! —gritó al fin—. ¡He hecho todo esto por ti! Esperaba que pudiésemos estar juntos otra vez… Me creas o no, aquellos días en Baviera, y luego en Rostock, fueron los mejores de mi vida y…

Me parecieron los delirios de un loco, pero me equivocaba. Solo eran un astuto medio para ganar unos segundos.

De pronto, Karl me empujó con fuerza contra Mycroft y salió corriendo hacia la puerta. Yo tropecé y caí hacia delante, y Mycroft me sujetó con un brazo.

Arsène hizo ademán de lanzarse a la persecución.

—Si desea mantenerse en forma, hágalo, señor Lupin. Pero si en cambio lo prefiere, puede dejar el trabajo a mis hombres —dijo Mycroft levantando una ceja.

Lupin sonrió y se detuvo en el umbral. Del pequeño jardín que rodeaba la casa llegaron unos gritos.

—¡Quieto! ¡Manos arriba!

Instantes después, un joven muy estirado, vestido de negro, cruzó la puerta jadeante y anunció:

—Lo hemos atrapado, señor Holmes. Llevaba consigo la mitad de la fórmula.

El agente le tendió las hojas a Mycroft, que las examinó con atención para luego esbozar una media sonrisa.

—Muy interesante… Qué brillante idea para un gas mortal…

—¡Oh, no intentes hacernos creer que la entiendes! —resopló Sherlock.

Mycroft le dirigió una mirada desafiante.

—¿Por qué, tú no?

Sherlock cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Quisieras ser tan amable de pasarme la otra mitad, Ludmila? Es hora de que esta fórmula vuelva a estar completa —me dijo Mycroft.

Indecisa, miré a Irene.

—¿Mantendrás tu promesa? —le preguntó Irene a Mycroft.

—¿Acaso piensas que soy un hombre sin honor? —respondió él.

—Normalmente tiendes a confundir tu honor con tus intereses —lo pinchó Sherlock.

—No, querido hermano, eres tú el que se ocupa siempre y exclusivamente de sus propios intereses —repuso tranquilo Mycroft —. Yo obro por un bien mayor.

—¿Por la gloria de Su Majestad? —replicó Sherlock alzando los ojos al techo.

—Por el bien de sus súbditos. Y del mundo entero.

—Ah, desde luego, ahora te interesa el mundo entero. Pero si no sales nunca de casa por miedo a encontrarte con él, con el mundo…

En medio de aquella absurda situación, me entraron ganas de reír. ¡Dos hombres con un intelecto tan extraordinario riñendo como chiquillos a su edad!

—Ahora estoy aquí, me parece —atajó Mycroft—. Y mantendré

mi promesa, pero antes, si me perdonáis, quisiera cruzar unas palabras con Ludmila.

—Adelante —respondió Irene, un tanto sorprendida por aquella petición.

Mycroft observó la puerta y luego a Sherlock, Lupin e Irene.

—En realidad quería decir que me gustaría cruzar unas palabras con Ludmila… a solas.

El agente de negro, que había permanecido en silencio hasta ese momento, les hizo una seña a mis tres compañeros de aventuras y les dijo:

—Si los señores son tan amables de seguirme…

Los vi salir, Sherlock, visiblemente enfadado, Irene, un poco preocupada, y Arsène, divirtiéndose francamente. Después me encontré de nuevo cara a cara con Mycroft Holmes.

—¿De qué quería hablarme? —le pregunté titubeante.

No tenía idea de qué tenía que decirme un hombre tan poderoso. Ni siquiera podía imaginármelo.

CAPÍTULO 17

UN
ballet
de fantasmas

—Quiero decirte la verdad, Ludmila —dijo Mycroft, poniéndose en pie con ayuda del bastón y acercándose a mí con la mitad de la fórmula en la mano—. El Conde G. nunca ha existido.

Por un momento me costó entender el sentido de aquellas palabras. ¿Qué tenía que ver el Conde G.? ¿Y qué significaba que nunca había existido?

—El fantasmagórico conde es una invención mía… Una de las más toscas, de acuerdo, ¡un aristócrata de opereta! —Mycroft Holmes se encogió de hombros y siguió hablando—: No obstante, es lo mejor que se me ocurrió cuando las circunstancias lo exigieron. Es decir, cuando me vi dirigiendo una operación secreta con el nombre en código «Plan Fabergé», que los servicios secretos ingleses habían emprendido en tierras rusas para contrarrestar la Revolución bolchevique.

—Pero… ¡¿cómo es posible?! Yo lo vi de pequeña. Anastasia lo vio… ¡Irene lo vio! Era amigo de mi… ¡del zar!

—Es natural —respondió Mycroft—. Para poder existir, el Conde G. necesitaba una encarnación física. Mejor dicho, varias encarnaciones. La persona que todos decís haber visto no era más que un espía, es más, varios espías. El que viste tú no es el mismo que el que vio Anastasia. Irene lo sabe, se lo revelé después de los acontecimientos de Danzig. Tampoco ella se lo tomó bien en un primer momento…

Sentí que la cabeza me daba vueltas furiosamente.

—¿Por qué? —acerté a susurrar.

—Se avecinaba una revolución. Era necesario actuar deprisa y aquella era una situación perfecta para gente como nosotros: crear un personaje que era tanto más creíble cuanto más velado estaba

por el misterio, comprensible dados los enormes riesgos que corría. Con un puñado de secretos y leales partidarios del zar, incluido aquel que el propio zar conoció como Conde G., la operación pudo consolidarse. Pero, por desgracia, los acontecimientos se desarrollaron como sabemos y solo pude intentar contener los daños.

—¡Pero ¿cómo?! —exclamé de golpe mientras la rabia aumentaba dentro de mí—. ¡Es todo una farsa, una tomadura de pelo!

Los dedos de Mycroft apretaron con más fuerza la empuñadura de plata del bastón.

—Te aseguro que el intento de salvar a Anastasia fue todo lo contrario de una farsa. Fue una operación estudiada y conducida de la mejor manera posible, teniendo en cuenta las circunstancias, en absoluto favorables… Y ambos sabemos que, no obstante, concluyó en fracaso. Solo te ruego, si es que tienes que tomarla con alguien, y estás en tu pleno derecho, que te enfades conmigo, no con tu madre o con mi hermano, ni tampoco con ese extravagante caballero apellidado Lupin…

Noté que los ojos se me llenaban de lágrimas.

—Quizá haya hecho todo lo posible, pero Asia está muerta y yo estoy… estoy…

—Triste —terminó de decir Mycroft por mí.

—¡Qué sabrá usted! ¡Para usted las personas no son más que marionetas en el teatrito de sus intrigas internacionales!

—Si perdiera a mi hermano, creo que me sentiría exactamente como tú. Quién sabe… En cualquier caso, es más probable que, dada la diferencia de edad y de estilos de vida, no lo descubra nunca.

Las palabras de Mycroft Holmes me pillaron por sorpresa.

¿Uno de los más poderosos y temidos funcionarios al servicio de Su Majestad que se ponía a hablar de aquel modo a una chiquilla? Decidí no hacerme demasiadas preguntas y decir lo que sentía.

—¿Le ha dicho alguna vez que le quiere?

—Bueno, cielo… Tal vez eso fuera excesivo. Para ambos —respondió Mycroft con una divertida mueca.

—Hágalo, podría arrepentirse de no hacerlo.

Él apoyó ambas manos en el puño del bastón y me miró de

arriba abajo.

—Verás, la relación con mi hermano es complicada, terminaría por enfadarme y echarle en cara muchas cosas.

—¿Por ejemplo?

—El hecho de no tener ambiciones.

Me dieron ganas de reírme.

—¡Pero cómo! ¡Si Sherlock es muy ambicioso!

—Engreído. Vanidoso. Acaparador de la atención. Pero no ambicioso. Qué tontería, pasarse la vida siendo detective, con su capacidad… —dijo Mycroft con la papada temblándole de desdén.

—Es precisamente su capacidad lo que ha hecho de él un detective extraordinario —respondí yo perpleja.

—¡De acuerdo! ¡Pero imagina lo que habría podido hacer si hubiese pensado más a lo grande! Habría sido incluso mejor que yo. Yo soy más inteligente, eso es cierto, pero pese a todos sus defectos él gusta a las personas y yo no. Y el poder político de este sencillo rasgo es inmenso.

Lo miré de la cabeza a los pies, intuyendo que jamás había sido tan sincero con nadie. No conseguía experimentar odio o resentimiento hacia aquel hombre.

Así que callé y me encogí de hombros, como diciendo que, aunque tuviese razón, yo no podía hacer nada.

—Sherlock podría haber llegado más lejos que yo y en cambio… —siguió diciendo Mycroft, serio—. Y esto mismo es válido para los tres. Sherlock no ha dejado de jugar a hacer de policía, Arsène ha interpretado a un ladrón e Irene se ha dedicado a un complicado juego del escondite.

—¿Por qué me está contando todo esto?

—Porque la gente como yo planifica siempre la jugada siguiente. Y mi jugada siguiente… eres tú.

—¡¿Yo?! —No podía creer lo que oía.

—Ciertamente. Quise verte en Londres porque pensaba hacerte regresar a Estados Unidos. Demasiado peligroso tener a una media Romanov en el país en estos tiempos. No sirves como moneda de cambio, pero puedes dar lugar a algún incidente diplomático.

—¡Ah, muchas gracias, señor Holmes!

—Pero luego te conocí y cambié de idea.

—No entiendo…

—Las ventajas de tenerte en el país son mayores que las desventajas. Ante todo, puedes dar sentido a la vida de esos tres desatinados, en los cuales, en cierto modo, creo tener un moderado interés, ya sea por motivos personales o por necesitar ocasionales favores que requieran sus competencias. Pero lo más importante, Ludmila, es que tú tienes grandes cualidades. Más que ellos tres tomados individualmente, y a tu edad. Tienes el potencial de los tres juntos. Así que te propongo un trato.

—¿Qué trato?

—Aprende todo lo que puedas de Sherlock, Irene y Arsène. Y después, cuando te consideres preparada, ven a verme. O a quien haya tomado mi puesto en caso de que un trozo de pudin de más me haya quitado del medio. Dejaré instrucciones detalladas, no temas. Te haremos estudiar, te convertirás en una de las mejores.

—¿De las mejores qué?

—Espías. Agentes secretos. Guardianes del bien en el mundo. En estos tiempos difíciles, necesitamos a alguien que lo haga, y que combata a tipos como Karl. Lo cual nos devuelve a la fórmula de Rehmer. ¿Te importaría entregarme la otra mitad? —dijo Mycroft, señalándome el escritorio.

No había modo de evitarlo, si hubiese decidido oponerme Mycroft habría llamado a sus agentes. Abrí el escritorio y le entregué las hojas con manos temblorosas. Él leyó la fórmula, sonriendo a ratos y frunciendo el ceño al final.

—Ya veo… Realmente ingenioso.

—Así pues, ahora recibirá honores en la patria, señor Holmes, puesto que llevará con usted el arma que puede hacer vencer en cualquier guerra —observé amargamente.

Mycroft me miró ladeando la cabeza, con una expresión entre molesta y sorprendida, y ondeando con desprecio las hojas de la fórmula, ahora completa tras tantas peripecias, me dijo:

—¿Esto? Esto no hará ganar ninguna guerra a nadie. ¡Esto, si acaso, puede proporcionar a ese idiota de *Homo sapiens* la forma de extinguirse!

—Y… ¿entonces?

Mycroft me sonrió dejando a la vista unos dientes extraordinariamente pequeños y blancos.

—Y entonces, ¿te importaría, Ludmila? —dijo señalando la

chimenea del salón mientras me ofrecía la fórmula y una caja de cerillas que acababa de sacarse del bolsillo.

No podía creérmelo. Una mezcla de desconcierto y alegría me impidieron moverme durante unos segundos.

Mycroft Holmes volvió a tenderme las hojas y las cerillas con un gesto impaciente.

Así pues, todo había acabado. Había acabado de verdad.

Cogí las hojas y la cajita mientras en mi memoria discurrían las imágenes de aquella increíble aventura. Era ese mi cometido. Era ese el destino que había buscado para mí misma. Sí, Mycroft tenía razón, era exactamente lo que debía hacer, y estaba orgullosa de poder hacerlo en persona.

La malvada genialidad de Stefan Rehmer no sembraría la muerte en la pobre Europa ya martirizada.

Froté una cabecita de fósforo en el lateral de la cajita, puse las hojas en la chimenea y acerqué la llamita. Las páginas se arrugaron dócilmente sobre el lecho de cenizas. En silencio, uno al lado del otro, Mycroft y yo observamos cómo ardían y se consumían rápidamente las hojas.

—Ludmila, harás grandes cosas —dijo Mycroft cuando hasta el último borde de papel hubo ardido.

—Solo soy Mila, señor. Mila Adler.

—«¿Qué hay en un nombre? Lo que llamamos rosa con cualquier otro nombre tendría su dulce perfume» —citó de memoria Mycroft —. William Shakespeare. Qué obviedad. Odio las obras teatrales, siempre adivino enseguida cómo terminarán. Y, a propósito de finales, es hora de volver a casa.

—Así pues, quemasteis la fórmula —repitió Sherlock por enésima vez en el taxi que nos llevaba a Serpentine Avenue desde la estación, último trayecto del viaje que nos devolvía a casa—. Y Mycroft intentó reclutarte.

Lo primero se lo había contado yo; lo segundo lo había deducido él solo.

—En cierto sentido… —dije yo vagamente. Le había prometido a Mycroft que guardaría el secreto acerca de todo lo que nos habíamos dicho, y había algunas afirmaciones suyas que habrían podido avergonzar a Sherlock, Irene y Arsène.

—¿Y qué vas a hacer? —me preguntó Lupin.

—Es pronto para decidirlo —sentenció Irene.

Yo me encogí de hombros. No sabría cuál sería mi futuro, pero con seguridad mi presente estaba volviendo a sonreírme. Sabía que Anastasia se había ido para siempre y que el atroz fin de Kinzhal nunca se convertiría en una victoria para mí, pero el hecho de haber destruido aquella peligrosa fórmula había traído a mi corazón una sensación de paz.

Lo que empezó en Danzig concluyó en Darmstadt.

Era lo que me había pedido Asia con los ojos en sus últimos instantes. Ahora podía reanudar mi vida.

Cuando nos encontramos delante de Briony Lodge corrí a la puerta, toqué la campanilla entusiasmada y le sonreí a Billy, que me hizo una inclinación.

—¿Han tenido buen viaje? —preguntó, y luego se apresuró a ayudar a Sherlock y Arsène con las maletas.

—¿Y mis abejas? —le preguntó Sherlock.

—Con una salud excelente, señor. ¡Y también Mary se ha curado! ¿Le digo que prepare la comida?

—¿Sabes lo que me apetece, Billy? —le dijo contenta Irene.

—¡Un buen plato de salchichas a la Gutsby! —se le adelantó Arsène.

—Creo que puedo compartir con Mary el secreto de la receta familiar —dijo alegre Billy.

Entré en casa dando vueltas sobre mí misma. Nunca me había percatado de lo bonita que era. Billy me sonrió de nuevo y también encontré su sonrisa más bonita, cosa que me hizo sonrojarme, porque no habría debido pensar en esas cosas…

—¡Ah, hogar dulce hogar! —dijo Arsène abriendo los brazos.

—Voy a ver cómo están mis abejas —dijo Sherlock con rapidez, y desapareció en la parte trasera.

—Aquí está su correo, señora Adler —anunció solícito Billy, que le entregó a Irene una buena pila de cartas.

—¡Ah, mira! De mi amiga Clara Boehmer —dijo Irene, y abrió el primero de los sobres—. Hace mucho que no la veo. Se ha enterado de que estoy en Inglaterra y nos invita a su casa, en Torquay.

—¿Dónde está Torquay? —le pregunté.

—En Devon. ¿Te apetece pasar unas pequeñas vacaciones en la costa? —respondió Irene.

Sonreí. Sí, me apetecía verdaderamente tomarme unas pequeñas vacaciones.

Ya estaba lista para abrirme al mundo y para descubrir lo que me tenía reservado, y empezar a construir mi futuro.

Y quién sabía si aquel viaje no sería ocasión para una nueva aventura.